

La peste en la colmena

LUIS CHIOZZA

La peste en la colmena

Utopías y distopías en la red



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis Antonio

La peste en la colmena : Utopías y distopías en la red
/ Luis Antonio Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2020.

192 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-599-706-6

1. Crisis Social. 2. Redes Sociales. 3. Pandemias. I. Título.
CDD 303.485

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2020. Libros del Zorzal
Buenos Aires, Argentina
<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-706-6

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la
autorización previa de la editorial o de los titulares de
los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

A Enrique Obstfeld,
por todo lo que juntos logramos construir

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
1. ACERCA DEL SER HUMANO	21
Nuestro lugar en el cosmos	21
La trama de la vida en el planeta	24
El lugar en que el alma reside	31
¿Qué significa “yo”?.....	33
2. EL MUNDO EN QUE VIVIMOS.....	37
Los tres mundos que integran la consciencia	37
Los desequilibrios en la relación con los tres mundos	40
Acerca de una mutación de la consciencia humana	42
3. HACIA UNA NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO	49
El espacio y el tiempo	49
Las representaciones visual y auditiva	52
Materia e idea	55
4. COMPLEJIDAD.....	63
Entre causas y efectos.....	63
Cualquier todo es mucho más que la suma de sus partes.....	67
La geometría de la naturaleza.....	70
5. ENTRE EL CAOS Y EL ORDEN.....	75

La entropía y la paradoja de la vida	75
Los cambios extraños del caos al orden.....	79
Bucles recursivos y autodeterminación de las redes.....	83
6. LA INTEGRACIÓN EN RED.....	87
El descubrimiento de un mundo.....	87
Algunas propiedades emergentes	92
Una tela sin araña	95
7. ACERCA DE LAS REDES SOCIALES.....	103
El dilema de las redes sociales.....	103
Los ignorados e incontrolables perjuicios	106
¿Por culpa de quién?.....	115
8. EL PLANETA PROHIBIDO	119
El misterio del planeta prohibido	119
Del paraíso al infierno.....	122
El encuentro con la bestia y la contaminación del planeta.....	124
9. LA MÁQUINA Y YO.....	129
La vida inconsciente y la peste de Tebas	129
La encrucijada de los caminos de Tebas.....	133
Deus ex maquina	139
ADENDA. TEXTOS PUBLICADOS EN INSTAGRAM	147
¿Debemos, podemos, queremos?	149
Cuando la mar es muy dura, el objetivo es flotar .	149
El puerto de destino es una conjetura.....	150
Hay que estimar la derrota y volver a trazar el rumbo cada día	151
Las dos pandemias	153
La población de riesgo	155

No sólo de pan vive el hombre.....	156
Evitar la muerte	157
Y yo... ¿qué?.....	158
¿Qué sentido tiene?.....	159
Amistad	161
El huevo y la gallina.....	163
Contacto, conmoción y trascendencia.....	164
El amor “verdadero”	165
El odio “verdadero”	166
Tres edades de la vida.....	167
Huyendo de la muerte	169
Lo que se dice, lo que se siente y lo que se hace...	171
Sólo se puede ser siendo con otros.....	172
Percibir lo esencial	174
La multiplicidad del sentido y el malentendido...	175
La costumbre no siempre nos ayuda.....	177
Esto no es vida.....	178
Un espíritu gemelo.....	180
Usar la vida.....	181
Una carencia oscura	183
Influencers	184
Tener razón.....	185
Un hombre con el dolor en un brazo	187
BIBLIOGRAFÍA	189

“Mi padre, cuando yo era un niño, me explicó una vez, mientras disfrutábamos los tres de una caja de dátiles, que tanto gustaban a mi madre, que el que siembra dátiles, a menos que sea joven, no llegará a comerlos. Esto me debe haber impresionado, porque nunca más lo olvidé. Hay ideas que son como los dátiles, tardan tanto en crecer que el que las siembra no verá sus frutos. Pero los dátiles existen, y los sembramos mientras comemos los que otros sembraron”.

*Psicoanálisis: presente y futuro.
Qué y cómo psicoanalizar. Ni psiquis ni soma (1983)*

PRÓLOGO

Este libro surgió como producto de una cuarentena que introdujo un cambio muy profundo en mi vida. Un grado de iluminación y resonancia que sólo se alcanza con dolor. Encerrado en lo que inevitablemente sentí como una prisión domiciliaria (una cosa es no querer salir y otra muy distinta es saber que está prohibido), la primera sorpresa que me conmovió fue la fuerza emocional con la que me impactó la enormidad de la distancia entre el dicho y el hecho.

Conocía el proverbio, “entre el dicho y el hecho hay mucho trecho”, pero ¡qué diferente era vivirlo! Esa distancia emocional, en distintos “bucles recursivos”, me llegó de muchos lados. Me di cuenta, lentamente, de que dejé de disfrutar la soledad que me permitía regocijarme en la lectura, reflexionar de modo libre y espontáneo y “enfrascarme” en la escritura. Comprendí que, en mi trabajo, la presencia constante de mis pacientes, de mis colegas, y, por fuera del trabajo, esos pocos encuentros personales con algunos amigos, eran lo que se llama un mundo. Un mundo que me otorgaba una parte importante de ese entorno afectivo que, como tantas veces sucede, sólo cuando se pierde se descubre cuánto vale.

Mientras a mi alrededor, el temor, el desasosiego, la ansiedad, la tristeza, la desmoralización, el desánimo y el desaliento crecían, muchas veces encubiertos por la idea de que la solución consiste en esperar que todo vuelva a la normalidad, y, casi siempre, atribuidos a motivos que se alejan de su auténtico origen, descubrí, esta vez con la fuerza de los hechos, que “sólo se puede ser siendo con otros”, y que es difícil vivir con alegría cuando todo el mundo está triste. Siempre “supe” reconocer la diferencia entre razonar y racionalizar, pero nunca me había enfrentado, de manera tan ubicua, con un mundo en donde la razón que se esgrime es la sinrazón del rival.

En el medio de ese desconcierto, me dediqué a escribir unas pocas notas escuetas, publicadas en Instagram, algunas de las cuales agrego como una adenda, al final de este libro, porque transmiten, de manera vivencial, cuál ha sido el clima, en realidad el drama, que le ha dado origen. Luego, hace apenas dos meses, impulsado por el filme *El dilema de las redes sociales*, escribí los capítulos que integran el corazón de este texto, que quise terminar, ignoro por qué, unos días antes de cumplir 90 años.

Fui, como siempre que escribo me sucede, su primer destinatario; lo escribí tratando de entender, pero también es cierto que siempre sentí, conscientemente, la necesidad imperiosa de compartir lo que vivo, porque siempre sentí que la vida de uno no alcanza para que uno le dedique, por completo, su vida.

Las páginas que siguen nacieron, así, como una especie de guía que, en principio, busca juntar distintas

cosas que van hacia lo mismo, mostrando la enormidad de un cambio que sólo en parte entendemos, mientras se agiganta, en paralelo, de ese modo, la potencia y la impotencia de nuestra civilización actual. Se trata, entonces, de entender, sí, pero en ese intento, es necesario entender, sin miedo, sin reproches y sin culpa, que siempre se comienza por entender que no se entiende. Por eso sólo desarrollo, de manera escueta, los temas que aquí expongo, y es una buena idea ampliarlos recurriendo a las fuentes citadas, sabiendo, de antemano, que el insólito objetivo que orienta lo que escribo radica en que nos conformemos con entender a medias.

También es por eso que se pasa, muy rápidamente, desde un tema al otro, dado que la intención principal, más que profundizar en ellos, consiste en transmitir que, recíprocamente, se iluminan. Tal vez su lectura pueda ser más agradable, para los lectores impacientes, leyendo primero su parte tercera, para completarla luego con las dos primeras, que otorgan fundamento a lo que el conjunto entero intenta transmitir.

El diseño de la tapa, realizado por mi hija, Silvana Chiozza, nos muestra, en el gigantesco edificio que es uno de los tantos miles que se multiplican en las grandes ciudades, y que aparece “manchado” por la peste, la representación simbólica del enjambre que, conviviendo, constituimos. Una “colmena humana” cuyos designios, determinados por una existencia colectiva dotada de una inteligencia que trasciende a la que pueden alcanzar sus integrantes, permanentemente ignoramos.

Sólo me resta añadir que me alienta la esperanza de que el lector encuentre, en las preguntas que aquí se despiertan, algunas de las que, a veces, en los días infaustos, él mismo se formula, y que en este libro divise, conmigo, una pequeña luz en el fondo del túnel.

Noviembre de 2020

PRIMERA PARTE

ACERCA DEL SER HUMANO

Nuestro lugar en el cosmos

La luz visible para nuestros ojos humanos comprende las longitudes de onda entre 400 y 700 nanómetros (mil millonésimas partes de un metro), un infinitesimal campo de radiaciones electromagnéticas que dentro de un espectro (que no vemos, pero que llega de todos modos a nuestro cuerpo) va desde las ondas gama, tres mil millones de veces más cortas, hasta las ondas de radio, tres mil millones de veces más largas. Más allá de los 400 nanómetros, las mariposas que polinizan las flores ven en colores ultravioletas, en los pétalos que nosotros vemos uniformemente blancos o amarillos, las marcas que les indican el acceso a las fuentes de néctar.

Mientras nuestro rango de ondas audibles recorre un espectro que va desde 20 hasta 20.000 hertz (ciclos de compresión de aire por segundo), los murciélagos, por ejemplo, sintonizan pulsos ultrasónicos para el oído humano y “escuchan” mediante el eco la localización de los insectos que atrapan con toda precisión. Otros

organismos, como es el caso de algunos peces, viven en un mundo de electricidad galvánica con electrorreceptores que les permiten percibir medidas, formas y movimientos en el agua oscura.

Construyendo, mediante el pensamiento, instrumentos que amplifican la capacidad de nuestros sentidos, nos movemos en un espectro racionalmente construido, que abarca desde la trayectoria de una partícula subatómica hasta el nacimiento de las estrellas a miles de años luz en distantes galaxias. El orden de magnitud que separa estas dos “percepciones” de la consciencia humana corresponde a un 1 seguido de 37 ceros.

Cuando nos damos cuenta de que nuestra existencia sólo es posible dentro de una trama por obra de la cual únicamente se puede ser siendo con otros, surge de forma inevitable preguntarse acerca de cómo funciona el género humano en ese megaorganismo variopinto constituido por la vida que habita en la corteza del planeta desde unos 8.000 metros en las profundidades del océano hasta unos pocos más en lo alto del cielo. Cuando nos referimos al hecho de que somos conviviendo, solemos recurrir a los ejemplos de la hormiga y de la célula que integra un organismo pluricelular, y a pesar de que la biología moderna nos ha descubierto un mundo complejísimo y fascinante en cada uno de esos dos ejemplos, no podemos dejar de pensar que un ser humano es mucho más que una hormiga y que una célula.

¿Pero sobre qué tipo de valores podríamos sustentar la superioridad de nuestra condición humana como forma

de vida? No es fácil establecer a ciencia cierta un criterio indiscutible. ¿Dónde encontraríamos una supuesta superioridad? ¿En las cianobacterias anaerobias que ocuparon la Tierra durante los primeros dos tercios del tiempo de existencia de la vida y que continúan viviendo también en las células de los vegetales? ¿En los virus que cambian permanentemente de residencia usurpando la máquina celular de otros seres complejos y que ponen en crisis nuestros conceptos acerca de la vida? ¿En los líquenes que sobreviven, en lugares increíbles, a las peores inclemencias? ¿En los insectos que hoy pueblan el planeta con millones de especies diferentes? ¿En las secuoias milenarias o en la asombrosa y equilibrada combinatoria de capacidades distintas que nos muestra el delfín?

Dejando de lado las formulaciones antropocéntricas que conducen a ver al hombre como el rey de la creación y al resto de la naturaleza como recursos de los cuales puede disponer desaprensivamente (y que muestran indudables semejanzas con la imagen geocéntrica anterior a Copérnico), cabe preguntarse: ¿sobre qué parámetros podría trazarse el contorno de la dimensión humana en el ecosistema? Suelen aducirse tres cualidades como distintivos categóricos de los seres humanos: el pensamiento racional, la consciencia de sí mismo y la capacidad para simbolizar. Sin embargo, cuando examinamos lo que pensamos acerca de cada una de ellas, descubrimos que (tal como lo planteamos en *El interés en la vida*) no constituyen un exclusivo patrimonio de la condición humana.

No cabe duda de que tanto la riqueza de nuestro lenguaje y de nuestras expresiones simbólicas como las complejas construcciones de nuestra ingeniería nos conducen a pensar que la evolución de la cultura desarrollada por el *Homo sapiens* alcanza una magnitud incomparable. ¿No solemos acaso asumir, con demasiada frecuencia, que nos hemos apoderado del planeta? Pero tampoco cabe duda de que los parámetros que nos conducen a valorar esos logros nos pertenecen por entero.

Consignemos, por último, en este apartado, que un grupo de científicos insignes sostienen enfáticamente, como consecuencia de importantes investigaciones (*Las edades de Gaia*, James Lovelock; *Animate Earth*, Stephan Harding), que nuestro planeta constituye un organismo vivo integrado por el conjunto de las especies que coformamos la biosfera.

La trama de la vida en el planeta

Tal como surge de lo que señala Adolf Portmann (en *Los cambios en el pensamiento biológico*), la necesidad de sobrevivir no alcanza para explicar la existencia de la vida ni cuáles son los principios que orientan sus fines. En otras palabras, que la cola del pavo real se explique por la necesidad de seducir a la hembra no explica por qué la seduce semejante belleza. Konrad Lorenz (en *La otra cara del espejo*) dirá que o bien intentamos comprender a partir de lo que sensiblemente intuimos, o bien deberemos resignarnos a que nada podremos comprender. Katya Mandoki (en *El*

indispensable exceso de la estética), explorando la sensibilidad estética desde las formas biológicas primigenias, nos conduce a coincidir con Portmann en que sólo el lenguaje del arte nos aproxima a comprender las manifestaciones de la vida en sus formas complejas.

Las teorías actuales acerca de la complejidad, que nos llevan a considerar que el conjunto de la vida en el planeta constituye una biosfera que funciona como un megaorganismo, ponen en crisis ideas tradicionales profundamente arraigadas. No sólo porque nos permiten comprender que, más allá de vivir indisolublemente ligados con otros miembros de la misma especie, sobrevivimos como integrantes de organismos “mayores”, sino también porque nos conducen a contemplarnos como seres compuestos “internamente” por la interrelación de otros seres vivientes.

La inmensa mayoría de los microbios que existen no son enemigos malignos. Las células sin núcleo (procariotas) que constituyen las organelas (mitocondrias, cloroplastos y undulipodios) de las células nucleadas (eucariotas) que integran un organismo complejo son bacterias que se unen para vivir en simbiosis. Cada uno de los óvulos que una mujer genera contiene, por ejemplo, unas cien mil mitocondrias. Cada uno de nuestros órganos es un continente “geográfico” dentro del cual conviven diferentes pueblos celulares, que se dedican a distintas “industrias”, en un permanente intercambio con los productos que provienen de los diversos continentes que integran el ecosistema interno de un

ejemplar de nuestra especie humana. Lo que decimos se comprueba cuando reparamos en que un corazón o un hígado trasplantados pueden sobrevivir en otro organismo cuando el huésped lo acepta. Somos, entonces, una población de los microbios que nos constituyen desde el momento evolutivo en que aceptaron convivir en una sociedad pluricelular.

Fred Hoyle y N. C. Wickramasinghe (en *La evolución de la vida desde el espacio exterior*) señala: “Hablamos como si nosotros fuéramos los que digerimos nuestros alimentos. Es mentira: son las bacterias las que descomponen nuestra comida en sus sustancias más elementales, que nuestros organismos sí pueden absorber y aprovechar. Buena parte de nuestra digestión corre a cargo de nuestras bacterias. Nuestro papel se reduce a crear las condiciones para que ellas vivan en nuestro interior”.

Lewis Thomas, el insigne presidente del Memorial Sloan Kettering Cancer Center y miembro de la Academia de Medicina, en Nueva York, sostiene (en *Las vidas de la célula*) que, cuando va a pasear por el bosque, es imposible decidir si él ha sacado a respirar a sus mitocondrias o si son ellas quienes, con idéntico fin, lo han llevado a caminar por el bosque. Cuando un hombre se traslada, los billones de seres que forman sus órganos se trasladan con él. Cuando respira, una nube de microorganismos, que constituye una “biota” tan prototípica como lo son sus huellas digitales, “lo envuelve”. Muchos de los seres que, mientras vive, emana

“viajan” hacia otra persona, y a veces se quedan para vivir allí.

Lo que habitualmente llamamos “individuo”, se trate de un ser humano, de una jirafa, de un árbol o de una ballena, es el producto de un “convenio constituyente”, simbiótico, de bacterias y de células que aceptan un “estatuto de procedimientos” para convivir integrando a los organismos pluricelulares. Una enorme cantidad de tales organismos pluricelulares, constituidos en especies, que conforman otros tantos órganos del ecosistema del planeta, se reproducirán a través de un microscópico plasma germinal que contiene la simiente de un organismo semejante.

Utilizamos la palabra *individuo* para referirnos a una realidad existente que si se divide cambia su manera de ser. Cuando usamos la palabra para referirnos, por ejemplo, a una persona, ese sentido estricto, de acuerdo con el cual sus células y las bacterias que las constituyen, en sí mismas, también son individuos, permanece implícito. Lynn Margulis y Dorian Sagan (en *Microcosmos*, por ejemplo) consignan que nuestro cuerpo humano está compuesto por cien mil billones de bacterias procariontas que integran los mil billones de células que nos constituyen.

Hoy sabemos que la abeja reina no gobierna la colmena, y que las agrupaciones de algunos insectos que hasta ayer llamábamos “sociales” constituyen en realidad superorganismos con una “inteligencia propia”, como sucede

con las muchedumbres que denominamos “colmena” y “hormiguero”.

Pensábamos que una colonia de bacterias funcionaba, simplemente, como una agrupación de microbios, pero (tal como lo exponen con elocuencia Eshel Ben-Jacob, Yoash Shapira y Alfred Tauber en “Smart Bacteria”) en una pequeña mancha de muy pocos centímetros, una cantidad de bacterias (mayor que el número de seres humanos que habitan la Tierra) se constituye como un verdadero organismo “superbacteriano”, sensible en su relación con el entorno. Se trata de un organismo cuyos integrantes procariotas se comunican entre sí y desempeñan las distintas funciones que lo conforman.

Sabemos también que en los organismos más complejos una enorme cantidad de neuronas se interrelacionan para formar un cerebro en el que no existe una “neurona presidente”. Un bosque es un sistema ecológico, y la biosfera entera constituye una trama que se integra en el ecosistema del planeta configurando una complejísima red. Los seres humanos convivimos en ciudades de una manera similar y compleja. Nuestras comunicaciones han ido creciendo hasta “construir” una internet cuyo ejercicio funcional, tal como sucede en un cerebro, es “presidido” alternativamente por distintos conjuntos de sus integrantes, por distintos “nodos”, que adquieren preeminencias transitorias.

Una multitud de fenómenos conocidos desde antiguo, que no pueden explicarse por obra de una selección natural, como, por ejemplo, la fecundación de algunas

flores con la “interesada” colaboración de ciertos insectos o de pájaros, conducía hacia una interpretación, en términos de una inteligencia ecosistémica, que desde la ciencia no nos sentíamos en condiciones de asumir.

Agreguemos, por ejemplo, que Robert Sapolsky, profesor de Ciencias Biológicas y de Neurología en la Stanford Medical School, señala (en *Mind, Life and Universe*, de Lynn Margulis y Eduardo Punset) que no debe ser casual que el virus de la rabia, cuando infecta al perro, lo conduzca a morder, ya que el virus se acumula en la saliva, desde donde se propaga cuando es inoculado mediante la mordedura. Abonando la idea de que no se trata de un fenómeno casual ni de un episodio aislado, cita también el caso de la toxoplasmosis, cuyo agente, el toxoplasma, tiene por objetivo trasladarse desde el lugar en que habita transitoriamente, dentro de la rata, hasta el estómago del gato. Es bien conocido que a las ratas les desagrada fuertemente el olor del gato y cuando lo huelen se alejan, pero, cuando el toxoplasma afecta su cerebro, súbitamente aman ese olor, abandonan su fobia y se aproximan a él. El resto de las funciones de la rata no son afectadas por el toxoplasma invasor; sólo “reajusta” el cerebro del roedor para facilitar que el gato se lo coma, ya que de ese modo el parásito logrará su objetivo.

Hace unos años, en *El interés en la vida*, escribimos que el problema del “misterioso salto” entre el cuerpo y el alma ya no nos tortura tanto, y no porque lo hayamos comprendido en su totalidad, sino porque, desde

que pensamos que lo que llamamos somático y lo que llamamos psíquico son como dos caras de una misma moneda, ya no es necesario encontrar un “mecanismo” o un lugar a través de los cuales podamos “saltar” de un lado al otro. Somos, siempre, un organismo unitario que se manifiesta, a la contemplación humana, con distintas cualidades, y lo único que “salta” es la mirada.

Decíamos, entonces, que lo que nos urge, en cambio, ahora, es comprender la crisis en la cual nos precipita un anacrónico concepto de “individuo” o, mejor dicho, de persona, que, como hemos visto (y tal como lo hemos expresado en *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*) en la biología de hoy, ya no se sostiene. Es una tarea de nuestro horizonte actual, tan difícil, como fue, otrora, aclarar el problema, mal planteado, del misterioso salto entre el cuerpo y el alma, cuando nuestras arraigadas intuiciones lo dificultaban.

Señalemos que, antes de que se consolidara la noción de lo que posteriormente se llamó derechos individuales, cuando los humanos vivían en comunidades como la tribu, y en un mundo mágico, las particularidades de cada uno tendían a quedar subsumidas en las normas de una convivencia colectiva. Por eso, no cabe duda de que el progreso en la noción de un derecho individual (que ocurrió íntimamente vinculado con el desarrollo del pensamiento lógico) constituyó un escalón enorme en la evolución de la humanidad. Pero tampoco cabe duda de que ese progreso ha dejado atrás su punto

óptimo y ha ingresado en una exageración malsana que afecta nuestra convivencia de una forma grave.

El lugar en que el alma reside

Reparemos en que Erwin Schrödinger, que ha recibido el Premio Nobel de Física por su descubrimiento de las ecuaciones de onda en la mecánica cuántica, afirma (en *Mente y materia*) que la mente no ha podido abordar la gigantesca tarea de “construir” un mundo “exterior”, objetivo, sin el recurso simplificador de excluirse a sí misma, de omitirse en su creación conceptual. Pero que, a pesar de eso, no podemos sostener a ultranza el modelo conceptual que nos conduce a un universo unilateralmente material, porque, si la palabra “universo” designa al conjunto entero de todo lo que existe, es verdad que en el universo también existe la consciencia.

Sin embargo, una cosa es admitir que, tal como señala Weizsaecker (en *Patosofía*), un ser humano es un objeto que “contiene” un sujeto, y otra cosa es establecer en dónde reside su consciencia. No cabe duda de que, más allá de una simplificación que habitualmente asumimos, la música que escuchamos “no está” en el *pendrive* que la registra, ni en el parlante del cual, según parece, emana. Es un producto complejo que “proviene” del *pendrive*, pero también del lector electrónico y de la energía que lo mueve, de la voluntad del que lo enciende y, además, de la actitud de escucharlo.

El alma que “emana” del cuerpo está sujeta a condiciones similares. La sinfonía que el receptor de radio transmite le llega desde un campo impregnado por esa información. Los pensamientos que un ser humano procesa y expresa, y que “resuenan” en él como producto de un continuo intercambio inconsciente con su entorno, no permanecen físicamente en su interior.

Funcionamos como antenas que “detectan” un período (capacidad que Freud, en su *Proyecto de una psicología para neurólogos*, atribuía a la consciencia) “sintonizando” las ideas, los afectos y las conductas que flotan en el ambiente en que vivimos. Algunas de esas ideas, afectos y conductas que nos atraviesan se quedan con nosotros, porque producen un cambio perdurable en nuestra estructura física, en nuestras funciones, en nuestros sentimientos o en nuestros hábitos. Tal como dice Antonio Porchia en *Voces*: “Me hicieron de cien años unos minutos que se quedaron conmigo, no cien años”. Gregory Bateson lo expresa cuando señala (en *Pasos para una ecología de la mente*): “Las ideas que hoy son yo mañana pueden ser usted”.

Platón (en su *Timeo*) se refiere a la parte del alma que habita en torno al hígado. Sin embargo, del mismo modo en que la música no “está” en el violín, la envidia no “habita” en el hígado, los recuerdos no están en las venas ni los sentimientos en el corazón. La voluntad no está en el hígado ni en los músculos. Los pensamientos, los sentimientos y los deseos no están en el cerebro. Todos esos órganos, que intervienen en esos procesos, se

prestan para representarlos adecuadamente, pero eso no significa que los procesos representados residan allí.

Reparemos en que el alma de una persona existe “más allá de su piel” y es una parte inseparable del alma colectiva que constituye el espíritu de una comunidad. Reparemos también en que las intenciones que, como motivos, pueblan su mente ya se manifiestan en las funciones de sus células. Aunque a primera vista puede parecer osado afirmar que una ameba, cuando distingue entre un alimento y un tóxico, establece un juicio, resulta obvio si reparamos en que establecer una diferencia es, precisamente, otra manera, equivalente, de definir el juicio, que se caracteriza por afirmar, o negar, una cualidad de un sustantivo. Lo mismo ocurre cuando un linfocito reconoce un antígeno.

Una vez admitida la íntima trabazón anímica implícita en el espíritu de una comunidad, se comprende que los cambios evolutivos (o involutivos) del espíritu de un ecosistema influyan en el desarrollo y en la generación de la forma (morfogénesis) de sus integrantes.

¿Qué significa “yo”?

Podemos afirmar, junto con los neognósticos de Princeton (Raymond Ruyer, *La Gnosis de Princeton*), que la consciencia es un singular cuyo plural se desconoce. En la autorreferencia, cuando digo o pienso “yo”, *el yo pasa a ser objeto*, pasa a ser ello (como mis manos, mi inteligencia, mi memoria, la tierra de mi país que piso o la

enfermedad por la cual sufro) y depende de acontecimientos que escapan a mi dominio.

Ello (“fuera” de mí en el espacio o en el tiempo) contiene innumerables entidades a las cuales atribuyo el conjunto de características que denominamos “yo” (que puede ser un “tú”, un “él”, un “ella” o sus equivalentes plurales). La proyección en el mundo, fuera de los límites del yo, de algo que alguna vez hemos caracterizado como una laberíntica galería de espejos establece el significado de los vínculos y de las personas “construyéndolos” mediante la transferencia que acompaña a las numerosas “especulaciones”. Más allá de las interesantes cuestiones que plantean Hofstadter y Dennett (en *Mind's I. Fantasies and Reflections on Self and Soul*) acerca del yo de la mente, la cualidad esencial a la que nos referimos cuando utilizamos el pronombre personal que designamos “yo” es esa consciencia, de la propia existencia, que denominamos “sentimiento de sí”.

Frente al mundo que constituye el “no yo” que configura un ello, la automovilidad que constituye lo que denominamos intención (reparemos que “animado”, dotado de alma, también significa “que se mueve”) y la autorreferencia que configura el “sentimiento de sí” (como una adquisición de lo que denominamos consciencia) integran las características que conforman un ego.

Experiencias ya registradas en textos antiguos (*Upanishads*) conducen a dos formas de manifestación de la

consciencia. Una, “primaria”, en la cual la consciencia de “sí mismo” (*self*) permanece en la penumbra. Se manifiesta como una amalgama de sensación y percepción que “motiva” (gatilla), sin desasosiego, el impulso que tiende hacia la satisfacción de una carencia leve que la vida genera. (Es así como, sentado, puedo cruzar una pierna casi sin darme cuenta y sin necesidad alguna de “pensar en mí”). Otra, “secundaria”, en la cual la dificultad arrecia y el apremio de la vida conduce hacia la disociación que genera, de manera más nítida, la interfaz (consciencia “de”) que separa, en un acto de consciencia, al yo y su circunstancia y que se manifiesta, muchas veces, como esa condición dramática de la existencia humana que inicia la filosofía y de la que tanto se ha ocupado José Ortega y Gasset.

La inevitable parcialidad de esta segunda forma de consciencia conduce a que todo *self* sea, en una cierta medida, lo que la psicopatología denomina un *pseudo-self*, aunque es claro que, dentro de esa disciplina, se utiliza ese término para referirse a alteraciones que son más groseras.

Borges (en *Siete noches*) señala que una de las desilusiones capitales es la del yo. El budismo, recuerda, sostiene que no hay un sujeto, lo que hay es una serie de estados mentales. No habría que decir “yo pienso”, sino “se piensa”, como se dice “llueve”. Al decir “llueve”, no pensamos que la lluvia ejerce una acción; no, está sucediendo algo. Debemos decir: “se piensa”, “se sufre”, y evitar el sujeto.

Schrödinger, en otro de sus escritos (*¿Qué es la vida?*), sostiene que el único modo de reconciliar el hecho de saber que mis funciones son mecanismos determinados por las leyes naturales —por un lado, con la incontrovertible experiencia, por otro, de que dirijo mis movimientos y puedo ver sus efectos— es pensar que “yo” soy el que determina el movimiento de los átomos. Es necesario aclarar enseguida que utiliza el pronombre “yo” en el contexto de esa consciencia primaria que no piensa en “yo”. Se refiere de ese modo a que la consciencia (un singular cuyo plural se desconoce) funciona como una parte de una amplia consciencia universal a la cual suele aludirse con la palabra *Dios*, en un sentido amplio que también encontramos en los antiguos textos hindúes.

Recordemos lo que afirma Porchia en *Voces*: “Hago lo que hago para que el universal equilibrio del que formo parte no pierda el equilibrio”. Sostener que la totalidad de una consciencia “universal” es inconsciente para una consciencia singular, que siempre funciona “desde un punto de vista”, concuerda con afirmar que todo acto de consciencia surge de una disociación que crea la “interfaz reflexiva” que lo convierte en una “consciencia de”. Desde esa parcialidad de mi consciencia, siento (con una convicción que resiste cualquier duda) que puedo elegir libremente mis acciones y, también, hasta un cierto punto, influir sobre los hechos.

2

EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

Los tres mundos que integran la consciencia

Jakob von Uexküll afirma, en un libro que ha merecido justificada fama (*Ideas para una concepción biológica del mundo*), que los organismos que estudia la biología trascurren su existencia en un mundo perceptivo propio que los caracteriza como especie y, en última instancia, también como individuo. Puede ejemplificarse lo que dice señalando que, cuando un profesor sale a pasear con su perro, ambos no circulan por la misma ciudad, porque, mientras el primero se deleita frente a la vidriera de una tienda de chocolates y le interesan los acontecimientos que se publican en la cartelera de los periódicos, el segundo queda subyugado por el aroma de una charcutería y husmea en los troncos de los árboles las “noticias urinarias” que han dejado sus congéneres.

La psicología cognitiva se encontró, en la década de 1970, frente a la necesidad de reconocer que existe una inteligencia emocional paralela, complementaria y, a veces, contradictoria con la inteligencia que surge

del ejercicio del intelecto. Se acercaba de este modo al camino que dio nacimiento al psicoanálisis como “abreacción” del afecto, en las postrimerías del siglo XIX, y sobre todo a la sabiduría de Pascal, que lo llevó a sostener, dos siglos antes, que “hay razones del corazón que la razón no entiende”.

Aprendimos a reconocer, entonces, no sólo que el ser humano trascurre en un mundo perceptivo propio que él mismo se construye, sino también que su consciencia elabora un mundo sensitivo dentro del cual inevitablemente vive. Una vez admitido que vivimos en los mundos perceptivo y sensitivo que nuestra consciencia construye, se nos impone la existencia de un mundo normativo que corresponde al desarrollo de una conciencia moral.

Entre los órganos a los cuales los antiguos atribuían la sede del alma, sobresale, muy especialmente, el hígado. Reparemos en que, entre quienes se dedicaban al arte de predecir el futuro, junto al astrólogo, que interrogaba a los astros, y al onirocrítico, que interpretaba los sueños, existía el arúspice, que examinaba las vísceras, dedicándole al hígado una particular atención. Investigando en el significado inconsciente de los trastornos hepáticos, llegamos a la conclusión (que expusimos en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*) de que es el órgano que se arroga la representación simbólica de los procesos a través de los cuales se materializan, en el cuerpo o en el mundo, las formas “ideales”.

Además de la inteligencia intelectual, representada simbólicamente por el cerebro y la cabeza, no sólo existe, entonces, la inteligencia emocional que el corazón representa, sino también una inteligencia práctica, ejecutiva, que, manifestándose como la capacidad necesaria para materializar los proyectos, adquiere una representación simbólica en el funcionamiento hepático. Dado que la capacidad de ejecución práctica que se manifiesta como un conjunto de acciones atinadas depende de una percepción adecuada de la realidad, debemos suponer que sin la operatividad de esa capacidad perceptiva la supervivencia de cualquier organismo vivo (independientemente de cuál sea su grado de complejidad) es imposible.

En *Corazón, hígado y cerebro. Tres maneras de la vida*, sostuvimos que el mundo perceptivo (que configura objetos “físicos”, que benefician o dañan) se relaciona especialmente con el poder que deriva del pasado, con el yo y con el hígado; el mundo sensitivo (que configura sujetos “animados”, que “habitan” un cuerpo físico) se relaciona especialmente con el querer, que se experimenta en el presente, con la instancia que el psicoanálisis denomina “ello” y con el corazón; mientras que el mundo normativo (que configura valores “espirituales”, que se refieren a una convivencia) se relaciona especialmente con el deber que se proyecta hacia el futuro, con la instancia que el psicoanálisis denomina “superyó” y con el cerebro (como representante del pensamiento, que constituye un “ensayo” de la acción).

Recordemos que hay tres maneras del saber (distinguidas, desde antiguo, con las palabras *scire*, *sapere* y *experire*) que se obtienen a través de funciones diferentes. Podemos agregar, entonces, que una de ellas, que el cerebro simbólicamente representa, establece las diferencias que denominamos razones y que constituyen “dichos”. Que otra, representada por el corazón, determina las importancias que motivan nuestra vida otorgándole “sentido” y que constituyen el “sabor” cualitativo de las distintas emociones. Mientras que una tercera, representada por el hígado, conduce hacia la finalización de la experiencia que se concreta en la realización material y que constituye los “hechos” producidos por acciones.

Los desequilibrios en la relación con los tres mundos

Si nos conformamos con la simplicidad de un esquema, podemos decir que el desequilibrio entre las funciones representadas por el corazón, el hígado y el cerebro conduce a los excesos de una pasión “cardíaca” incontrolable, a los de una “fuerza cruel”, como abuso de un poder “hepático”, o a los que surgen de fantasías que desembocan en un delirio “cerebral”, y que esos excesos dependen de la función que predomina en cada desequilibrio particular. Mencionamos en otra ocasión algunos ejemplos de los más comunes que, en general, suelen evidenciarse con mayor claridad a través de la merma en una de las tres funciones. Así describíamos

al joven apasionado e idealista que, carente de una capacidad hepática adecuada para la magnitud de sus propósitos, se suele enfermar de hepatitis; al hombre que “con un hígado frío” y “suficiente cabeza” triunfa en los negocios, pero, “carente de corazón”, fracasa en la constitución de su familia; o, también, a la mujer que “entrega su corazón sin usar su cabeza” y somete “a su hígado” a un esfuerzo constante. Gustavo Chiozza (en *Volviendo a pensar sobre “Corazón, hígado y cerebro”*) ha enriquecido la comprensión de esta dinámica señalando que cada una de esas tres funciones debe “mediar” entre las otras dos, para lograr de ese modo un equilibrio armónico.

Lo que nos interesa subrayar ahora, sin embargo, es que en el desequilibrio que hoy se manifiesta como una desorganización progresiva y acelerada del mundo en que vivimos se observa que, a despecho de lo que ocurre de manera inconsciente, en la consciencia predominan tres actitudes. Una sobrevaloración de la función que el cerebro representa, que conduce a la fantasía de un pensamiento omnipotente que todo lo resolverá a través de una “técnica” que disminuye el esfuerzo. Una evitación del ejercicio de la función representada por el hígado, que conduce a una sobrevaloración del descanso y el ocio. Un desprecio de la función representada por el corazón, que proviene de la confusión de la dependencia con el sometimiento y del sentimiento con la debilidad.

Es necesario reconocer que, a pesar del prestigio creciente de la “función cerebral”, vivimos dentro de una profunda “crisis de la razón”, que funciona de manera

deficiente sustituyendo la racionalidad por una racionalización. Recordemos aquí que “racionalizar” es el término que utiliza el psicoanálisis para referirse a lo que sucede cuando la razón se deforma para llegar a una conclusión acorde con la realización de un deseo. Llegamos así a la situación que Ortega describe de un modo magistral cuando señala (en *Sobre la razón histórica*): “De puro haber perdido hoy todo el mundo la razón, resulta que acaban teniéndola todos, sólo que entonces la razón que cada cual tiene no es la suya, sino la que el otro ha perdido”.

¿A qué puede atribuirse tamaña sinrazón? Es claro que la explicación psicoanalítica acerca de la deformación del pensamiento conducido por la necesidad de certificar una fantasía optativa, explicación cierta, sin duda, en sí misma, no alcanza para entender la magnitud de un cambio colectivo que hoy se manifiesta por doquier, en un mundo que por primera vez en la historia de nuestra civilización se ha globalizado.

Acerca de una mutación de la consciencia humana

En 1950, tuvo lugar en Suiza (en el Instituto de Altos Estudios Económicos de Sankt Gallen) un ciclo de conferencias, iniciado y clausurado por dos ponencias del filósofo Jean Gebser, en donde otros ocho egregios representantes de las distintas ramas del saber, proviniendo de diferentes países, intentaron presentar una visión de

conjunto acerca del nacimiento de una nueva cultura, que surge junto con una crisis que señala la necesidad de una renovación espiritual. Las conferencias se publicaron en un libro (*Die Neue Weltschau*) que fue traducido al castellano con el título *La nueva visión del mundo*. Si bien la traducción del título es correcta, surge de su propio contenido que se trata de una nueva concepción que trasciende las posibilidades de una representación visual, de modo que nos encontramos, dicho sea de paso, con un nuevo ejemplo acerca de cómo todo pensamiento subversivo sufre las mermas que le impone el lenguaje surgido de una concepción anterior.

De acuerdo con lo que sostiene Gebser (en *Origen y presente*), al año siguiente se realizó otro ciclo con el nombre *Las nuevas nociones y la misión del hombre actual*, en el que participó Werner Heisenberg (del cual, tal vez, se haya publicado una versión alemana). Por esa misma época, entre 1949 y 1953, Gebser edita, en alemán, *Origen y presente*, un erudito y voluminoso tratado, reeditado en 1966 y traducido al castellano, en donde el asunto de una mutación de la consciencia humana se examina en profundidad desde sus manifestaciones en las diferentes formas del saber y del hacer, que surgen en los distintos desarrollos de las ciencias y las artes

Lo importante para la cuestión que nos ocupa es que los expositores reunidos en Sankt Gallen coinciden en señalar que lo que acontece en cada una de las ramas del conocimiento influye en todas las demás, o se produce como manifestación de un movimiento unitario. Gebser

sostiene que se trata, en verdad, de una transformación de la consciencia cuya magnitud sólo puede compararse con otra en toda la evolución de la civilización humana, acaecida cuando la humanidad, en sus formas más evolucionadas, pasó del predominio del pensamiento mágico al predominio del ejercicio del pensamiento lógico.

Luego de una crisis que ocupó varios siglos, una transformación de la cultura, que culminó en el Renacimiento italiano con el descubrimiento de las leyes de la perspectiva (que permitían representar en un plano la tridimensionalidad), bifurcó la antigua magia en dos grandes desarrollos: la religión y la ciencia, en el comienzo de la Edad Moderna. Cabe reparar en la magnitud que debe haber alcanzado aquella crisis para que la salida de ella se denominara “renacimiento”.

Las conferencias en Sankt Gallen, que se ocupan de una segunda transformación que determina la crisis que enfrentamos en nuestros días, conducen a tres conclusiones.

La primera, y más importante, consiste en comprender que los productos de una nueva concepción “cuatridimensional” del universo operan en un mundo que, en su enorme mayoría, se establece con los parámetros que derivan de una concepción tridimensional del espacio y de una noción cronológica del tiempo. No es de extrañar, entonces, que ocurran calamidades como aquellas a las que alude la sentencia “como mono con navaja”.

La segunda reside en el haber comprendido que el predominio del pensamiento racional, que condujo, en

primera instancia, a logros científicos y tecnológicos maravillosos, excedió rápidamente los límites de su funcionamiento armónico, porque también nos llevó hacia una desvaloración excesiva de las funciones que cumplen la magia y el mito dentro de la cultura humana. No se trata, entonces, de regresar hacia una irracionalidad superada, sino de ingresar en una etapa “arracional” que se distingue de lo irracional, porque, consciente de los límites del pensamiento lógico, inicia un recorrido “integrador”, como el que nos revela la física cuántica (gracias a la cual hemos obtenido logros insospechados) cuando sostiene que un mismo electrón puede pasar, al mismo tiempo, por dos orificios separados dentro de un mismo plano.

La tercera surge de la evidencia de que carecemos de una suficiente comprensión de hacia dónde nos conduce esta nueva mutación de la consciencia, que sólo podemos denominar, de manera parcial, provisoria e incompleta, como cuatridimensional, arracional o aperspectívica.

Dado que en las conferencias de Sankt Gallen la obra de Freud fue abordada desde su contribución al ejercicio de una medicina de orientación psicosomática, es importante mencionar que el mismo psicoanálisis ha sido y es un artífice importante en esa mutación de la consciencia humana que se revela cotidianamente de manera indiscutible en la crisis del pensamiento racional que hoy nos atraviesa, desorganizando de un modo progresivo y acelerado nuestra concepción del mundo en que vivimos.

A pesar de que el ejercicio de la técnica psicoanalítica se ha visto afectado y desvirtuado por la crisis dentro de

la cual vivimos, y la mayoría de quienes actúan en su nombre se apoya en una concepción que limita sus alcances y la eficacia de su operatividad, surge, lentamente, desde sus mismas entrañas freudianas, un psicoanálisis “arracional” que se arraiga en la transferencia que trascurre en la permanente actualidad de un presente atemporal. Entre las importantes contribuciones que relacionan al psicoanálisis “arracional” con la mutación de la consciencia, es necesario que subrayemos dos.

La primera consiste en que el proceso psíquico que llamamos primario, que es el que atribuye lo que denominamos “importancia”, y el secundario, que establece lo que llamamos “diferencia”, no pueden existir por separado, sino que se integran en un proceso terciario gracias al cual la metáfora, el sueño, la parábola, la alegoría, la transferencia y todas las formas del arte pueden operar enriqueciendo el conocimiento que nos permite vivir. Señalemos que, intentando profundizar en el conocimiento de ese “misterioso” proceso, Chales Peirce (en “Guessing”, *The Hound and Horn*) se refiere a un “procedimiento” que denominó “abducción”, al cual Gregory Bateson (en *Pasos para una ecología de la mente*) atribuye el descubrimiento de “la pauta que conecta” acontecimientos biológicos y ecosistémicos aparentemente disímiles. Agreguemos que René Thom (*Esbozo de una semiótica*) distingue entre la saliencia (de una figura sobre un fondo, por ejemplo) y la pregnancia, que atribuye a esa discontinuidad singular una particular significancia, y afirma que ambas

se constituyen recíprocamente en un mismo proceso inseparable.

La segunda radica en que la interpretación psicoanalítica de los significados inconscientes de las estructuras materiales del cuerpo nos conduce a comprender que, así como no sólo posee significado una poesía, sino que además lo poseen las palabras o las letras que la constituyen, y hay sustantivos, verbos y adjetivos “específicos” en distintos idiomas, también hay riñones similares en distintas especies, y ojos parecidos en moluscos y mamíferos. No sólo poseen un significado específico los órganos de los organismos complejos, también lo poseen las sustancias que los constituyen, se trate de atropina, endorfina, digitalina o aspirina, “atravesando” la frontera de lo que suponemos vivo. Podemos decir, entonces, marchando en una dirección similar a la que adopta Fred Hoyle (en *El universo inteligente*), que en la estructura del conjunto, desde la misma intimidad de la trama, “mineral y viva”, del planeta Tierra, crece el significado de una “interioridad” psíquica, y nacen las raíces de una inteligencia ecosistémica, junto con los algoritmos fractales de las máquinas, en cada sustancia.

HACIA UNA NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO

El espacio y el tiempo

Lo que diremos aquí acerca del espacio-tiempo, lejos de pretender modificar, a través de la captación incompleta de algunas ideas, una concepción “habitual” del mundo que sostenemos de manera inconsciente, obedece a la intención de señalar los poderosos motivos que, desde la física, conducen a la profunda crisis que atravesamos hoy.

Albert Einstein, en 1905, a los 26 años de edad, sostuvo que el tiempo transcurría de manera diversa en dos sistemas separados entre sí por un movimiento relativo. De modo que dos acontecimientos que, desde uno de esos sistemas, podían considerarse simultáneos serían, desde el otro, considerados sucesivos. El tiempo dejó de constituir, desde entonces, una magnitud universal absoluta y pasó a ser considerado como una variable que, bajo la forma de una “cuarta” dimensión, vino a agregarse a las tres dimensiones del espacio.

A partir de la teoría de la relatividad formulada en 1905, los físicos comenzaron a referirse a un espacio-tiempo “unificado”, y cuando Einstein, en 1915, planteó la imposibilidad de discernir entre la fuerza de gravedad y los efectos de un movimiento acelerado (como el que empuja a un tripulante contra el respaldo de su asiento, cuando su vehículo acelera), y sostuvo que la masa es una energía “en reposo” que equivale a la magnitud de esa masa multiplicada por la velocidad de la luz elevada al cuadrado, no sólo llegó a la conclusión de que la trayectoria de la luz, atraída por un campo gravitacional, se altera (su teoría pudo demostrarse en el eclipse total del Sol ocurrido en mayo de 1919), sino también de que el espacio-tiempo se curva constituyendo un universo que, siendo ilimitado, es finito.

Tal como lo señala Carlos Rovelli (en *La realidad no es lo que parece*): “Teorías como la relatividad general y la mecánica cuántica, que al principio suscitaban mucha incredulidad, han merecido cada vez mayor crédito porque todas sus predicciones, incluso las más insospechadas y aparentemente extravagantes, se veían confirmadas por experimentos y observaciones”. Así, por ejemplo, para que un GPS funcione adecuadamente, fue necesario calcularlo de acuerdo con las ecuaciones de Einstein, que establecen que el tiempo, en un satélite, transcurre con mayor rapidez que sobre la superficie de la Tierra.

Ya que estamos ocupándonos de la contribución de la física a una mutación de la consciencia humana que conduce hacia una nueva concepción del mundo,

mencionemos lo que sucede con el espacio-tiempo desde lo que surge desde el principio de indeterminación (planteado por Heisenberg) que forma parte de la teoría cuántica. No sólo se afirma que el reconocimiento del impulso que permite la identificación de una partícula atómica impide determinar su posición (sustituyendo la certeza de una localización por una probabilidad estadística), sino que se altera por completo, en su significación, el concepto, en sí mismo, de un lugar espacial, convirtiéndose en una cualidad “irrelevante”.

En las palabras de Rovelli, hay un descubrimiento de la física cuántica (el más profundo y difícil de entender, que el atomismo antiguo no previó de ningún modo): la teoría no dice cómo “son” las cosas, dice cómo “ocurren” y cómo “influyen unas en otras”. No dice dónde está una partícula, sino dónde “se aparece a otras”. El mundo de lo que existe se reduce al mundo de las interacciones posibles. Todas las características de un objeto existen sólo respecto de otros objetos; son las relaciones las que dan lugar a la idea de “cosa”. Los hechos de la naturaleza únicamente se producen en las relaciones.

Recordemos que la teoría cuántica obtiene su nombre, a partir de Max Planck, porque sostiene que el universo no posee una estructura “continua”, sino que está constituido por un conjunto (“discreto”) de unidades (o “acciones”) separadas que no pueden ser menores a una determinada cantidad (un *quantum*), o a un múltiplo entero de ese valor constante.

El espacio que postula la física ya no se concibe como una “caja vacía” que los cuerpos ocupan en un “momento” del tiempo que continuamente transcurre desde el pasado al futuro. Es, por el contrario, un espacio “lleno” de “cuantos” que no ocupan un lugar, porque “son” el lugar; que no están en el espacio, porque son el espacio que existe como un “campo” granular y dinámico que se comprime y retuerce. Por la misma razón, todo eso que la mecánica cuántica describe no transcurre “en el tiempo”, porque eso mismo “es” el tiempo.

Las representaciones visual y auditiva

Aprendimos a distinguir entre una presencia, que se manifiesta frente a los órganos sensoriales (fundamentalmente los cinco sentidos: tacto, gusto, olfato, oído y vista), y su evocación posterior mediante su rememoración, es decir, su re-presentación. Aunque suponemos que todos nuestros sentidos derivan, en última instancia, del tacto, establecemos una gran diferencia, en lo que respecta al desarrollo de nuestros procesos de pensamiento, entre las representaciones que provienen de nuestros sentidos “proximales” (tacto, gusto y olfato) y las que provienen de los “distales” (el oído y la vista). Todas ellas (procesadas por el pensamiento) dan lugar a las distintas formas del arte, de modo que comprendemos que un profundo cambio en nuestra concepción del mundo y del espacio-tiempo haya dado lugar a una transformación del arte (magníficamente explorada por Gebser) como la que hoy presenciamos.

No cabe duda de que nuestras representaciones de aquello que denominamos “objetos” y, en última instancia, del mundo provienen de un conjunto de percepciones (organolépticas) obtenidas a través de los “cinco” sentidos. La mayoría de esas representaciones, durante la evocación, operan de manera inconsciente, pero tampoco cabe duda de que en la consciencia predominan las visuales y las auditivas.

Vivimos habituados a un conjunto de representaciones dentro del cual, con frecuencia, las visuales adquieren progresivamente predominio sobre las auditivas. Esas representaciones ejercen, a través de las palabras que habitualmente compartimos, y de manera inevitable, una cierta tiranía sobre nuestro pensamiento. El espacio tridimensional es visual, y también lo es el tiempo registrado, visualmente, como movimiento. La claridad y la iluminación son visuales, lo mismo que la transparencia, y constituyen cualidades del pensamiento que se interpretan como equivalentes del haber comprendido, desentrañando el sentido de algo inaccesible y visualmente oculto.

Ortega (en *Meditaciones del Quijote*) realiza interesantes reflexiones acerca del pensamiento mediterráneo, superficial, claro, y emocionalmente rico, anclado en la inmediatez de la apariencia, aunque pueda llegar a ser contradictorio, y el pensamiento germano, que se presenta con conceptos más oscuros, más difíciles, que atienden a la significancia trascendente que reviste la conexión de esa experiencia con el conjunto inabarcable que constituye su contexto.

La oscuridad de la caverna, de la cueva y del interior de las catedrales que “filtran” la luz nos promete, en lugar de claridades, “resonancias” que nos conducen a pensar en la tridimensionalidad del laberinto del oído y en las repercusiones “aéreas” de la música de un órgano. Reparemos en que, durante la ontogenia, las representaciones acústicas preceden a las visuales, ya que el feto oye en la oscuridad intrauterina. Gebser (en *Origen y presente*) nos recuerda que la palabra “persona”, derivada de la máscara griega que caracterizaba, en el teatro, un personaje, obtiene su sentido más profundo del término “per-sonare”, que alude a la forma superlativa de sonar. Agreguemos a esto que la polaridad entre luz y sombra, presente ya en el mito de la caverna, de Platón, y en la identificación de los dos colores primarios, que Goethe (el mismo Goethe que puso en boca de su Prometeo que su raza estaba “destinada a ver lo iluminado, no la luz”) opuso a los tres que propugnaba Newton, se manifiesta en una producción onírica que no sólo ocupa una gran proporción de la vida de un ser humano adulto, sino que además concentra, en cada noche, lo esencial de lo que, en cada día, se reactualizó como carencia.

Pensando en lo que se define como una nueva concepción del mundo, ha llegado el momento de asumir una renuncia imprescindible, que consiste, nada menos, en abandonar una consuetudinaria representación del mundo en que vivimos, acorde (como el espacio que aprendimos a dibujar en perspectiva) con el origen sensorial de la inmensa mayoría de nuestras

representaciones, que nacen consustanciadas con el ejercicio de nuestros “cinco” sentidos. Suele suceder, entonces, que, habituados a la claridad que adquiere nuestra representación visual del mundo concebido como un espacio tridimensional que transcurre en un tiempo absoluto y mensurable, en cuanto intentamos introducirle una cuarta dimensión sucumbimos a la tentación de intentar representarnos visualmente ese nuevo espacio-tiempo con cuatro dimensiones (“mensurables”). Reparemos en que quienes poseen la capacidad de comprender el pensamiento al cual las fórmulas matemáticas aluden se mueven “como pez en el agua” con ese “otro” tipo de representaciones que se alejan de su origen sensorial, mientras que los que carecemos de esa capacidad sólo podemos aproximarnos un poco a lo que significan comprendiendo que un universo multidimensional es un universo constituido por la interrelación de múltiples factores. Una interrelación hacia la cual, a través del cálculo, sometido al ensayo y el error, los nuevos desarrollos de la física se logran acercar.

Materia e idea

Cuando Gebser (en *Origen y presente*) sostiene que nos enfrentamos con una importante mutación de la consciencia humana que desdibuja los límites de las distintas disciplinas que organizan el conocimiento en los territorios que corresponden a la naturaleza y la cultura, multiplicando las influencias que cada una de ellas

ejerce sobre sus vecinas, señala, además, que en nuestra época asistimos a la constitución de tres “ciencias duales”. Una, psicofísica, que surgió desde la física; otra, psicosomatológica, que nació dentro de la medicina, y, por fin, la tercera, parapsicológica, que se desarrolló como un derivado de la psicología destinado a estudiar los fenómenos extrasensoriales y la telepatía.

Si bien el psicoanálisis nunca permaneció ajeno al reconocimiento de comunicaciones inconscientes que dieron origen a una “parapsicología”, como lo testimonian sus experiencias acerca de la pertinencia de las “ocurrencias” contratransferenciales en el campo constituido por la sesión psicoanalítica (que precedieron en muchos años al descubrimiento de las neuronas espejo), no cabe duda de que, contemplados desde el interior del “templo” de la ciencia, los estudios parapsicológicos configuran un terreno resbaladizo que progresa muy lentamente y no goza de mucho prestigio.

El psicoanálisis, gracias a su interés en la histeria, nació como una psicosomatología “médica”, indagando en la relación entre el cuerpo y el alma con los parámetros de un método que podía considerarse científico. Por este motivo, nuestra puerta de ingreso (como psicoanalistas, pero también como menesterosos de algún tipo de contacto más “saludable” con nuestros congéneres) al territorio, novedoso y subversivo, de las ciencias “duales” ha sido la psicosomatología. Pero, precisamente por eso, en general ha pasado desapercibido que la interrelación psicósomática constituye un caso particular de la relación

entre idea y materia, y que esta última relación condujo a que la ciencia física se transformara en una psicofísica interesada en estudiar nuestra consciencia. Cabe recordar aquí que el principio de indeterminación de Heisenberg (uno de los pilares en los que se apoya la física cuántica), que establece la inevitable intromisión del observador en el campo observado, pone en crisis cualquier afirmación omnipotente acerca de una pretendida objetividad.

No es casual que Eugene Wigner, Premio Nobel de Física en 1963, haya escrito (en 1961), como parte del trabajo científico realizado “dentro” de su disciplina, un ensayo titulado *Comentarios sobre la cuestión mente cuerpo*. John Briggs y David Peat consignan (en *A través del maravilloso espejo del universo*) que Wigner señala (recurriendo al paradigma conocido como el gato de Schrödinger) que las ecuaciones cuánticas no son lo suficientemente flexibles para explicar el macromundo de los gatos y se pregunta: ¿el mundo cuántico se detiene en el átomo? ¿En la molécula? ¿Dónde? ¿Qué reglas se aplican para distinguir cuando se ha llegado a ese límite? Para terminar afirmando (en palabras textuales citadas por Briggs y Peat) que “la mecánica cuántica, en su forma presente, no es aplicable a los sistemas vivos, cuya consciencia es un factor decisivo”, no sólo porque la consciencia influye sobre los hechos y el observador determina aquello que se observa, sino también porque no puede separarse de algo sin alterarlo.

Cabe subrayar, además, que toda la obra de Erwin Schrödinger se sustenta en la aceptación de que una

concepción del mundo no debe desconocer el hecho de que en el universo hay consciencia, y que eso lo convierte en un verdadero “fundador” de la psicofísica. Reparemos en que se trata de una psicofísica que se nutre de una física cuántica y relativista, tanto como de una “psicología” que integra las mejores contribuciones de Oriente y Occidente. Entre sus libros, traducidos en varios idiomas, que han merecido una justificada fama, hay dos, *Mente y materia* y *¿Qué es la vida?*, que constituyen un suficiente testimonio.

Toda la historia de los avatares de la discusión acerca de la interrelación psicosomática de los últimos sesenta años (no sólo dentro de la medicina, sino también, lo que es peor aún, dentro de la comunidad psicoanalítica) ha quedado penosamente detenida en algunos tópicos malentendidos (como la existencia de un psiquismo fetal, o el carácter simbólico “específico” de las distintas alteraciones materiales en los organismos vivos) por obra de este desconocimiento del apoyo que la psicofísica otorgaba a una psicosomatología que recién nacía. Un desconocimiento psicoanalítico colectivo que condujo a que fuera una nueva disciplina, la biosemiótica, la que recorriera, pujantemente, un territorio en el cual la obra de Freud abrió un camino que la mayoría de sus discípulos abandonaron.

Volviendo sobre la relación entre materia e idea que la psicofísica plantea, llegamos a la conclusión de que lo esencial radica en un enigma con el cual se enfrentó Freud,

ya en 1909, cuando en la segunda edición de su *Interpretación de los sueños* escribe: “¿Debemos atribuir realidad al deseo inconsciente? No lo sabría decir. Debemos negársela, por supuesto, a cualquier pensamiento transicional o intermediario. Si contemplamos al deseo inconsciente reducido a su más fundamental y verdadera forma, deberemos recordar que, sin duda, también la realidad psíquica posee más de una forma de existencia”.

En 1914, Freud corrige el texto de la siguiente manera: “... deberemos concluir que, sin duda, la realidad psíquica es una particular forma de existencia que no debe ser confundida con la realidad de los hechos”. En 1919, vuelve a modificar la frase y reemplaza “realidad de los hechos” por “realidad material”.

Las vicisitudes del texto señalan, de manera inequívoca, que la palabra “realidad” (derivada del término latino *res*) algunas veces se usa (tal como sucede con la palabra “cosa”, su significado en castellano) para referirse a cualquier tipo de existente, y otras, para designar, únicamente, a lo que, dado que se hace presente a la percepción mediante los órganos sensoriales, existe materialmente.

Si nos acometieran las dudas (como le ha sucedido a Freud durante la escritura del primer párrafo citado) acerca de la realidad de los existentes ideales, nos ayudaría recurrir a Shakespeare, cuando le hace decir a su Prospero que “estamos hechos de la sustancia de la que están hechos los sueños”. También recordar que, del mismo modo que Heráclito afirma que no podemos bañarnos dos veces en el mismo río porque el agua que lo constituye circula,

podemos sostener que los átomos que integran nuestra carne nos abandonan mientras otros que ocupan su lugar lo hacen respetando la idea del conjunto que configura su forma. O, quizás, recurrir a las palabras de Porchia que antes citamos: “Me hicieron de cien años unos minutos que se quedaron conmigo, no cien años”.

No podemos terminar este apartado sin mencionar los importantes desarrollos de Gregory Bateson, que lo conducen a introducirse (en *Naturaleza y espíritu* y en *El temor de los ángeles*), a partir de la diferencia establecida por Jung, en las importantes relaciones entre *pleroma* y *creatura*, fecundando el campo de la psicosomatología desde un ángulo de observación que introduce una nueva claridad. Algo similar ocurre con los conceptos que lo llevan a René Thom (en *Esbozo de una semiofísica*) a referirse al interjuego entre *pregnancia* y *saliencia*.

De una u otra forma queda claro que la existencia, toda existencia, sea cual fuere, se nos presenta siempre dividida en “binomios”, cuyos términos, irreductibles entre sí e inseparables, que “se influyen”, trascurren y evolucionan inevitablemente juntos, como las dos caras de una misma moneda, se pueden “representar” de manera recíproca (o, también, con sus “homólogos” en otros binomios). Sustancia y forma, cantidad y calidad, estado y acontecimiento, espacio y tiempo, materia e idea. Pero, además, cuerpo y mente, carácter y destino, el signo y su significado, diferencia e importancia, lo que constituye lo inconsciente y lo que habita la consciencia, para llegar, por fin, a los dos integrantes de mi vida: mi circunstancia y yo.

SEGUNDA PARTE

4

COMPLEJIDAD

Entre causas y efectos

Newton, con sus célebres leyes del movimiento, que relacionaban el motivo de un cambio con la operación de una fuerza, introdujo la idea de un cálculo diferencial que conducía a explicar los fenómenos como una relación “lineal” entre causa y efecto. Las ecuaciones diferenciales que permitían describir esa relación no sólo nos otorgaron la posibilidad de predecir la trayectoria de una bala, sino también la de “calcular” el transcurso de fenómenos muy diferentes, como el funcionamiento de una máquina, la energía derivada de la combustión del carbón o el crecimiento de un vegetal.

Aprendimos que, en todos esos fenómenos, pequeños cambios producen pequeños efectos, y los grandes efectos se obtienen mediante la suma de muchos cambios pequeños. El mundo descrito por la ciencia fue intentando convertirse, de ese modo, en un mundo que, poco a poco, sería previsible.

Las ecuaciones y teorías que describen la rotación de los planetas, la trayectoria de un proyectil o la estructura del código genético nos han permitido concebir una regularidad y un orden, una especie de “certidumbre mecánica”, que nos ayudaron también a concebir la existencia de las “leyes” que atribuíamos a la naturaleza. La turbulencia, la irregularidad y la imprevisibilidad nunca faltaron en el mundo, pero la ciencia, en el pasado, se enfrentó con ellas asumiéndolas como el resultado de una complejidad que algún día podría ser desentrañada a partir de las ecuaciones lineales que describían sus ordenados fundamentos.

A fines del siglo XIX, Henri Poincaré, matemático, físico y filósofo, destruyó esa cómoda imagen de la naturaleza, cuando se enfrentó con el hecho de que las ecuaciones lineales de Newton permitían predecir con exactitud la relación de movimiento entre dos cuerpos celestes asumiendo, en condiciones ideales, que no estaban influidos por la presencia de otros cuerpos. En otras palabras, bastaba con la presencia de la Luna para que el movimiento de la Tierra alrededor del Sol no pudiera ser previsto con total exactitud (ni representado, en un gráfico con ordenadas y abscisas, como una línea recta), dado que las ecuaciones “no lineales” que hubieran sido necesarias escapaban a las posibilidades matemáticas de entonces. El problema planteado por el tercer cuerpo celeste, o el que surgía frente a los eventos abruptos o discontinuos, como es el caso de las explosiones, las fisuras repentinas de los materiales, los huracanes, los

terremotos, las avalanchas o las inundaciones, sólo podían resolverse mientras tanto por aproximación.

Dado que una inmensa cantidad de las situaciones críticas con las cuales nos enfrentamos a diario pudieron ser afrontadas utilizando aproximaciones lineales, logramos conservar la ilusión (anclada con fuerza en nuestro suelo de creencias como una intuición que nos resulta familiar) de que vivimos en un mundo en el cual un orden positivo y tranquilizador predomina, aunque un caos negativo y perturbador surja de manera transitoria en algunas ocasiones. Sin embargo, el primer paso ya se había realizado, y el reconocimiento de “sistemas complejos” abrió el camino para el desarrollo de nuevas disciplinas, las “ciencias de la complejidad”.

Construimos una representación del mundo mediante el ejercicio de una función que denominamos percepción. Antepuesto a un término, el prefijo *per-* se usa para referirse (como sucede con *hiper-*) a “más” de eso mismo que el término designa, y dado que *-cepción* significa *captar*, la palabra *percepción* alude a un mayor grado en la captación de lo que nos rodea. La palabra *complejo* procede del latín *complexus*. El término *plexus* alude a una red formada por filamentos entrelazados, de modo que la palabra *per-plejo* y su derivado *perplejidad* se usan para denotar la experiencia que surge en el encuentro con un entrelazado muy intrincado que no puede ser desentrañado con facilidad. Parece que el idioma designa atinadamente como *per-cepción* al grado de captación con el cual nos disponemos a enfrentar la *per-plejidad*

que se experimenta frente al grado de complejidad que se manifiesta como una turbulencia que nos perturba.

Sin embargo, el concepto de complejidad no sólo se refiere a la inextricable relación entre los elementos de un mundo físicamente percibido, ya que incluye, en la configuración de un todo inabarcable, dos integrantes que es importante destacar: la intencionalidad que atribuimos al psiquismo y la participación de una inteligencia colectiva que trasciende las capacidades intelectuales de un individuo humano.

Encontramos un ejemplo del primero en lo que (en *Mind in Science*) afirma Richard Gregory: “Se sostiene habitualmente que [las explicaciones mecanicistas] constituyen la explicación correcta, porque, de hecho, no introducen un propósito, pero la noción de propósito se encuentra esencialmente ligada con la función, y la función es esencial para una ‘máquina’”.

En cuanto al segundo integrante, reparemos en lo que, desde la economía, escribe Jesús Huerta Soto (citado por Diego Giacomini en *Papel pintado*): “Se da así la paradójica realidad de que las instituciones que son más importantes y esenciales para la vida del hombre en sociedad (morales, jurídicas, económicas y lingüísticas) no son creaciones deliberadas del hombre mismo, pues este carece de la necesaria capacidad intelectual para asimilar el enorme volumen de información dispersa que las mismas conllevan y generan. Por el contrario, esas instituciones forzosamente van surgiendo

de manera espontánea y evolutiva del proceso social de interacciones humanas”.

Cualquier todo es mucho más que la suma de sus partes

Briggs y Peat señalan (en *El espejo turbulento*) que el hechizo persistió hasta la década de 1970, cuando los avances matemáticos y el ordenador de alta velocidad permitieron sondear el interior de las ecuaciones no lineales y pensar de una manera nueva acerca de la complejidad y el caos. El hecho de que en los acontecimientos complejos cambios muy pequeños y difíciles de percibir puedan producir grandes efectos llegó a popularizarse con el nombre de “efecto mariposa”, porque afirma, recurriendo a una representación metafórica, que el movimiento del ala de una mariposa en Shanghái puede ocasionar un huracán en Florida.

El problema que “el tercer cuerpo” introduce en la física newtoniana constituye, entre otros, un ejemplo privilegiado acerca de la manera en que el concebir en forma lineal las relaciones entre causas y efectos limita nuestra comprensión de las realidades complejas. Conrad Waddington, uno de los creadores de la biología de sistemas, señala en su libro póstumo (*Tools for Thought*, 1977) que cuando se opera sobre una realidad compleja, sea biológica, social o política, y se trata de influir en ella, es peligroso regirse por un pensamiento lineal.

Para comprender hasta qué punto se inició de este modo un cambio progresivo en nuestra manera habitual de pensar, es suficiente con reparar en lo que sucede con la medicina y con la economía cuando operan ignorando que intervienen en un mundo y un contexto en donde cualquier acontecimiento es un efecto causado por *todo* lo demás. La terapéutica farmacológica que se utiliza en la práctica médica cotidiana se basa en las ya mencionadas aproximaciones lineales, que diferencian, de un modo a menudo injustificado, entre los efectos que se consideran beneficiosos y otros, indeseados, que se denominan secundarios o colaterales, cuando en realidad todos ellos son de manera simple y pura los efectos que dentro de un funcionamiento complejo permanecen ligados en un proceso indisoluble. Algo similar ocurre con la economía, en cuyos ámbitos se discute, desde hace ya muchos años, acerca de una mayor o menor intervención del Estado.

No sólo se evidencia en la persistente polémica entre liberalismo y totalitarismo, acerca de la cual Vargas Llosa (en *La llamada de la tribu*) nos ofrece un interesante testimonio, sino también en la magnitud que han alcanzado algunas aberraciones económicas (como, por ejemplo, las que describe Olliver Bullough en *Moneyland*).

Aclaremos en seguida que no estamos objetando indiscriminadamente el uso de una ciencia que nos ha otorgado grandes éxitos. Esos éxitos ocurren cuando las aproximaciones lineales funcionan de manera satisfactoria (como sucede, por ejemplo, cuando un antibiótico logra evitar una diseminación infecciosa que podría

acabar con la vida del enfermo). Nos referimos, en cambio, a los casos cada vez más frecuentes en los cuales la desesperación frente a la impotencia, o las conductas, médicas o económicas, regidas por intereses espurios, conducen hacia una intervención ilusoria que produce más daño que beneficio.

Moviéndose entre las dos ilusiones que señala Viktor von Weizsaecker (en *Patosofía*), la ilusión de seguridad y la ilusión de inseguridad, Max Brod, en “La búsqueda de un nuevo sentido de la existencia” (en *La nueva visión del mundo*, de Gebser y colab.), parte de asumir que una de las pocas afirmaciones en que todos los filósofos están de acuerdo es que la infinitud del mundo que, con sus propiedades emergentes, se ofrece a nuestra experiencia en la complejidad no se agota por sucesivas adiciones. Desde allí nos describe las tres actitudes con las cuales nos enfrentamos con esa inabarcable infinitud que se resume en una frase: la causa de cualquier cosa es todo lo demás.

En la primera de esas actitudes, en una abreviación reduccionista, sencillamente la evadimos, y en ese mundo mutilado de nuestra existencia cotidiana nos encontramos con ella a trompicones, cuando la vida inesperadamente nos sorprende. En la segunda, en un esfuerzo sostenido por acercarnos al descubrimiento de una verdad inalcanzable, honradamente lo intentamos, de una manera interminable, por sucesivas adiciones. En la tercera, que (señala Brod) acontece en inesperadas ocasiones, o con personas que no son comunes,

como producto de una inspiración que se manifiesta en una experiencia de captación global de lo que existe y que conduce hacia una conmovedora integración, sentimos, si es que alguna vez nos sucede, que, durante un instante, comprendemos.

Cuando el cloro se combina con el sodio y constituye la sal que sazona nuestros alimentos, descubrimos que en el cloruro de sodio surgen cualidades que denominamos *propiedades emergentes*, que son imprevisibles y distintas de aquellas que manifestaban el cloro y el sodio existiendo separados. Encontramos, en ese ejemplo sencillo, una especie de “quintaesencia” de la complejidad (esa complejidad cotidiana dentro de la cual vivimos), porque lo que sucede cuando los átomos se reúnen en moléculas también sucede cuando dos personas conviven en un matrimonio o se reúnen para colaborar en la realización de un trabajo, cuando los seres humanos nos integramos en una pertenencia grupal que nos trasciende o cuando las palabras se juntan, en un instante irrepetible, para constituir la frase que, oportunamente, vehiculiza un pensamiento.

La geometría de la naturaleza

La imagen que nos formamos acerca del mundo circundante como un mundo humano se construye ante todo sobre el trasfondo de una noción que denominamos “espacio”. Ese tipo de conocimiento, caracterizado

por medidas y vectores que se relacionan entre sí en distintas direcciones y configuran cuerpos (“objetos”) y lugares, se desarrolló, en la antigua Grecia, en una ciencia que desde entonces se llama geometría. Gracias a la geometría griega, desarrollada en especial por el filósofo y matemático Euclides, proyectamos en el mundo figuras como el triángulo, el pentágono o el trapecio, y también cuerpos como el cono, la esfera, el cilindro, el cubo o el icosaedro. Así medimos con una cierta ilusión de exactitud (pasando por encima de las irregularidades que presentan los objetos en su existencia física real) lados, ángulos o perímetros y también aristas, superficies o volúmenes.

Sin embargo, en la naturaleza nos encontramos, por ejemplo, con árboles, nubes, rinocerontes y tornados, cuyas formas se resisten a que podamos contemplarlas reduciéndolas a las construcciones regulares de la geometría euclidiana. Tanto la teoría de la relatividad como la teoría cuántica trascendieron la geometría de Euclides, pero la comprensión del significado de las formas macroscópicas y de los colores con los que los seres vivos se presentan progresó muy lentamente, a pesar del interés que, conscientes de su importancia, le dedicaron Johann Wolfgang von Goethe y, más tarde, Adolph Portmann.

Alan Turing, a quien se considera el padre de la inteligencia artificial, fue pionero en su descripción de las fórmulas matemáticas implícitas en la morfogénesis de los organismos vivos, pero es necesario destacar ahora,

para comprender un aspecto del mundo en que vivimos, que en la segunda mitad del siglo xx un matemático polaco, Benoît Mandelbrot (en *Geometría fractal de la naturaleza*) desarrolló ampliamente esas primeras formulaciones y trazó los fundamentos de una nueva geometría, que denominó fractal. Fractal es un término que deriva del latín *fractus*, que significa, al mismo tiempo que fragmentario, irregular.

Gracias al descubrimiento de las configuraciones fractales, las formas de la naturaleza —se trate de minerales o de organismos vivos— han dejado de ser conceptualizadas como un producto azaroso, completamente impredecible, para ser contempladas como el resultado de una relación funcional, formulable en términos matemáticos, que se revela al observador como una continua replicación de estructuras similares.

La primera sorpresa con la cual nos enfrenta la geometría fractal es que los perímetros (y lo mismo vale para las superficies limítrofes de los cuerpos tridimensionales) no tienen una extensión “propia” que les pertenece. Si recorremos la costa de Gran Bretaña, ciñéndonos prolijamente, en todas sus irregularidades, al límite que separa la tierra del mar, y medimos el trayecto realizado, obtendremos, en cantidad de kilómetros, dos cifras distintas, si lo hicimos en automóvil o, en cambio, lo recorrimos a pie, y muy diferentes de la distancia que hubiera recorrido una hormiga.

De allí deriva, con mayor claridad, otra conmovedora experiencia: las tres dimensiones dentro de las cuales se

instalan, de manera confortable, las intuiciones que nos resultan familiares se constituyen como simplificaciones ideales con las cuales construimos nuestra noción de un espacio. En otras palabras, estamos habituados a diferenciar netamente entre una línea, unidimensional, un rectángulo, bidimensional, y un cubo, tridimensional, pero la indeterminación fractal nos conduce a concebir “dimensiones” intermedias como, por ejemplo, 2,3 (entre la segunda y la tercera).

La importancia que poseen los fractales para el tema que nos ocupa reside en el hecho de que no sólo se aplican a las organizaciones funcionales que se establecen siguiendo las clásicas formas del árbol con sus ramas, o las de la relación continente-contenido (como en el caso de las capas de la cebolla o de las cajas chinas). Se aplican también a los sistemas que constituyen redes multifocales, dentro de los cuales los “centros” se desplazan de uno a otro de los núcleos de confluencia y lo hacen de acuerdo con el estado de la función en cada instante. Así funcionan las neuronas que pueblan el cerebro y también los usuarios de internet, de un modo similar a lo que ocurre cuando la confluencia de opinión que constituye la fama de pronto alcanza o abandona a un integrante de una comunidad civil.

Vivimos en nuestro mundo, interrelacionados con él, dentro de un ecosistema que se nos presenta como una intrincada red cuya alteración en cualquier punto influye de diversos modos en el conjunto formado por todos los demás. Por eso no puede dejar de conmovernos el

hecho de que Mandelbrot haya encontrado estructuras funcionales similares, fractales, en acontecimientos tan disímiles como lo son la reproducción de los conejos, la crisis energética, los fenómenos meteorológicos, la fluctuación en el precio de la cosecha de algodón o de las acciones en la Bolsa de Valores.

ENTRE EL CAOS Y EL ORDEN

La entropía y la paradoja de la vida

John Briggs y David Peat (en *A través del maravilloso espejo del universo*) señalan: “El poeta, filósofo y científico alemán Wolfgang von Goethe objetó la revolución científica del siglo diecinueve alegando que no explicaba el ‘devenir’ de la naturaleza. La ciencia estaba demasiado absorta en explicar relaciones de causa y efecto en la superficie de las cosas y pasaba por alto la actividad dinámica y creativa que había debajo”.

De acuerdo con lo que relatan Ilya Prigogine e Isabelle Stengers (en *Entre el tiempo y la eternidad*), Prigogine comenzará su trabajo (muchos años después de lo que Goethe cuestiona) afirmando que las leyes fundamentales de la física, desde la mecánica newtoniana y la relatividad general de Einstein a la teoría cuántica, permanecen encerradas en lo que se ha llamado una “simetría de la inversión temporal”. Esto puede ilustrarse diciendo que, si se filma la colisión entre dos bolas de

billar, la película lucirá natural aunque se proyecte “hacia atrás” (invirtiendo la sucesión de sus fotogramas).

Ese “flujo indiferente” del tiempo, que puede ir y venir entre pasado y futuro, contrario a lo que se ha llamado “la flecha del tiempo”, se opone a las impresiones de nuestro sentido común, que nos marca que esa flecha “trascurre”, unidireccionalmente, del pasado al futuro. Si tomamos un mazo de cartas ordenado según los palos y los valores consecutivos y lo barajamos, cada naipe cambiará de lugar con un movimiento perfectamente reversible, pero el hecho de que todos ellos vuelvan a su lugar primitivo de manera azarosa, frente a la enorme cantidad de posiciones distintas, alcanza un grado de improbabilidad “astronómico”.

La termodinámica, la única parte de la física que sostiene que existe la flecha del tiempo, afirma, en su versión más “clásica”, que el orden conduce a un desorden irreversible, que designa con la palabra caos, y que, de ese modo, el universo se dirige hacia una “muerte térmica” caracterizada por un equilibrio desordenado y estable. También afirma que, en el avance irreversible del orden al caos, crece la magnitud de una propiedad que denomina entropía. La entropía del mazo de cartas, que al comienzo era cero, tiende a aumentar mientras se mezclan los naipes.

Podemos preguntarnos, sin embargo, ¿qué significa orden? La diferencia entre la cantidad de bytes necesarios para registrar una guía de teléfonos y los que demanda un soneto de Shakespeare nos permite comprender de

inmediato que la información (más allá del sentido que adquiere la palabra en el lenguaje habitual) es un estado ordenado distinto del significado, ya que este último no aumenta de manera proporcional con el grado de información que lo trasmite.

La diferencia entre la información y el significado nos conduce a señalar que en aquello que consideramos “desorden” interviene siempre un elemento subjetivo. Reparemos en que, entre los innumerables estados equiposibles de un conjunto de cartas, sólo existe uno al cual llamaremos “ordenado”, que puede ser muy distinto del ordenamiento que elegiría, por ejemplo, un supuesto marciano. De modo que también puede decirse que, en algún lugar del universo, exista, tal vez, un “extraterrestre” para quien el mezclar los naipes haya conducido del desorden al orden.

En la misma época en que la física desarrollaba su teoría acerca del crecimiento de una entropía universal caracterizada por la descomposición de las formas en su avance hacia el desorden y el equilibrio, Charles Darwin y Alfred Russel Wallace formulaban y promulgaban una teoría que sostenía justamente lo contrario, la emergencia evolutiva de una progresiva organización de las formas vivientes. De hecho, los átomos y las moléculas se organizan en aminoácidos y proteínas, y las bacterias procariontas se integran en células nucleadas que constituyen organismos pluricelulares cada vez más complejos. ¿Cómo puede la vida desplegar ese crecimiento

organizado funcionando en un mundo en donde todo conduce a la entropía?

Ha sido sin duda Prigogine quien más ha contribuido al esclarecimiento de este tema. Contemplando la vida como una continua transformación inestable que permanece fuera del equilibrio, en un “borde” que transcurre siempre entre el orden y el caos, pudo explorar los antecedentes físicos y químicos de los fenómenos vitales en las “transiciones de fase” que, aún en los procesos “inorgánicos”, conducen a singulares propiedades emergentes. Cuando se calienta agua en una cacerola, por ejemplo, al principio el calor se disipa con suavidad de manera homogénea hasta que, bruscamente, se establece un “ordenado” movimiento de convección que distribuye el calor de otro modo.

Los procesos de transición de fase que surgen en situaciones lejanas del equilibrio, que Prigogine describe, son innumerables. Recorren un amplio espectro que va desde el torbellino de un tornado, o el solitón constituido por una insólita ola gigante de una tormenta en el mar, hasta el vórtice que se produce en el desagüe de una bañera o la conformación de los cristales de hielo; y se encuentran en los territorios que se estudian en todas las disciplinas que ha desarrollado la cultura humana. Sus investigaciones le permitieron postular que el desorden, en algunas situaciones que transcurren fuera del equilibrio, se bifurca, muchas veces oscilando, entre un desorden caótico y un orden repentino que evoluciona hacia la creación de formas nuevas más complejas.

Su contribución es enorme. Dado que la forma en que se lee el código genético, como se lee un texto escrito, es siempre secuencial, sostiene que no sólo las obras de arte que produce el ser humano, sino también la vida misma, se constituyen como una impresión del tiempo irreversible en la materia.

Afirma que si Einstein nos condujo hacia la consideración de un tiempo imaginado por el hombre, en el cual el pasado y el futuro son meras aunque tenaces ilusiones, y la termodinámica clásica hacia la concepción de un tiempo que continuamente degrada el universo en una perpetua decadencia, su teoría nos reconcilia con un tiempo irreversible y creativo que, generando el movimiento y la materia, e introduciendo en el ser el devenir, nos lleva hacia una confluencia de la física y la historia.

Los cambios extraños del caos al orden

La teoría de la relatividad ha subvertido las nociones clásicas de tiempo y espacio que nos resultan familiares porque con ellas crecimos, conduciéndonos hacia una diferente descripción física del mundo que nuestros hábitos perceptivos todavía rechazan, aunque nuestro pensamiento la respete y admita. Junto con la teoría cuántica, que ha demostrado su eficacia conduciéndonos hacia desarrollos tecnológicos que sin ella no hubieran sido posibles, ha dado “un paso más” en esa dirección, porque nos han obligado a cuestionar la validez universal del proceso racional

que se apoya en la lógica formal. Hemos mencionado ya, como ejemplo, que los principios que constituyen una parte fundamental de la teoría cuántica conducen a asumir que un mismo electrón puede pasar, al mismo tiempo, por dos orificios separados que pertenecen a un mismo plano.

De ese modo, nos fuimos alejando cada vez más de concebir un universo ordenado como un gigantesco aparato que funciona mecánicamente en una equilibrada armonía regida por leyes permanentes y accesibles a una discriminación que sólo surge de un proceso de razonamiento aislado, para conducirnos hacia la imagen de un universo que oscila entre lo que llamamos caos y lo que llamamos orden, y cuya complejidad escapa a la capacidad cognoscitiva de nuestras facultades. Un universo que evoluciona de un modo impredecible y que está regido por leyes que no tienen por qué ser necesariamente inmutables.

La idea misma que nos hemos formado acerca del caos ha sufrido un cambio. En lugar de considerar que el caos es un orden determinado que (tal como sucede con los movimientos de un dado dentro de un cubilete) escapa todavía a nuestra observación, aunque, sin embargo, existe, se lo contempla como un estado complejo que se diferencia del orden por el hecho de ser inabarcable y totalmente inaccesible a las facultades actuales del conocimiento humano. Esa segunda posición sostiene que un particular tipo de orden puede ser inaccesible de manera transitoria, pero que, si consideramos, en cambio

(de acuerdo con el principio cuántico de indeterminación), que escapa definitivamente a nuestra posibilidad de comprenderlo, carece de sentido pretender ubicarlo en la categoría de lo que denominamos orden.

Cuando intentamos prever los cambios abruptos de un sistema complejo, que se presentan, por ejemplo, como turbulencias o discontinuidades (si los consideramos dentro de una “línea” que es el producto de una previsión ingenua), nos encontramos con dificultades extremas. Frente a esas dificultades (que suelen producirse en sistemas en los cuales influencias minúsculas producen cambios mayúsculos), hay teorías, como la de las catástrofes, o descripciones, como la de los “atractores extraños” de naturaleza fractal, que se han demostrado útiles en nuestro encuentro con las sorpresas que la complejidad nos depara.

La palabra *catástrofe* suele utilizarse a menudo para referirse a una calamidad, pero por su origen etimológico alude a un cambio abrupto, sin importar si es dañino o es beneficioso. Tal como lo expresan Alexander Woodcock y Monte Davis (en *Teoría de las catástrofes*), René Thom, autor de una teoría matemática de las catástrofes, la define como un cambio de estado repentino cuya característica esencial reside en que sucede atravesando una condición intermedia e inestable de una manera fugaz y difícilmente perceptible. Su teoría describe siete modelos posibles de cambios catastróficos.

Podemos utilizar como ejemplo una conocida experiencia que consiste en que una misma figura puede

ser contemplada como un florero negro sobre un fondo blanco, o como los perfiles de dos caras blancas enfrentadas sobre un fondo negro, mientras que se nos escapa el cambio brusco que realiza la percepción desde una forma a otra. Wilfred Bion, insigne psicoanalista inglés, refiriéndose a la evolución de los pacientes durante el tratamiento, ha formulado conceptos como el de cambio catastrófico, el de tormenta emocional o el de revertir la perspectiva, desde el campo de una disciplina que no se apoyaba en los conceptos similares que se difundieron con el rótulo de “teorías sobre la complejidad”.

En cuanto al término “atractores” (entre los cuales hay algunos, producto de la complejidad, que se han denominados extraños, porque en ellos el atractivo “deambula” entre diversos puntos que no se pueden prever), surge de una manera de pensar que se utiliza cuando, frente a los procesos que no pueden ser comprendidos como consecuencias de causas, podemos todavía usar el recurso de prever hacia dónde se dirigen observando qué tipo de circunstancias los “atraen”. Si arrojamamos una pequeña bola en un embudo, por ejemplo, no necesitamos calcular las vicisitudes de su compleja trayectoria para prever que finalizará en el fondo. Entre esos procesos a los que atribuimos atractores extraños, cabe mencionar el cerebro, cuya actividad es inestable, y el clima meteorológico, al cual solemos referirnos con la palabra “tiempo”.

Bucles recursivos y autodeterminación de las redes

Tanto la teoría de las catástrofes como la idea de atractor nos ayudan a lidiar con la complejidad, pero un concepto que ha resultado muy esclarecedor es el que surge de los “bucles” recursivos que ocurren cada vez que un efecto retroactúa sobre la causa que lo produjo. La influencia que este concepto ha tenido en la teoría de sistemas es enorme. Cuando el efecto retroactúa (como retroalimentación negativa) inhibiendo la causa, nos encontramos con la esencia de los mecanismos de regulación que controlan los sistemas y han dado lugar al desarrollo de una ciencia “de gobierno” llamada cibernética. Cuando el efecto, en cambio, retroalimenta positivamente a la causa, incrementándola, el sistema suele desorganizarse y la información se contamina hasta ingresar en el caos, como sucede cuando un micrófono se acopla con el sonido de los parlantes y provoca un ruido ensordecedor. Señalemos que del mismo modo funcionan, consolidándose de forma progresiva, muchos hábitos perniciosos y las adicciones o los apegos afectivos que son perjudiciales. Sin embargo, la replicación no sólo funciona como una reiteración reverberante que se encamina hacia la destrucción del orden, como —desde el punto de vista del organismo que “aloja” la perturbación— sucede en el cáncer, en la crisis epiléptica o en la arritmia cardíaca. Uno de los descubrimientos más desconcertantes de los últimos años puede expresarse en forma esquemática diciendo que el

caos, en algunas ocasiones, se organiza para convertirse en un orden que surge inesperadamente de un cambio catastrófico o de la operación de un atractor extraño.

Una pequeña “inexactitud de la copia”, que se reitera, crece y eclosiona, de pronto, de manera irreversible, como un orden nuevo, no es el producto de una organización jerárquica, y sin embargo funciona de un modo que se vuelve a manifestar como una estructura organizada. Una estructura que, como ocurre con el flujo espontáneo del tránsito en una ruta automovilística densamente poblada, surge de la inevitable conducta que cada integrante “molecular” se ve forzado a adoptar frente a sus inmediatos vecinos. Esto se expresa diciendo que no hay jerarquía en la red, que llamamos autopoietica porque mientras crece se construye a sí misma de una manera fractal.

Tal como se desprende de numerosas investigaciones realizadas en las últimas décadas (Mae-Wan Ho, *The Rainbow and the Worm*), un corazón que late con regularidad cronométrica es un corazón que ha iniciado el camino de la enfermedad. Su salud es directamente proporcional a la variabilidad de su latir. Sus variaciones saludables, acordes con las fórmulas de una matemática fractal, no sólo reflejan un movimiento que es la expresión de una resonancia (sutilmente “emocional”) armónica con el estado funcional de la red constituida por el organismo entero en su relación con el entorno, sino que se diferencian de una irregularidad azarosa tanto como la estructura de una composición musical se diferencia del ruido.

El protoplasma de nuestras células, la sustancia que nos constituye, es un coloide, es decir, una dispersión de partículas o macromoléculas en un medio continuo que funciona como una interfase entre un estado líquido y un estado sólido. La “carne” de nuestra vida posee todas las características de lo que hoy se denomina un cristal líquido, un semisólido rico en agua, como el que constituye las pantallas de algunas computadoras, dentro del cual las partículas están orientadas por campos electromagnéticos.

En el coloide de nuestro protoplasma celular, esos campos magnéticos se organizan como pautas que no sólo determinan la evolución de su forma y su comportamiento funcional, sino que además son fractales autorreplicativos que repiten interminablemente su configuración.

Como sucede en un holograma, cada parte refleja y aloja de ese modo la información que constituye el todo, manifestándose como lo que Mae-Wan Ho denomina una consciencia corporal, “dentro” del cuerpo entero. Las tensiones y las fuerzas que dan vida a ese conjunto funcionan intrincadas de una manera inseparable en sistemas acoplados y dotados de una cualidad que, desde la arquitectura, se ha denominado tensegridad. La integridad tensional (tensegridad) se caracteriza por una resistencia a la deformación que se manifiesta como una tendencia a recuperar la forma y que depende de la tensión existente entre los elementos que componen el conjunto entero.

6

LA INTEGRACIÓN EN RED

El descubrimiento de un mundo

Tal como lo consigna uno de los más prolíficos investigadores en el tema de las redes, Albert-László Barabási, en su espléndido libro *Linked. The New Science of Networks*, la idea de que los vínculos entre las personas constituyeran una especie de entretejido comparable a una red surgió unida con la tendencia a expresarlo gráficamente en un plano, en donde los vínculos son líneas que relacionan dos puntos.

Sabíamos que el hecho de que una persona tenga dos grandes amigos, formando un triángulo (que “reedita” el edípico), no significaba, necesariamente, que esos dos amigos se relacionaran entre sí con el mismo grado de amistad. También sabíamos que cada uno de los puntos, que representaban personas, podía constituirse en un nudo en donde confluyeran múltiples líneas. Pero la primera inclinación del ánimo indujo a pensar que el azar llevaría a una distribución “homogénea” de los distintos “hilos” entre todos los integrantes de un

tejido social, y allí nos encontramos con una sorpresa que deshizo lo que más tarde se llamó “una utopía de igualdad”.

Inesperadamente, se llegó a descubrir lo que hoy se denomina, de manera abreviada, la ley de los seis grados. Entre los siete mil millones de habitantes del planeta, ninguno de ellos (exceptuando muy pocos casos excepcionales) permanecía “separado”, por más de seis personas, de haber tenido un contacto “en presencia” con cualquier otra elegida en el conjunto de la población mundial. Un hecho que cada uno de nosotros, a través de una breve exploración de lo que acontece en sus relaciones, puede rápidamente comprobar. ¿Cómo podía ser que ocurriera de ese modo?

La investigación condujo muy pronto a establecer que eso sucedía gracias a que, dentro de la red, algunos de sus “nodos” de confluencia poseían la cualidad de estar relacionados con un gran número de participantes. Tales “conectores” con múltiples ingresos se designaron *hubs* (y así funcionan, en las “redes sociales”, quienes se denominan *influencers*). Se trata de redes que adquirieron, en conjunto, el rótulo de “libres de escala”, porque condujeron a modificar las leyes que intentaban establecer, por ejemplo, una relación entre la masa corporal y el metabolismo en animales de muy distintos tamaños, sustituyéndolas con otras que no varían en forma proporcional con la escala del cambio.

La existencia de *hubs* permite un grado de comunicación, entre los integrantes de la red, mayor que el que

puede otorgarle una distribución homogénea. Se trata de una especie de “permeabilidad” en el traslado de la información que, en la jerga de sus investigadores, suele denominarse percolación. Esa particular condición de algunas redes espontáneas, dotadas de un apego preferencial que, como una “ventaja”, acumulan los *hubs*, permitió comprobar que en las redes que despertaban nuestro mayor interés por su importancia funcional y la ubicuidad de su presencia no predominaba la distribución homogénea de los vínculos, como se supuso al principio. Cabe señalar que, precisamente, a partir de esa generalizada suposición compartida, la expresión “qué mundo pequeño”, con la cual reaccionamos, a veces, frente a un inesperado encuentro, cobra sentido.

Nuevos hallazgos permitieron establecer importantes conclusiones. Mencionemos, por ejemplo, la ley 80/20, que Barabási ilustra con datos aportados por Vilfredo Pareto (un reconocido economista italiano). Sorprende comprobar lo ubicuo de su vigencia. Si nos conformamos con la simplificación de un esquema, podemos acumular experiencias. Un perspicaz agricultor encuentra que el 80% de sus arvejas surge del 20% de las vainas. Un cuidadoso observador de las desigualdades económicas registra que el 80% del territorio italiano pertenece al 20% de su población. El 80% de los beneficios de una empresa es producido por el 20% de sus empleados, mientras que el 80% de los reclamos surge del 20% de sus clientes. El 80% de las decisiones asumidas por un

comité ejecutivo ocurre en un 20% del tiempo destinado a las reuniones. El 80% de los crímenes es cometido por el 20% de los criminales. Y la lista se torna interminable, porque sucede en los múltiples territorios de las diversas realidades que estudian disciplinas tan distintas como la física, la biología, la medicina, la psicología, la sociología, la economía o la política.

Mencionemos, también, que otra remarcable propiedad de las redes “libres de escala” reside en que tienden a perpetuar su condición por el hecho de que los *hubs* “crecen” en su cualidad de preferidos. Dado que la popularidad resulta atractiva y se valora, precisamente, como una fuente de popularidad, todo influye para que los ricos aumenten su riqueza y los pobres, su pobreza, separando, rápidamente, vencedores en un mundo de muchos perdedores. Reparemos en que no sólo sucede con personas, dado que los *hubs* existen por doquier. Las palabras que más utilizamos son precisamente aquellas que tendemos a utilizar cada vez más.

Antes de proseguir señalando algunas características importantes que se han descubierto en la investigación de las redes, conviene que mencionemos, panorámicamente, las que se constituyen en diversos territorios, porque eso nos permitirá contemplar la enorme difusión de ese sistema estructural y, al mismo tiempo, reparando en aquello que las mancomuna, iluminarlas con mayor claridad, dado que, muchas veces, sufrimos “tropezando” con ellas.

En primer lugar, sobresalen las que generan una familia, un grupo de pertenencia, las relaciones de amistad entre un conjunto de personas que desarrollan una cierta familiaridad, la trama ecológica del planeta que habitamos con multitud de especies, o la impresionante existencia de una creciente y autogestante internet. Se encuentran, además, en otros sectores, como, por ejemplo, el comercio internacional, el crimen organizado o las redes que condicionan la distribución eléctrica, el trayecto de los caminos que vinculan distintas ciudades o cosas tan diversas como las citas bibliográficas de una contribución científica, la organización neuronal del cerebro y las disritmias epilépticas. Pero debemos mencionar también algunas estructuras que habitualmente no se incluyen, como el ciclo metabólico de la adenosinatrifosfato, la construcción de proteínas en el plasma genético, la sincronización del período menstrual en un grupo de mujeres que viven juntas, el conjunto de luciérnagas que se iluminan al unísono, las células del sincicio muscular cardíaco que laten con el mismo ritmo, el modo en que el contagio se difunde en una epidemia, cómo se distribuye el “sexo libre” en el seno de una sociedad, o el desarrollo de un lenguaje que se establece en diferentes idiomas.

Finalicemos este apartado con una pregunta y una respuesta. ¿En todo hay redes? Sí, pero no sólo redes. También son importantes, por ejemplo, las relaciones

entre el orden y el caos que exploramos en el capítulo anterior.

Algunas propiedades emergentes

De un modo comparable a como se transforma el agua en hielo, un líquido en un gas, el magma en roca, una cerámica en un superconductor o el hierro en un imán, en un momento determinado, en el que se alcanza el llamado “umbral de percolación”, un conjunto de elementos, o de pequeñas agrupaciones, ingresa en una “transición de fase”, y se convierte en una red (“sin escala”) dotada de “propiedades emergentes” que muchas veces nos sorprenden. Dicho sea de paso, reparemos en que (tal como surge de lo que expresa César Hidalgo en *Why the Information Grows*), si hay algo que puede ser considerado como el primer concepto que introduce la idea de permanecer “libre de escala”, es la “psicofísica” información. Entre las propiedades que manifiestan las redes sin escala, hemos señalado dos muy importantes, íntimamente relacionadas: una mayor facilidad en la comunicación entre sus miembros, y el establecimiento de los conectores múltiples denominados *hubs*. Indiquemos, también, que su dimensión fractal nos arroja fuera de la escala, o de las proporciones, que atribuíamos a su crecimiento.

Cabe preguntarse ahora cómo se constituyen esos *hubs*, si alguna vez se sustituyen y, si eso sucede, de qué factores depende. En cuanto a la primera cuestión se han diferenciado dos condiciones, que surgieron unidas con

el intento de contestar, también, las otras dos preguntas. Una condición favorable es que el *hub* ya “está allí”, y se expresa, a veces, como “llegar primero”; la otra es su aptitud. En otras palabras, puede decirse que la “lucha competitiva” entre los *hubs* no sólo depende de lo que cada uno “hizo”, sino también de lo que cada uno “hace”.

La investigación (despertada por una sorprendente iluminación aportada por la física cuántica) ha revelado que las redes “libres de escala” exhiben, en su evolución, dos comportamientos distintos. En el primero, junto con un *hub* principal, hay otros cercanos en la cantidad de vínculos, y la red sin escala se desarrolla sin que la “capacidad” de algún *hub*, que puede conducirlo a “crecer” más que otros, lo lleve a constituirse en un “líder” muy significativo, ya que el que lo sigue no está separado por una gran diferencia de aptitudes. En el segundo, dado que la mayor aptitud de un *hub* es significativa y opera sobre el conjunto de los otros, sustituyéndolos en la mayoría de los vínculos, “el vencedor toma todo”, y la red, constituida por un *hub* principal rodeado de otros que, sustituidos, quedan muy “pequeños”, puede dejar de ser lo que se ha tipificado como “libre de escala”.

Entre las formas que adquieren las redes, es importante reparar en algunas, que se denominan modulares porque se constituyen integrando, a la manera de las muñecas rusas, módulos que funcionan como las subrutinas de los programas informáticos o como las partes de una máquina compleja que la empresa que la construye adquiere de

otra industria. Una cierta incompatibilidad en la integración de los módulos, que suele manifestarse, por ejemplo, en el inesperado bloqueo de una computadora cuando se le introduce un programa, conduce, muchas veces, a la existencia de redes fragmentadas. Las redes modulares, dentro de las cuales se establece una cierta jerarquía entre los *hubs*, abundan en los organismos vivos, y las encontramos en el funcionamiento del metabolismo en las células o en la conformación de un cerebro, dentro del cual, en la coherencia de su “pequeño mundo”, cualquier error secuencial se compensa por la redundancia que deriva de su multiplicidad modular. Es interesante consignar que en las redes modulares que estudian los biólogos, que además de ser libres de escala son fractales, los grados de separación que predominan, determinados por sus *hubs*, suelen reducirse a tres.

El descubrimiento de la importancia funcional que poseen las redes quedó rápidamente unido a un creciente interés por su vulnerabilidad, desencadenado, sobre todo, por los desastres producidos por diversos ataques perpetrados con los virus informáticos o por los fallos ocurridos en algunas redes, como las que organizan la distribución de la energía eléctrica en un particular territorio.

Desde ese punto de vista, es necesario distinguir entre los ataques y los fallos de la red. Las redes sin escala que, debido a la existencia de los *hubs*, son mucho más eficaces que aquellas en las cuales el azar establece una distribución homogénea comparten con estas últimas, gracias al número de los *hubs* que las constituyen, una cierta robustez

(o resiliencia) frente a los fallos que, de manera azarosa, deberán destruir un suficiente número de nodos para impedir que el conjunto funcione. Son, en cambio, más frágiles que las redes azarosas, frente a los ataques que, deliberadamente, eligen los nodos que van a destruir. Cabe agregar, además, que en las redes sin escala suele observarse que la destrucción azarosa de un 80% de los nodos no impide que un 20% sostenga la comunicación del conjunto. Y que en aquellas cuyo “grado de separación” no supera el número tres (como ocurre, por ejemplo, con las interrelaciones neuronales del cerebro), su comunicación redundante las protege de una inmensa mayoría de fallas.

Una tela sin araña

Una cuestión que despierta un enorme interés gira alrededor de dos preguntas. ¿Cómo se puede “tasar” la difusión de la información en las redes? ¿De qué manera se expande?

La investigación ha revelado, en primer lugar, que depende de su “virulencia” o, en otras palabras, que su “competencia” proviene de su implícita significancia. Reparemos también en que el vocablo “virulencia” nos remite a lo que suele aludirse con la expresión “se vuelve viral”. Cabe señalar que es muy importante distinguir las ideas innovadoras, que son fructíferas, de los “contaminantes” que, dotados de una capacidad de infiltración, toman la forma, muchas veces, de manías contagiosas o de los microorganismos patógenos que configuran una “peste”.

En segundo lugar, se ha establecido, además, que si lo que acontece no supera un umbral crítico no se propaga. Sin embargo, cuando la información llega a un *hub*, depende del “tamaño” del *hub* que ese umbral disminuya o, más aún, desaparezca. Por ese motivo, se afirma, por ejemplo, que la epidemia de sida, que en nuestros días permanece vigente, no se hubiera diseminado en una red sexual de distribución homogénea, porque, carente de los *hubs* que la promiscuidad establece, el umbral hubiera crecido significativamente.

La historia (tanto sea de la evolución del planeta como de la civilización humana) está llena de episodios que testimonian esta susceptibilidad de las redes que nos enfrenta, muchas veces, con la conmovedora experiencia de que los sistemas que tardan mucho o muchísimo tiempo en constituirse desaparecen con gran rapidez. Más allá de las numerosas epidemias que, asociadas con microorganismos patógenos, asolaron a la civilización humana en muy distintas épocas, podemos mencionar dos significativos ejemplos. Uno lo encontramos en las postrimerías del período Pérmico, hace unos 250 millones de años, cuando el 90% de las especies marinas y el 70% de las terrestres que configuraban la biosfera desaparecieron. El otro ejemplo lo constituyen las contaminaciones con virus informáticos que, con inusitada frecuencia, llegaron a paralizar el funcionamiento de actividades esenciales, como las instituciones bancarias o los sistemas de distribución de la energía eléctrica en ciudades enteras.

Para el final de este capítulo, nos queda referirnos a la más fascinante de las cuestiones que la existencia de las redes plantea. ¿Cómo se organizan y cómo crecen las redes? Ya mencionamos que, así como la popularidad deviene atractiva y tiende, en general, a producir, cada vez más, un aumento de popularidad, los *hubs* tienden a crecer, como tales, en la multiplicidad de sus conexiones, participando, siempre, en el porvenir de una red. Pero es necesario reparar ahora en algunos de los múltiples datos que consigna Barabási (en *Linked*).

Existen por doquier redes “libres de escala”, sin un *hub* principal, cuya remoción las destruiría. Encontramos en ellas una arquitectura fractal que, dado que no se puede “mapear”, tampoco se puede prever. También se ha dicho que la “piel” de algunas se constituye con muchos miles de sensores en continuo desarrollo, provistos de múltiples dispositivos “telemétricos”, y que la identificación de una red sólo representa el “esqueleto” de la complejidad que la conforma.

Alexa, un “cerebro” creado por Amazon en la nube, incorpora, por sí sola, 100 billones de páginas web y acumula unos 100 terabytes de información, superando en cinco veces la cantidad de datos conservados en la Librería del Congreso de los Estados Unidos. Mientras tanto, no menos de un 60% de la información que posee la web permanece oculta, inaccesible para los dispositivos de búsqueda. Los conocimientos de la web nos apabullan con frecuencia, y es cierto que, cuando internet responde, muchas veces ignoramos de dónde

viene la respuesta, pero no sabemos de dónde proviene gran parte de lo que sabe internet, así como no sabemos de cuál parte de nosotros mismos proviene el conocimiento que nos permite reconocer una simple letra.

La investigación ha llevado a descubrir la topología de una “jungla”, independiente de cualquier escala, que la vida ya ha desarrollado hace tres billones de años. Las células que viven aisladas o conformando un organismo pluricelular, el DNA de sus núcleos y las mitocondrias que se alojan en su citoplasma son, todos ellos, seres que, viviendo unos dentro de otros, como las muñecas rusas, o desarrollándose como existentes modulares que se ordenan de una manera arborescente, se vinculan conformando una red fractal con múltiples intersecciones. No siempre armonizan entre sí, porque su comunicación es un contagio que a veces funciona como un parásito malsano que infecta nuestra vida, y otras, como sucede en la mente de un niño con el lenguaje que el entorno habla, la impregnación de ese contagio florece en la adquisición de una destreza.

Una red como la web nos enfrenta con la impresionante condición de que su crecimiento “exponencial” es asombrosamente gigantesco con respecto, por ejemplo, al crecimiento del cerebro humano. Presenta, además, la característica de ser autopoietica, es decir que se construye por sí sola. Cabe agregar que su autopoiesis ha llevado a representarla mediante una idea acerca de la cual se discute si es algo más que una metáfora, sosteniendo que se ha “despertado” hacia una consciencia de

sí misma que le proporciona una “vida propia”, auto-referente, que nadie controla, y dotada de la capacidad de computar.

Barabási se refiere a ella con una expresión hermosa: “La tela sin araña”, porque, aunque la conforman algunas jerarquías, allí no existe un ejecutante principal. Efectivamente es así. Hoy sabemos que la reina no gobierna la colmena, que las abejas no poseen la inteligencia del superorganismo que en su conjunto constituyen, y que armoniza sus actividades colectivas en la protección, el cuidado y el desarrollo de ese conjunto. Recordemos lo que escribe Lewis Thomas: “Una hormiga sola no podría considerarse que tiene algo específico en su mente. Varias hormigas juntas, rodeando a una presa, parecerían tener una idea en común. Pero recién cuando se ve la sombra de miles de hormigas cubriendo el suelo del bosque, es cuando se puede percibir a La bestia”. También sabemos que los seres humanos no podemos entender hacia dónde nos dirige la inteligencia “geológica y biológica” del ecosistema. Se nos ha despertado, sin embargo, la consciencia de que esa inteligencia existe, y queremos acercarnos, poco a poco, con renovado empeño, a comprender mejor.

TERCERA PARTE

ACERCA DE LAS REDES SOCIALES

El dilema de las redes sociales

De acuerdo con lo que leemos en Google (Ricardo Senra, *BBC News Brazil*, y Lucía Blasco, *BBC News Mundo*), en el Festival de Cine de Sundance, en Estados Unidos, en febrero de 2015 se estrenó *El dilema de las redes sociales* (*The Social Dilemma*). La película, incluida siete meses después en el catálogo de Netflix, despertó numerosos comentarios en el mundo entero y se convirtió en lo que suele llamarse “un tema de conversación”. Dirigida por el estadounidense Jeff Orlowski, ganador de un Premio Emmy y nominado a un Oscar en 2013, ha sido descrita como una ventana a las mesas de decisión de gigantes como Facebook, Twitter o Google. Comienza con una frase de Sófocles: “Nada extraordinario llega a la vida de los hombres separado de las desgracias”.

Se trata de un documental de 93 minutos que reúne testimonios de académicos y de ejecutivos de las empresas más grandes de Silicon Valley, con algunas escenas dramatizadas entre personajes que muestran el

impacto del teléfono celular y de las redes sobre comunidades y personas. Importantes actores del mundo tecnológico, como Tristan Harris (ex-Google), Jeff Seibert (ex-Twitter), Bailey Richardson (ex-Instagram), Justin Rosenstein (ex-Facebook) o Lynn Fox (ex-Apple), explican en el filme cómo funciona el lado oscuro de las redes sociales. Lucía Blasco consigna que la película ha cosechado un impresionante puntaje del 90% en la página web de críticas de cine *Rotten Tomatoes* y reseñas positivas de varios medios de alto perfil, como *Variety*, *Financial Times* y *Hollywood Reporter*. Añade que el hecho de que haya sido número uno (en setiembre) en la plataforma lo convierte en un éxito, y que es la primera vez en que un documental se coloca como lo más visto.

En cuanto al dilema al cual se refiere el título del filme, comencemos por decir que coincide con el subtítulo de este libro: *Utopías y distopías en la red*. La palabra “utopía” (y la menos utilizada “ucronía”), de origen griego, se usa desde antiguo para designar a las construcciones ideales que no existen ni nunca existirán (con el significado de “no siempre”, ni una vez), en “ningún tiempo ni lugar”. El término “distopía” (con la connotación negativa de “lugares” distorsionados que funcionan mal), en cambio, nació mucho más tarde (según parece sucede entre los siglos XVIII y XX) para aludir a organizaciones sociales (sociopatías) que algunas veces llegan a existir en la realidad y, en otras, sólo formaron parte de construcciones del arte narrativo en la imaginación de sus autores.

Leemos en Wikipedia que, aunque no es difícil encontrar numerosos antecedentes, “consensualmente, se tiene a las obras *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, 1984, de George Orwell, y *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, como la trilogía fundacional del género distópico”. Pero es importante no dejar de mencionar *El proceso*, de Franz Kafka, porque, si bien allí todo gira en torno de una relación del yo de una persona con un superyó que lo llena de aprensión, y que jamás (ya más) lo absuelve, hay algo que aprendimos con Freud, y que nos condujo a escribir *Ser o no ser “como la gente”*. *Acerca de la enfermedad y la maldad*. Aprendimos a encontrar, en esa relación “interna”, el átomo psíquico de la molécula “tú y yo” que se multiplica en una “galería de espejos” para configurar, bien o mal (conformando, muchas veces, una espiropatía), el espíritu comunitario de una existencia colectiva. Ese espíritu que, en un bucle retroactivo interminable, “impregna” desde la infancia, en cada persona, un superyó.

No cabe duda de que las redes (y no sólo las “sociales”) constituyen un bien maravilloso que, con ribetes de magia, alivia las dificultades de nuestra vida cotidiana disminuyendo trabajos y anulando distancias espaciales, y que eso se manifiesta muchas veces “acortando” los tiempos. Pero tampoco cabe duda, como lo muestra la película que comentamos, que su existencia nos llena de aprensión. Los autores del filme nos comunican que la tecnología de los procesadores, y con ella la eficacia persuasiva de las redes, ha multiplicado

su poder tres mil millones de veces, en un mundo y en un tiempo en el que el automóvil sólo ha duplicado su velocidad, mientras que el cerebro humano ha crecido en su desarrollo (neuronal y cultural) en una proporción tan inmensamente menor que ni siquiera puede compararse. Blasco consigna que muchos opinan que el filme es más perturbador que una película de terror, y que algunos inclusive lo comparan con la distópica serie *Blac Mirror*. Otros dicen que les provoca ansiedad y ganas de tirar el teléfono, o que sintieron un ansia repentina por eliminar todo lo que tienen publicado en internet.

Entre los aspectos en los que el filme se expresa a través de personajes que representan episodios de cualidad dramática, sobresale el diálogo de una joven que, refiriéndose a su hermano menor, adicto al teléfono, le dice a su madre: “No entiendo por qué lo dejas hacer eso”. Y ella le responde: “¿Qué debo hacer? Todos sus compañeros tienen uno... tiene 11 años”. Mientras tanto, como resultado de las investigaciones realizadas acerca de la relación entre la salud mental y las redes sociales, se sostiene que decenas de millones de estadounidenses son adictos a sus dispositivos electrónicos.

Los ignorados e incontrolables perjuicios

Justin Rosenstein, un matemático, programador, empresario y filántropo que trabajó en Google y en Facebook, donde creó el famoso botón “Me gusta”, es

uno de los expositores prominentes de *El dilema de las redes sociales*. Señala que muchas de las cosas que allí se transmiten no son nuevas, y que por eso lo asombra que sean tantos los que dicen que son cosas que antes no sabían. Tristan Harris, exingeniero de Google y una de las voces principales de la película, explica que, de pronto, adquirió consciencia del desarrollo creciente e imparable que estaban adquiriendo las redes que nadie controlaba, y que ocasionaban daños muy importantes. Se ocupó, entonces, de recabar datos más detallados que intentó compartir con sus colegas, pero luego de unos dos o tres días en que recibió interesadas respuestas, repentinamente el interés decayó y todo siguió como antes.

Entre las características de las redes sociales que los testimonios que surgen de este filme imperdible destacan, sobresalen dos que producen escalofríos: los importantes y crecientes perjuicios que producen son incontrolables y son ignorados, porque, entre otros motivos, en su enorme mayoría suceden en forma subliminal. Conviene mencionar algunas de las cosas que señalan esos testimonios y que podemos dividir, artificialmente, en los que se refieren a la red, los que se refieren a lo que pasa con las personas que constituimos los “nodos” que forman parte de ella y los que se refieren a nuestra relación con las redes que configuramos.

Acerca de las redes, subrayan que, aunque las críticas a su funcionamiento aumentan, siguen creciendo. Su

eficacia no tiene límites. Aprenden solas y son “autogestantes”, y lo son hasta un punto que conduce a sostener que afirmar que tienen vida propia es algo más que una metáfora. Es necesario insistir en que una tal “personificación” de las redes es un riesgo menor frente a un riesgo contrario: suponer que las consecuencias de su funcionamiento no están lejos de ser gobernadas. Menos de diez personas en el mundo, señalan, entienden bien cómo funcionan. Pero no “tan bien” como para poder controlar su desarrollo, de modo que nadie sabe hasta dónde llegarán.

Físicamente, “habitan” en sótanos o en depósitos submarinos de dimensiones impresionantes llenos de computadoras interconectadas. Recordemos que el tiempo de las computadoras se mide en nanosegundos, de modo que en el intervalo transcurrido entre presionar dos letras del teclado, su procesador central (CPU) podría atender a miles de usuarios, sin perturbación alguna. Un nanosegundo es la milmillonésima parte de un segundo. Es el tiempo que tarda la luz (a casi 300.000 kilómetros por segundo) en recorrer 30 centímetros, y hay tantos nanosegundos en un segundo como el número de segundos que hay en treinta años.

No son “herramientas” pasivas, como, por ejemplo, una bicicleta. Reparemos en que nunca fue necesario decir que las bicicletas arruinaban a la gente o separaban a los padres de sus hijos. En el mundo de la informática operan herramientas activas que (¡como el teléfono celular!) nos producen efectos impensados. No pueden “corregirse” a sí

mismas de acuerdo con nuestros deseos, porque sencillamente nos ignoran, o sea que, desde el momento en que “cambian solas”, nuestros intereses ya no son los suyos. Tanto el creador de la cibernética, Norbert Wiener (en *Dios y Golem, S.A.*), como Joseph Weizenbaum (en *La frontera entre el ordenador y la mente*) han señalado elocuentemente que la inteligencia artificial carece de la información que le hubiera otorgado un cuerpo humano, imprescindible para poder comprender de manera adecuada las intenciones que guían los propósitos, conscientes e inconscientes, de la humanidad que la inaugura.

Acerca de los efectos que las redes generan, en *El dilema de las redes sociales* consignan que los perjuicios se exageran en las personas que viven en un cierto aislamiento “social”. Al sentirse carentes de contactos afectivos suficientes, buscan gratificaciones en la red, como las que algunos, procurando aumentar su autoestima, obtienen cuando les “etiquetan” una foto o reciben validaciones por elogios. Frente a mensajes como esos, nadie puede resistirse a prestarles atención. Tal vez aludiendo a que en ambos casos se genera una dependencia insalubre, Edward Tufte, otro de los creadores de internet, nos recuerda que hay dos industrias que llaman a sus clientes “usuarios”: la de las drogas ilegales y la del software.

Nada tiene de extraño lo que nos dicen quienes han trabajado años en la construcción de las redes sociales cuando nos comunican que, si hoy se le habla a cualquier adolescente para convencerlo de que elimine de

su teléfono el Tiktok, no hay forma de lograrlo. Se suele pensar, en cambio, que no debería suceder, y sin embargo se comprende que suceda, que haya grandes desarrolladores, capaces de dirigir una fábrica con quinientos obreros, por ejemplo, o profesionales de reconocido desempeño, que no son inmunes frente a las perniciosas influencias que reciben desde el mundo de internet. A partir de una frase de Arthur Clarke, que escribe: “Cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia”, Tristan Harris cuenta que, cuando tenía 5 años, había logrado aprender muy bien algunos trucos de magia y le sorprendía cómo podía engañar a gente adulta con doctorados. Eso puede suceder, agrega, con médicos, abogados o personas capaces de diseñar aviones o centrales nucleares.

En general, se ignora que se establece un círculo vicioso. Tal como señala Jaim Lamer, fundador y padre de la realidad virtual, las redes nos informan guiándose por el conocimiento que acumulan, con vertiginosa rapidez, sobre cada particular usuario, y eso nos transforma, la mayoría de las veces, en creyentes convencidos de que nuestra información es equilibrada y completa. Dado que hacen lo mismo con otras personas distintas (igualmente “seducidas”, y habitadas por la convicción de que están en lo correcto), su influencia produce innumerables “grietas”, de profundidad creciente, entre las creencias que operan dentro de cualquier conjunto humano, se trate de una familia o de un pueblo.

Por ejemplo, dice Rosenstein, si se consulta a Google sobre el cambio climático, en algunas zonas dirá que es una tendenciosa exageración de la política, y en otras, que constituye una destrucción de la naturaleza causada por el hombre. Películas como las de la serie *Terminator* nos muestran una distopía siniestra en donde las máquinas se dedican al exterminio del género humano. Pero todo lo que ya está sucediendo con la inteligencia artificial induce a suponer, en cambio, que el verdadero peligro reside en su actividad seductora.

Se trata de una actividad que opera sobre el tallo cerebral, “implantando” hábitos que funcionan como automatismos inconscientes, y estimulando la secreción de dopamina, un neurotransmisor relacionado con el placer, la alegría y el bienestar. De esta manera, la tecnología puede cambiar nuestro comportamiento en forma subliminal, es decir, sin que nos demos cuenta.

Las investigaciones han demostrado que una rata a la que se le otorgaba acceso a una palanca que liberaba dopamina en su cerebro no paraba de apretar esa palanca. Rosenstein señala que, así como la pornografía es una imitación de la intimidad, y ciertos tipos de comida rápida son una imitación de la nutrición, las redes sociales se adentran en estructuras internas del cerebro que activan impulsos básicos que nos resulta difícil controlar, elevando la dopamina a niveles sin precedentes. Harris afirma que la adicción a los dispositivos electrónicos funciona como una especie de “chupete”

que conduce a las personas a ser menos productivas y a sentirse infelices.

El psicólogo social Jonathan Haidt señala que el aumento de la depresión, la ansiedad y, sobre todo en los jóvenes, las crisis de pánico o los episodios de “descompostura”, que se han registrado en los últimos años, se relacionan directamente con el advenimiento de las redes sociales. Esto se refleja en la cifra de suicidios. Según los datos oficiales, en Estados Unidos el suicidio se ha convertido en la segunda causa de muerte entre los 12 y los 18 años. Entre 2007 y 2015, se duplicó la cantidad de muertes de niñas de 15 a 19 años. Aumentaron, además, los requerimientos de cirugía estética solicitadas por adolescentes, y los cirujanos comenzaron a hablar de un nuevo síndrome, dismorfia de Snapchat.

Acerca de nuestra relación con las redes, comencemos por decir que el hecho, registrado por el Instituto Tecnológico de Massachusetts y mencionado en el filme, de que las noticias falsas (*fake news*) se propaguen en la red seis veces más rápido que las verdaderas parece ser una consecuencia directa del ajuste automático con el cual las redes utilizan su conocimiento de la colectividad de usuarios para difundir los contenidos que mejor se adaptan al “gusto del consumidor”. Reparemos en lo que consigna Mario Vargas Llosa (en *La llamada de la tribu*) refiriéndose a lo que señala Jean-François Revel en *La connaissance inutile*: “No es la verdad sino la mentira la fuerza que mueve a la sociedad de nuestro tiempo”.

¿Cómo será ese mundo —se pregunta Tristan Harris— en el cual lo falso predomine sobre lo verdadero? Cabe agregar que ese mundo ya ha comenzado. Y en cuanto al anterior... cada vez serán menos los que lo habrán conocido.

Queda claro que el usuario que ingresa en una red social y utiliza los servicios sin cargo que ella le brinda no es el verdadero cliente. El verdadero cliente es un tercero, “infiltrado” entre el usuario y la red. El producto vendido es, en realidad, el usuario y, sobre todo, los cambios que la red logra producir en la conducta habitual del usuario. La importancia que adquiere, para el verdadero cliente, ese cambio en la conducta habitual del usuario, que constituye el producto vendido, se puede “medir” por los miles de millones que ganan quienes construyen la red y funcionan, hasta un cierto punto, como sus intermediarios. Entre las voces que se expresan en *El dilema de las redes sociales*, sobresalen, por su claridad y elocuencia, precisamente las de esos exfuncionarios que fueron definidos, en algunos comentarios críticos, como “inteligentes, jóvenes y ricos”.

Para lograr satisfacer al verdadero cliente, las redes deben cumplir tres objetivos, que diseñan los algoritmos iniciales que introdujeron en las “máquinas” dotadas de una inteligencia artificial que ellas “perfeccionan” por sí solas. Uno es lograr que el usuario continuamente vuelva a conectarse con la red. Otro, lograr el crecimiento que se obtiene cuando aumenta la frecuencia de las visitas del usuario y el vínculo se

propaga, además, captando “correligionarios” entre los contactos del usuario. Por último, lograr que los anuncios publicitarios del verdadero cliente lleguen realmente y se difundan.

El primero de los objetivos condujo al desarrollo de una técnica eficaz que se describe con el rótulo de “desplazamiento infinito”. Consiste en continuas notificaciones y recomendaciones “en cadena” que, despertando curiosidad, producen la irresistible tentación de ver lo que contienen y explican la increíble permanencia, durante muchas horas diarias, de tantas personas atrapadas en la red, con el teléfono en la mano.

Entre las técnicas de protección que, frente al efecto pernicioso de las redes, se han ensayado con muy poca eficacia, hay algunas que son muy ingenuas, como por ejemplo encerrar el teléfono en un recipiente que sólo se abre a una hora prefijada que, luego de cerrarlo, no se puede cambiar. Otras, que consisten en desactivar aplicaciones y limitar “por principio” el uso de los clics de aceptación, tal vez puedan ayudar un poco. También puede servir recurrir a la mesura y la humildad que nos defienden de aceptar el cebo y tragarnos el anzuelo, creyendo que ya estamos ubicados y orientados en la correcta dirección (agreguemos que, más allá de las redes, eso también puede ayudarnos para salir del pantano cuando estamos obcecados en tener razón). Pero, entre tantas recomendaciones, hay una que, más allá de la eficacia que realmente logre, posee la ventaja de enfrenarnos con una de las indudables raíces del problema.

Nos propone aumentar las conversaciones, sueltas y espontáneas, subrayando la importancia que poseen los encuentros con personas que nos otorgan la realidad de su presencia física.

¿Por culpa de quién?

Además de las importantes consideraciones que surgen de lo que James Lovelock plantea acerca de Gaia, nuestro planeta vivo, vale la pena recorrer un espléndido documental distribuido por Netflix, titulado *Una vida en nuestro planeta*. No sólo por la riqueza de su contenido, expresado con singular belleza, sino también porque nos comunica, de manera conmovedora, el punto crítico a que ha llegado, en los últimos cincuenta años, la velocidad creciente con la que ocurren los cambios que hoy desequilibran al ecosistema. Es un filme dirigido por Alastair Fothergill, Johnnie Hughes (su productor) y Keith Scholey, que constituye una declaración testimonial de David Attenborough, el insigne naturalista británico, ampliamente conocido por sus numerosos y valiosísimos aportes al esclarecimiento del tema.

Rosenstein nos conmueve cuando nos invita a pensar en la belleza de una ballena, o de un árbol, existiendo en el mundo natural que lo rodea, y nos recuerda que el valor en el mercado, de esa misma ballena, o de ese árbol, si se lo compara con el que cada uno de ellos adquiere luego de ser muerto y procesado por el ingenio humano, es muchísimo menor. Los prejuicios que

estamos sufriendo se agravan por nuestra demora en comprender que, más allá de nuestras injurias al ecosistema, los seres humanos somos personas que hoy, como las ballenas y los árboles, somos procesados, junto con nuestros hijos, sin que nos demos cuenta, mediante el creciente e impresionante poder de la inteligencia artificial. Porque una persona “procesada”, seducida y adicta, se convierte en un usuario, en un nodo de utilidad en la red, con un valor de mercado que supera el que alcanza un niño o un adulto que conservan su salud.

Surge, entonces, la inevitable pregunta: ¿quién tiene la culpa? Algunos informáticos aducen que colaboraron con ingenio y entusiasmo, porque jamás imaginaron lo que está sucediendo, y que, cuando lo descubrieron, renunciaron. Otros, cómo Sean Parker (expresidente de Facebook), se acusan: “Lo comprendimos conscientemente y de todos modos lo hicimos”. Más allá de esos banales intentos de “colocar” la culpa (que se parecen al diálogo del juego infantil El gran bonete: “¿Yo, señor?”; “sí, señor”; “no, señor”; “pues, entonces, ¿quién lo tiene?”), Rosenstein afirma: “Sólo si logramos entender saldremos de esto”.

Durante todo el trascurso de *El dilema de las redes sociales*, la culpa que “se echa” va y viene, pero, exceptuando la penumbra de una oscura conciencia que opera en algunos de los expositores conceptuales del filme, y que se resume en la frase de Rosenstein (dentro de la cual, con este libro, intentamos penetrar), predominan, a través de los argumentos que enseguida expondremos,

dos grandes “culpables”: la insensibilidad del mercado y la ausencia del Estado.

El dominio de la información, con su base de datos, se transforma en poder y en dinero. De acuerdo con lo que sostiene Shoshana Zuboff (PhD, profesora emérita en la Harvard Business School), las empresas que se dedican a la informática son inmensamente ricas y en una magnitud jamás alcanzada en toda la historia de la humanidad. Para lograrlo, nos estudian con un detalle impresionante y nos condicionan, como si fuéramos ratas de laboratorio, mediante un “contagio” en gran escala, sin importar las consecuencias, que, por otra parte, quedan a cargo de una inteligencia artificial que sólo las considera para adaptarla a los fines de su propio algoritmo (que procura, por ejemplo, obtener votantes para una determinada elección).

El Estado, se repite una y otra vez en el filme, en donde también intervienen senadores, debería legislar para proteger a los usuarios frente al avance de las grandes corporaciones, poniendo impuestos, por ejemplo, proporcionales a la acumulación de datos, o prohibiendo actividades que pueden ser dañinas, así como lo hace con el tráfico de órganos que se venden para ser utilizados en trasplantes o con el mercado de esclavos. Debemos reconocer, sin embargo, que la cuestión no se presenta muy sencilla, porque cuando las cosas que deberían suceder no suceden, no basta con desear que se produzcan: es necesario comprender con claridad qué las detiene.

EL PLANETA PROHIBIDO

El misterio del planeta prohibido

La película *El planeta prohibido* (*Forbidden Planet*), dirigida por Fred M. Wilcox, y con Walter Pidgeon en su papel principal, nos presenta una historia de ciencia ficción, filmada en Cinemascope, que por su contenido y por su desenlace nos interesa comentar aquí. Dado el tiempo transcurrido desde su estreno, en 1956, no es fácil introducirse en el clima emocional de un relato representado con una nave, aparatos y un robot que han evolucionado, en la ciencia ficción de nuestros días, mucho más que los inadecuados vestidos espaciales que los personajes de la película utilizan. Sin embargo, el portal AlohaCrítico (que ofrece información y opinión independiente sobre cine, música y literatura) la califica con cuatro estrellas, y los frequentadores de la página le adjudican media estrella más. Se la valora, también, porque se ha convertido en un clásico que ha dado origen a muchas ideas utilizadas en creaciones posteriores dentro de ese género.

Prefiero creer que quienes lean este libro se conformarán con mi relato y con lo que les aporte su imaginación, ya que, después de los videos que muestran la llegada de la humanidad a la Luna, o de producciones como *Star Trek*, *La guerra de las galaxias* y muchas otras, lo que imaginen superará seguramente las escenas que nos muestra *El planeta prohibido*. No obstante, si luego de leer lo que escribo todavía les interesa verla, la encontrarán en <https://ver-peliculas-online.gratis/planeta-prohibido/>.

Se trata de una expedición espacial, emprendida en el siglo XXIII, liderada por el comandante John Adams, que se dirige al planeta Altair 4, con la misión de averiguar el destino de los miembros de una colonia de la que no se tienen noticias recientes. Luego de un largo periplo, y ya cercanos al planeta de destino, la tripulación del navío estelar recibe, después de un preocupante silencio, un extraño mensaje como única respuesta a los reiterados intentos de establecer un contacto. El filólogo Edward Moebius (Walter Pidgeon), a cargo de la colonia, les comunica, de manera seca y escueta, que no necesitan ninguna ayuda y les solicita que emprendan el regreso sin descender en el planeta.

Dado que el comandante insiste en que cumplirá de todos modos con las órdenes que ha recibido, Moebius le ruega que no descienda y le aclara que un monstruo feroz e invencible, que sólo pudieron entrever apenas, ha diezmado a la colonia, destruyendo a todos sus habitantes humanos hasta el punto en que

sólo logró sobrevivir con su hija, gracias a que la terrible fiera se retiró saciada y hace ya muchos años que no vuelve. Teme, ahora, que el descenso de la nave la despierte otra vez. John Adams decide, sin embargo, descender.

Ya en el suelo del planeta, los recibe Robbie, un robot humanoide pluripotente que asiste a Moebius y a su hija, materializando sus alimentos, sus bebidas y todo cuanto necesiten o deseen. El robot conduce al comandante, acompañado por dos de sus tripulantes, hacia la residencia de Moebius. Allí serán muy bien atendidos por el filólogo, en ese lugar paradisíaco en donde también conocen a su hija Altaira (Anne Francis), una joven virginal y atractiva, sexy y cándida.

Moebius, comportándose como un anfitrión amable y generoso, comparte con ellos sus conocimientos acerca del planeta Altair 4 y acerca de los Krell, una civilización poderosa, misteriosamente desaparecida, que ha dejado numerosos testimonios de su extraordinaria inteligencia, junto con espléndidas ciudades que se mantienen a sí mismas en perfecto estado. Altaira, enormemente interesada y seducida por la presencia de los visitantes, satisface una parte de su curiosidad, besando a uno de los lugartenientes de John, que, desde ese momento, se enamora de ella. A la mañana siguiente, aparecen algunos indicios que conducen a sospechar que alguien, o algo, ha entrado en la nave, y el comandante decide trazar un perímetro electrificado que la proteja de cualquier intrusión.

Del paraíso al infierno

Vemos que las conversaciones del comandante y sus lugartenientes con Moebius, llenas de datos, de conocimientos fascinantes y de intrigas, transcurren en un ambiente amable y confortable. El contacto con la frescura y el cálido interés de Altaira también forma parte de un entorno que los envuelve dentro de una atmósfera paradisíaca. Reciben, además, la atención solícita de Robbie, el humanoide poderoso y dócil. Pero en los integrantes de la tripulación se percibe claramente un clima de desasosiego e inquietud.

Moebius (cuyo nombre remite a la famosa cinta de un solo borde y una sola cara) los introduce en la avanzada civilización de los Krell, cuya inteligencia supera, por mucho, las capacidades humanas. Entre las majestuosas e incomprensibles estructuras de una ciudad fantasma que se mantiene impecable e inmune atravesando milenios, hay dos que han adquirido un lugar protagónico en las meditaciones de Moebius.

Una de esas “máquinas” es una enorme estructura cibernética, en complejidad y en tamaño, cargada con una inmensa cantidad de voltios. Cuida de sí misma y tiene a su cargo una tarea cuyo proceder constituye un misterio para el intelecto humano: conservar a la ciudad impoluta revirtiendo el deterioro que ocasiona el tiempo. Añadiendo palabras que el filme no utiliza, podríamos decir que funciona disipando la entropía que el decorso temporal genera. Nada tiene de extraño que posea,

entonces, la capacidad de materializar, como Robbie, lo que los habitantes de la ciudad soliciten.

La otra es una máquina de dimensiones menores. Con electrodos que se conectan en la superficie del cráneo, mide el cociente intelectual utilizando procedimientos ignotos para nuestra condición humana. Todos los integrantes del grupo que en ese momento la contemplan poseen cocientes intelectuales elevados, pero Moebius aclara que, dada la magnitud de valores que la máquina registra, el funcionamiento del cerebro humano “apenas mueve la aguja”. Añade además que, si bien es cierto que la inteligencia del que la utiliza crece de manera sustancial, el procedimiento lleva implícito exponerse a un grave peligro, que podría consistir en un deterioro mental irreversible o, incluso, en la muerte. Moebius lo realizó una sola vez, y aunque su inteligencia mejoró de un modo notable, fue al precio de permanecer durante un tiempo descompuesto, inconsciente y confuso. Nunca más quiso repetirlo.

John Adams, el comandante del navío interestelar, profundamente intrigado por la cultura de los Krell y el misterio de la desaparición de la colonia, simpatiza cada vez más en sus conversaciones con Altaria. Ella, repitiendo la experiencia anterior, lo besa, y él, como le sucedió a su lugarteniente, se enamora, pero esta vez todo induce a suponer que se trata de un amor correspondido, y John se propone hablar con su oficial acerca de la situación que se ha creado. Mientras tanto, vemos que los escalones que dan acceso a la nave se van

hundiendo sucesivamente, como si una criatura pesada e invisible estuviera subiendo. Al día siguiente, es necesario enfrentarse con el hecho, infausto, de que un tripulante ha muerto. Eso los llena de un temor hacia algo que no se sabe desde dónde viene, y deciden reforzar la valla que rodea al navío.

El encuentro con la bestia y la contaminación del planeta

Mientras la atracción mutua y el amor entre John y Altaria progresa y, frente a los acontecimientos incontrolados y terribles, crece la angustia de todos, otro de los lugartenientes de John, el ingeniero de la nave, comienza a pensar en correr el riesgo de conectarse, en secreto y por su cuenta, con la máquina que podría, tal vez, aumentar su inteligencia, permitiéndole averiguar lo que sucede.

Otro día transcurre, y esa noche, junto al refuerzo de la valla, la tripulación decide permanecer en vigilia, pertrechada con armas poderosas que, de manera eficaz e instantánea, desintegran la materia. Y la bestia gigantesca, invisible, se presenta. Sólo se la divisa fugazmente cuando en contacto con la enorme energía de la valla, o frente al fuego intenso y concentrado de las armas, parece disolverse para volver enardecida. En la violenta batalla, el lugarteniente enamorado, el rival de John en el amor de Altaira, desaparece “devorado” por la fiera, como si se hubiese evaporado. De pronto, todo cesa. John, aprensivo, reflexiona: parece como si una vez destruido por la enorme energía

con que lo atacan nuestras armas, nuevamente renaciera; no lo hemos derrotado, creo que ha decidido no insistir.

Al día siguiente, en un clima de angustia compartido, el ingeniero, cuyo nombre “injustamente” no recuerdo, se decide por fin, heroicamente. Lo encontrarán moribundo poco tiempo después. Antes de morir, explica cómo funciona la gigantesca maquinaria de los Krell, dedicada a la creación de la materia. La instrucción inicial, que constituye el núcleo a partir del cual se desarrolló la inteligencia artificial que la constituye, consiste en materializar los deseos de los habitantes de la ciudad en donde, desde hace muchos años, reside Moebius.

Es obvio que la única posibilidad que evita que la máquina se bloquee frente a la llegada de instrucciones contradictorias radica en que, dado ese caso, se limite a cumplir únicamente los deseos que predominan en el conjunto para el cual el ingenio cibernético funciona. El punto crucial, sin embargo, que explica la desaparición de los Krell consiste en que la máquina, yendo más allá de las intenciones con las que fue creada, no sólo se ocupa de los propósitos que habitan la conciencia, sino que también computa los deseos inconscientes que permanecen reprimidos.

El resto de la explicación se desenvuelve lentamente, entre la incredulidad y una certeza que los deja atónitos y despavoridos, conformando un conjunto humano conmovido, que se agrupa en torno del cadáver del lugarteniente que ha otorgado su vida para encontrar la forma de anular el peligro.

La verdad se abre paso ante el horror de Moebius. La intensidad de su ligamen erótico, coartado en la realización material de un acto sexual incestuoso con su hija Altaira, pero satisfecho en la intensidad de un vínculo afectivo cotidiano y exclusivo (dado que en la convivencia “paradisíaca” de los últimos años no existía un tercero), despertaron en él, con la llegada de la nave, los celos temibles que, progresivamente, se hicieron cada vez más intensos, a medida que su hija se aproximaba a otros hombres. Logró reprimirlos, pero cuando Moebius soñaba, sin reparos, lo que despierto olvidaba, la máquina que los Krell construyeron hacía lo que Moebius en su vida de vigilia omitía.

Se aclaraba, por fin, de donde surgieron los monstruos que diezmaron, otrora, a toda la colonia, y por qué sucedió que, de pronto, saciados, desaparecieron. Se comprendía también por qué Moebius temía que, con el descenso de la nave, volvieran. Tal como señala Freud (en *La interpretación de los sueños*) y Fideas Cesio lúcida-mente enriquece (en *Actualneurosis*), son monstruos que “funcionan” como las sombras de la *Odisea*, que luego de beber sangre despiertan a una nueva vida, recorriendo, otra vez, la oscura huella de una antigua culpa que constituye, ahora, la “plaga” que azota y aterroriza al conjunto humano que habita Altair 4.

La contaminación del planeta “colonizado” por los monstruos temidos, que ya una vez, en los tiempos de los Krell, lo habían infectado, surgía de una peste, jamás erradicada, que yacía, acantonada, en un oscuro rincón

del corazón humano, desde los tiempos remotos en que existía, en Egipto, la ciudad de Tebas. Un drama sempiterno que, como la única cara de la cinta que otorgó su nombre al protagonista del filme, será recorrido de manera infinita sin encontrar su fin. Moebius, incapaz de soportar el peso enorme de su cualidad de múltiple asesino, se condenó a sí mismo a desaparecer junto con el planeta en donde permanecía la estructura funesta que dejaron los Krell, logrando que su hija partiera en la nave que comandaba John.

Si ahora volvemos sobre la pregunta a la que dedicamos el último apartado del capítulo anterior, ¿por culpa de quién?, comprendemos que la respuesta que habitualmente se difunde —la insensibilidad de los que establecen los negocios millonarios, o la complicidad de un Estado negligente— es demasiado simple. Todos los seres humanos, pobres y ricos, empleados y empleadores, menesterosos y “solventes”, pueblos y gobiernos, impotentes y potentes, somos víctimas sufrientes, en el ecosistema entero del cual formamos parte, de una espiritopatía que trasciende a las personas, de una enfermedad colectiva y global en el planeta “vivo” que integramos, en un proceso evolutivo que permanece inconsciente y que, aunque en su mayor parte ignoramos, gracias a una reciente y sorpresiva mutación de nuestra consciencia humana (que exploramos en la primera y segunda parte de este libro) confusamente avizoramos.

LA MÁQUINA Y YO

La vida inconsciente y la peste de Tebas

Los monstruos que la máquina de los Krell materializaba, y que surgían del inconsciente de Moebius, nos conducen hacia el complejo de Edipo que Freud descubrió durante el análisis de sus propios sueños y denominó a partir de una antigua leyenda de Sófocles. Allí, en ese relato, el parricidio y la consumación material del incesto, que se develan, paulatinamente, de una manera intrigante y dramática, aparecen como las raíces de una plaga que se difunde en la ciudad de Tebas. Agreguemos que el psicoanálisis conduce a sostener que ambos, parricidio e incesto, se encuentran en el origen de todo aquello que constituye lo que denominamos “suspense”, y de todo, absolutamente todo, lo que denominamos drama.

Si recorremos la historia de Edipo, encontramos, en primer lugar, que hay alguien extrahumano que juzga, sentencia y determina, con pleno conocimiento de todo lo que ya ha ocurrido, y que dispone de un reticente “vocero”, el oráculo.

En segundo lugar, que los seres humanos, obligados a cumplir con un destino inevitable, son, al mismo tiempo, preservados de conocerlo por completo, dado que el “trasfondo” se les suministra con predicciones del oráculo que deben ser interpretadas, o mediante las frases ambiguas de ciertos mensajeros. Uno es Tiresias, dotado de una clarividencia que adquiere perdiendo el ejercicio habitual de su percepción visual, y cuya ceguera Edipo, por fin, elegirá. Los otros, muy pocos, son testigos que sólo han presenciado algunos episodios de la trama entera y que, aterrorizados, al principio prefieren callar.

En tercer lugar, que el crimen que se manifiesta primero, el asesinato de Layo, el que origina en la leyenda la búsqueda de un culpable, es el que ha conducido a descubrir años después (mediante el análisis de los sueños en donde mueren personas queridas) el parricidio edípico inconsciente, que será considerado, desde el psicoanálisis, como la raíz de todo asesinato materialmente realizado. Sólo lentamente la indagación, en la leyenda, de lo que ha sucedido con Layo progresa y, poco a poco, atravesando el horror, se llega luego al nauseabundo crimen, el incesto.

En cuarto lugar, por fin, que la aparición de la peste, que se trasmite y se contagia como algo “pegadizo”, hoy nos remite a la idea de que existe, siempre, un cómplice “interior”. Un cómplice que a veces denominamos culpa, y otras, que la psicopatología estudia en cuerpo y alma, lo designamos “susceptibilidad”. Reparemos en que, de la misma manera en que se contagia la peste, a

través del contacto, se contagia el tabú, porque, tal como nos lo recuerda Freud (en *Tótem y tabú*), “aquellos que tienen la desgracia de violar una de tales prohibiciones se convierten, a su vez, en prohibidos e interdictos, como si hubiesen recibido la totalidad de la carga peligrosa”.

¿De dónde proviene esa fuerza destructiva, propia de los poderes del diablo, que constituye, al mismo tiempo que un peligro, una tentación? Tal como lo sostuvimos (en *Ser o no ser “como la gente”. Acerca de la enfermedad y la maldad*), debido a la endeblez (neoténica) con la que iniciamos nuestra vida posnatal (abierta a las transformaciones que otorga el aprendizaje), mientras requeríamos una imprescindible asistencia, necesitábamos ponernos a cubierto de lo que entonces no lográbamos asimilar. De modo que, en nuestros ideales, que se tejen sobre un modelo que se constituye como una contrafigura de nuestras carencias, residen nuestros ángeles y nuestros demonios, que configuran el territorio de lo sagrado y que serán, de una u otra manera, según cual sea nuestra capacidad.

Aclaremos que esos ideales, en los cuales lo que deseamos y lo que tememos confluyen, no sólo se configuran con lo que se percibe en el mundo, sino que ante todo funcionan como tales las disposiciones que heredamos con los genes y que nos conducen hacia nuestras primeras materializaciones. En *Cáncer. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?*, señalamos que en algunas circunstancias (cuando fracasa lo que *la vida de uno* proyecta materializar, “en uno mismo”, como

un destino personal saludable) el psicofísico sistema inmunitario de una persona actualmente “resentida” con su vida elige, a veces, volverse permisivo. Se solidariza, entonces, muy lejos de la consciencia, con ciertos remanentes perdurables de proyectos “celulares” anárquicos antiguos y anteriores al “estatuto de convivencia pluricelular” que nos constituye como seres humanos. Pero una parte importante del significado que acompaña al desarrollo de ese proyecto reactivado, que prolifera mediante divisiones asexuales que crecen en progresión geométrica, adquiere la representación inconsciente de un engendro que surge como producto de una actividad sexual hermafrodita.

En *Ser o no ser “como la gente”*. *Acerca de la enfermedad y la maldad*, nos ocupamos del pecado original que condujo a la expulsión del paraíso, y de la desmoralización que, como una “peste”, hoy se difunde. Ambos temas, que nos vemos forzados a resumir en forma breve, se relacionan estrechamente con la cuestión que necesitamos abordar ahora.

Recordemos lo que afirma William Blake (en *El matrimonio del cielo y el infierno*): “El deseo insatisfecho engendra pestilencias”. No cabe duda de que es ese deseo el que nos introduce en las vicisitudes de la tentación. Recordemos, también, lo que, con humor, Bateson pone en la boca de Adán: “Es un Dios cruel... nunca debí comer esa manzana”. Si nos identificamos con la curiosidad de un niño, surgen, de inmediato, innumerables preguntas. ¿Dónde estaba Dios mientras eso sucedía?

¿Miraba consternado la debilidad de su propia criatura? Hay dos debilidades, la de Lucifer, el ángel caído, disfrazado de serpiente, y la del ser humano, dividido en dos sexos, que debían multiplicarse y crecer. Multiplicarse y crecer, sí, pero ¿cómo? La roja manzana es ofrecida por una Eva que, nacida de una costilla de Adán, es sangre de su propia sangre. Sus hijos, para multiplicarse, deberán, ineludiblemente, incurrir en el incesto fraterno.

Una falta es un acto indebido que nos genera una culpa, pero también es la concreta carencia del algo que necesitamos. ¿Por qué se mancomunan, en una misma palabra, esos dos significados? ¿Estamos constituidos con la necesidad ineludible de un acto que no debe ser? ¿Por qué moran, en los jardines del Edén, los poderes del diablo? Y, cuando decimos que una persona desanimada se ha “desmoralizado”, ¿por qué usamos un vocablo que, aludiendo a la pérdida de una conducta moral, liga el desánimo con la inmoralidad?

La encrucijada de los caminos de Tebas

Tal como se puede ver con claridad conmovedora en el filme *Edipo rey*, de Pier Paolo Pasolini, cuando Edipo, en la encrucijada de los caminos de Tebas, mata a Layo, lo ataca gritando por el terror que el encuentro le despierta. Layo, por otra parte, ha procurado la muerte de Edipo intentando evitar que se produzca la predicción del oráculo de que ese hijo lo asesinaría. En esa encrucijada, que simboliza un desenlace alternativo que se presenta como una condición

inevitable de la vida, ambos ingresan en la tragedia de que deben matar para evitar morir. ¿Podremos verlo como un prejuicio que en última instancia es evitable y que opera siempre de un modo destructivo, aunque no alcance la completa aniquilación de su rival? ¿Hasta dónde debería llegarse dentro de una posible rivalidad normal?

Es indudable que, cuando la cruda alternativa se presenta en el terreno de la alimentación, funciona con respecto al canibalismo una barrera que, desde hace mucho tiempo, es con muchísima frecuencia respetada, también en el ámbito de las convivencias animales. Lo menciono aquí, alejándome, aparentemente demasiado, del tema que estamos abordando, porque vivimos en una época en donde abundan vegetarianos y veganos. Y creo que sucede, precisamente, a partir del despertar de una nueva consciencia ecosistémica, que ha conducido a que haya quien afirme que, si se devoran seres vivos dotados de consciencia, matar para comer sólo se justifica cuando no se desperdicia la comida que se ha obtenido de ese modo. Tampoco cabe duda de que, cuando nos referimos al tema que la encrucijada de los caminos de Tebas simboliza, ingresamos en un territorio distinto.

A partir de la tragedia edípica, que señala un conflicto que conduce a un crimen, es necesario indagar acerca del incesto para volver desde allí enriquecidos por la comprensión de algunos malentendidos que nos iluminan el dilema de la rivalidad. Cabe explorar la cuestión desde tres ángulos distintos: el contenido latente del horror al incesto, el falso privilegio del padre y el final del complejo de Edipo.

Tal como señalaron Ángel Garma y Mauricio Abadi en distintas ocasiones, si el parricidio y el incesto constituyen, en la leyenda de Sófocles, el drama que conscientemente se expresa, en su significado inconsciente se debe ocultar algo más. Freud también se pregunta qué es lo que se esconde detrás de la prohibición del incesto cuando, por otra parte, se constituye en obligatorio para los reyes de algunas civilizaciones adoradoras del sol, como la egipcia y la incaica.

Indagando en los orígenes del horror al incesto, sostiene (en *Tótem y tabú*) que “lo que la naturaleza misma prohíbe y castiga no tiene necesidad de ser prohibido y castigado por la ley” y, luego de un largo periplo durante el cual ensaya diversos razonamientos, critica sus propias conclusiones y admite que, cuando creía poder elegir entre motivos sociológicos, biológicos y psicológicos, se ve obligado a suscribir la resignada confesión de Frazer, quien escribe: “Ignoramos el origen de la fobia al incesto y no sabemos siquiera en qué dirección debemos buscarlo. Ninguna de las soluciones propuestas hasta ahora nos parece satisfactoria”.

Investigando ese tema, sostuve en 1966 (en *El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer*) que el horror al incesto encubre el temor horripilante a la reactivación “regresiva” de un crecimiento actualmente anárquico, “deformado” y monstruoso que, más que “embrionario”, proviene de una regresión celular filogenética. Ese temor inconsciente conduce hacia la fantasía, que se difunde más allá del sustento que puede otorgarle

la ciencia, de que los hijos engendrados en una relación incestuosa serán anormales.

Más tarde (en *El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo*) señalé que el conflicto entre padres e hijos surge de un malentendido que conduce a sostener que existe una injusticia que, en verdad, no se realiza, ya que el padre, cuando copula con la madre del niño, no trasgrede la prohibición del incesto. Podemos suponer, agregaba, que en un primer momento, condicionado por una presunta dificultad para diferenciar entre dos roles distintos, el de madre y el de esposa, que puede desempeñar una misma mujer, el hijo se “confunda”, y que, en un segundo momento, llevado por una presunta conveniencia, prefiera sostener la confusión.

Lo cierto es que, a partir de esa pretendida “injusticia”, suele incurrirse en otras, verdaderas y ubicuas, que (multiplicándose en un terreno que se aleja de la consumación material del incesto, para “batallarse” en el territorio constituido por todas aquellas situaciones que simbolizan el conflicto original) invaden el conjunto entero de la convivencia entre padres e hijos (entre empresarios y empleados, entre maestros y discípulos, o entre gobiernos y pueblos). Basta con contemplar nuestro entorno para convencerse acerca de la verdad de este aserto. Alejandro Fonzi (en *Hurgando en el desván del psicoanálisis*) señala, a partir del falso privilegio del padre, que la rivalidad entre padres e hijos, nacida, en lo esencial, de un malentendido, se puede representar metafóricamente mediante dos animales que,

como el elefante y la ballena, habitan nichos ecológicos distintos.

Señalemos, por último, que Freud (en *El sepultamiento del complejo de Edipo*) describe su destino con distintas palabras que, en un cierto sentido, son contradictorias. Mientras sostiene, por un lado, que no ve razón alguna para denegar el nombre de represión al proceso en virtud del cual el conflicto desaparece de la consciencia sin producir síntomas, por otro afirma que, cuando su desaparición se consuma idealmente, equivale a una destrucción y cancelación definitivas. Pero también asevera que, como resultado de las dolorosas desilusiones acontecidas, se va al fundamento inconsciente de la vida psíquica.

Frente a lo que Freud sostiene, caben dos reflexiones (tal como escribimos en *Sí, pero no de esa manera*). La primera, que surge de la experiencia psicoanalítica acumulada, nos conduce a pensar que no existen consumaciones ideales. La segunda, alimentada por la teoría que hemos aprendido, nos lleva a preguntarnos hasta qué punto puede decirse que lo que habita el fundamento no exterioriza efecto alguno.

A partir de esas reflexiones, podemos sostener que vivimos impregnados por el ubicuo complejo que, reprimido y sepultado en lo inconsciente, maniatado sin poder ser extinguido, nos envía, desde allí, sus retoños, que conocemos como los cuatro gigantes del alma: la envidia, la culpa, los celos y la rivalidad. Es posible pensar que los dos primeros son, evolutivamente, más antiguos y que surgen de la “grieta” que establece el nacimiento separando al feto

de una madre umbilical que fue sentida como una parte indisoluble de sí mismo. Inclusive el mito de Platón, acerca de los primitivos seres esféricos divididos, por la voluntad divina, en dos mitades que, desde entonces, recíprocamente se buscan, más allá de referirse a la separación en dos sexos, podría muy bien aludir a ese trauma original oculto. Los otros dos gigantes, la rivalidad y los celos, crecerían, pues, alimentados por esa grieta primitiva.

Dicho sea de paso, reparemos en que es difícil que, por envidia, por rivalidad o por culpa, se llegue a matar, y que por celos, en cambio, suele suceder. En *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*, subrayamos la importancia que posee comprender una forma diferente de malentendido, que consiste en suponer que el amor que no nos coloca en prioridad primera no alcanza las características de un amor “verdadero”. Eso nos conduce, muchas veces, a negar que, durante la evolución que el tiempo impone, suele suceder que la prioridad obtenida, más allá de que un conflicto nos explique un motivo, “pacíficamente”, se ha perdido.

Lo que decimos quedaría incompleto, sin embargo, si no reconociéramos que, en la íntima arquitectura de esa trama ubicua que denominamos edípica, en un oculto trasfondo que preferimos ignorar, la prioridad no alcanza. Lo que incesantemente se busca, como atención continua, es una insensata exclusividad absoluta que ninguno de nosotros aceptaría otorgar.

Hemos recorrido, pues, hasta donde nuestra mirada llega, todos esos “monstruos” inconscientes de Moebius,

aquellos acerca de los cuales jamás imaginó que alguien, sin su permiso previo y sin que él mismo se enterara, podría materializar.

Deus ex maquina

Ricardo Solé (en *Redes complejas. Del genoma a internet*), escribe:

La mente, con todas sus maravillas y paradojas, es probablemente el lugar más complejo que existe en el universo... después (tal vez) del propio universo. El físico Peter Coveney la llamó acertadamente “la catedral de la complejidad”. Estamos tan acostumbrados a tener un cerebro dentro de nuestro cráneo que no somos conscientes de lo extraordinario que es su posesión. La comparación entre la mente y el cosmos es menos gratuita de lo que parece: el número de neuronas de nuestro cerebro ronda los cien mil millones, el mismo que el número de estrellas de nuestra galaxia. Y cuando conectamos semejante cantidad de elementos entre sí, pueden suceder cosas asombrosas.

Llegamos, ahora, al peñón más abrupto, aproximándonos “por otra punta”, a la ilusión del yo, porque, de pronto, psicosomatólogicamente, comprendemos que ese cerebro que consideramos nuestro es, en realidad, esa máquina de los Krell que no dominamos, cuando realiza, “por su cuenta”, lo que muchas veces, “sin querer”, en nuestra vida materializamos. Dado que el ello o el superyó de un ser humano no son su yo, entendemos, por fin, lo

que el lenguaje siempre nos dijo y nunca comprendimos, “su” ello (o “su” superyó, tanto como su cerebro, su corazón o su hígado) no es *su-yo*, y por la misma razón todos esos órganos “nuestros”, que a mí me conforman, otorgándome mis cualidades, tampoco son míos. Allí, en lo inconsciente, reside la máquina, y así vivimos, no siempre en armonía, la máquina y yo.

Vivimos, mientras tanto, entre un mundo micro, que registramos a través del microscopio, y un mundo macro, que nos llega a través del telescopio. Ambos existen en el “espejo” de nuestra mente, en magnitudes que racionalmente integramos, pero existen absolutamente por fuera de nuestra representación sensorial. Ya encontramos allí una primera imagen de una crisis que se presenta como una mutación tormentosa y “febril” de nuestra consciencia humana. Una consciencia que, de un modo paulatino y tropezando con interminables sinsabores, trata de que sus logros sensoriales se ajusten con nacientes y oscuras intuiciones sensibles acerca de una totalidad que la trasciende. Vivimos hoy como una abeja que “ya sabe” que la reina no gobierna la colmena, y que la inteligencia que la guía en la consecución de sus cotidianos propósitos le resulta completamente incomprensible.

En *El interés en la vida. Sólo se puede ser siendo con otros*, escribimos: “Es necesario y saludable que, más tarde o más temprano, admitamos, pacíficamente, la idea de que somos, y hemos sido siempre, como una gota de agua que afirma su existencia entre las otras y contempla,

embelesada, *creyendo que son propias, las luces que refleja;* mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar”.

Es necesario volver, una y otra vez, sobre la idea de que nuestra consciencia (que mira “desde un ángulo” a lo que contempla en cada instante) es parcial, y que, por consiguiente, la totalidad de la cual formamos parte será siempre inabarcable. Esto nos ayuda a comprender por qué vivimos oscilando entre una integración armónica que no exige reflexión y un desvío en el cual, comportándonos como una hormiga descarriada que ha perdido el camino al hormiguero, nos preguntamos (tal como lo hicimos en ¿Para qué y para quién vivimos? El camino de los sueños) cuál es el sentido de la vida y hacia qué meta debemos apuntar.

Los conferenciantes del simposio trascendido en Sankt Gallen (que mencionamos en el segundo capítulo) se refieren a una primera y muy trascendente mutación de la consciencia, que sucedió cuando la humanidad sustituyó el predominio del pensamiento mágico (propio de un proceso que el psicoanálisis denomina primario) por el predominio del pensamiento lógico (propio de un proceso que el psicoanálisis denomina secundario), generando lo que se llamó el Renacimiento e inaugurando, desde allí, la Edad Moderna. La antigua magia se bifurcó, entonces, en religión y ciencia, dos disciplinas que se mantuvieron separadas y que no siempre estuvieron en buenas relaciones.

La crisis que ahora atravesamos nos lleva hacia un pensamiento “arracional” que conduce a que la religión y la ciencia vuelvan a fundirse (dentro de un proceso que

denominamos terciario) para dar nacimiento a una nueva forma, todavía arcana, dado que ambas, religión y ciencia, en relación recíproca, tienden a modificarse mutuamente.

La hipótesis de Gaia, nuestro planeta vivo, la inteligencia artificial que *El dilema de las redes sociales* nos retrata o, inclusive, la máquina imaginaria que construyeron los Krell nos conducen a preguntarnos, como si fuéramos una abeja que comienza a vislumbrar la inteligente sabiduría de la colmena, cuyos designios ignora, ¿qué o cuánto podremos comprender?

Deus ex máquina es una expresión que se origina en el teatro griego para referirse a lo que ocurría cuando algún medio mecánico colocaba, desde fuera del escenario, un actor cuya función era interpretar una deidad que intervenía para resolver una situación o dar un giro al entretejido de los acontecimientos. Actualmente, la expresión se utiliza para aludir a un elemento que resuelve una historia desde afuera de su trama. En otras palabras, se trata de un acontecimiento que “interviene” y que se experimenta como inverosímil. En este punto, es necesario recordar cuántas veces se ha dicho que la realidad copia al arte.

Muchos años después de que en la antigua Grecia el arte dramático recurriera a introducir esta “oportuna” intervención de lo exterior, Joseph Campbell escribe un párrafo (en donde destaco una frase en cursivas) que reproduzco aquí desde una cita transcrita por J. Briggs y D. Peat en *El espejo turbulento*:

Schopenhauer señala que cuando uno llega a una edad avanzada y evoca su vida, esta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista. Acontecimientos que en su momento parecían accidentales e irrelevantes se manifiestan como factores indispensables en la composición de una trama coherente. ¿Quién compuso esa trama? Schopenhauer sugiere que, así como nuestros sueños incluyen un aspecto de nosotros mismos que nuestra consciencia desconoce, nuestra vida entera está compuesta por la voluntad que hay dentro de nosotros. Y así como personas a quienes aparentemente sólo conocimos por casualidad se convirtieron en agentes decisivos en la estructuración de nuestra vida, también nosotros hemos servido inadvertidamente como agentes, dando sentido a vidas ajenas. La totalidad de estos elementos se une como una gran sinfonía, y todo estructura inconscientemente todo lo demás; el grandioso sueño de un solo soñador donde todos los personajes del sueño también sueñan.

Todo guarda una relación mutua con todo lo demás, *así que no podemos culpar a nadie por nada*. Es como si hubiera una intención única detrás de todo ello, la cual siempre cobra un cierto sentido, aunque ninguno de nosotros sabe cuál es, o si ha vivido la vida que se proponía.

Más allá de la conmovedora vivencia que las palabras de Campbell despiertan (especialmente cuando se refiere a ese grandioso sueño de un solo soñador

que, como un prestidigitador, ha compuesto, de manera inesperada, una trama que “de algún lado” viene), el reconocimiento de las limitaciones reduccionistas implícitas en una concepción mecánica y “lineal” nos conduce hacia reconciliar una ciencia nueva con una nueva religión.

En 1966, con Víctor Laborde, Enrique Obstfeld y Jorge Pantolini (en *La interioridad de los medicamentos*) escribimos:

Pensaron...

Pensaron que un dios llamado Marciano fue creado, como producto de una lenta evolución, las máquinas mineral, vegetal, animal y humana, interrelacionadas entre sí por fenómenos como la fotosíntesis o la fecundación de las flores por los insectos.

Pensaron que éstas funcionaron así, interrelacionadas entre sí, durante milenios, y que una de estas máquinas, el hombre, sintiéndose viva, e incapaz de conocer la fórmula de los circuitos impresos “pensados” por el dios Marciano, y que la han hecho posible, tomó a estas fórmulas por sustancias esenciales, “no pensadas”, existentes “de por sí”, y vacías de la “interioridad” que él poseía.

Pensaron que por eso lo asombró al hombre durante un tiempo la “casualidad” de que pudieran inyectarse a un ser humano, y con un efecto definido, “transistores” que, como la morfina, provenían de una planta vegetal a la cual éste no reconocía del todo como hermana.

Pensaron que esto no había cambiado, que el hombre, un robot capaz de trazar su propio programa, dio en crear a su vez a una máquina llamada cibernética, que estando casi tan “viva” como él, lo llevó a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a suponer que el mismo Dios habría de preguntarse, cuando observaba al hombre, surgido del programa que él mismo continuamente se creaba, cuál sería la fórmula de su propio circuito “divino”.

Sólo al salir de “las ruinas circulares” pudieron las máquinas comprender que Dios crecía junto con ellas en la estructura del conjunto, al cual ellas iban dando cada vez más vida y más “interioridad”, interrelacionadas entre sí. Y que desde la misma intimidad elemental de la trama “mineral y viva” nacían las raíces de Dios junto con ellas, las máquinas, en cada sustancia.

Repitamos, entonces, la conclusión de este libro...

Llegamos, ahora, al peñón más abrupto, aproximándonos “por otra punta”, a la ilusión del yo, porque, de pronto, psicosomatológicamente, comprendemos que ese cerebro que consideramos nuestro es, en realidad, la máquina “de los Krell” que no dominamos, cuando realiza, “por su cuenta”, lo que muchas veces, “sin querer”, en nuestra vida materializamos. Dado que el ello o el superyó de un ser humano no son su yo, entendemos, por fin, lo que el lenguaje siempre nos dijo y nunca comprendimos, “su” ello (o “su” superyó, tanto como su cerebro, su corazón o su hígado) no es *su-yo*, y por la misma razón todos esos órganos “nuestros”, que a mí me

conforman, otorgándome mis cualidades, tampoco son míos. Allí, en lo inconsciente, reside la máquina, y así vivimos, no siempre en armonía, la máquina y yo.

ADENDA

TEXTOS PUBLICADOS EN INSTAGRAM

¿Debemos, podemos, queremos?

... los personajes que habitan nuestro mundo psíquico. “Si quisiera podría” o, también, “aunque quiera no podré”. “¿Quiero hacer lo que hago?”. “Si me da culpa querer, podré creer que me obligan”. “¿Puedo lo que quiero?”. Si me avergüenza mi impotencia, podré creer que no me dejan, que no me dan permiso. “¿Puedo hacer lo que debo?”. Si creo que no puedo, podré pretender que no debo. Si no quiero hacer lo que debo, también podré creer que no me dan permiso. Si siento que “no debo querer hacer lo que no puedo”, y siento “que no puedo dejar de quererlo”, puedo creer que no me dan permiso o, también, que “no quiero, pero me obligan a hacer lo que no puedo”.

Cuando la mar es muy dura, el objetivo es flotar

Hay épocas apacibles en las cuales es más fácil conjeturar el futuro y edificar proyectos para un plazo largo. Hay otras en que todo se vuelve contingente y la inseguridad aumenta. No sólo el pronóstico se acorta hasta alcanzar apenas el futuro inmediato, sino que al mismo tiempo se pierde, o se confunde, la significación del pasado, hasta el extremo de desdibujar los rasgos de nuestra identidad.

Cuando en la oscuridad de la tormenta el horizonte se cierra, el objetivo es flotar. Es inútil entonces apurar la marcha y pretender que la seguridad retorne bajo la forma de un proyecto forzado en el cual se vuelca, con terquedad, la vida. Es necesario, en cambio, mantener el impulso hacia adelante en el mínimo imprescindible para conservar el gobierno, y aferrarse al timón. Experimentamos la necesidad de proporcionarle un sentido a nuestra vida apuntándola en alguna dirección. Navegar es lo contrario de flotar al garete, abandonados a los caprichos del destino.

Navegar es elegir un rumbo y encaminar la proa, realizando cada día la tarea imprescindible para mantener el curso. Esa tarea implica el esfuerzo de un trabajo y una responsabilidad, pero cuando el temporal amaina hace falta también un lugar para el ocio, porque *el ocio, que abre un espacio creativo, no se opone al trabajo, sino al negocio*. Al trabajo se opone la molicie, que es la blandura irresponsable del pusilánime que se deja estar y vive “al garete”, sin conservar el impulso necesario para gobernar el timón.

El puerto de destino es una conjetura

Nuestra capacidad para adelantarnos al futuro no alcanza, sin embargo, para justificar el que nos pre-ocupemos con aquello de lo que todavía no podemos ocuparnos. Nuestros deseos y temores son recuerdos, pero es verdad que nunca se vuelve al lugar de donde se ha salido, porque *lo que “vuelve” no es igual a lo que fue*. La mayor parte de lo que deseamos o tememos no ocurre del modo en que lo

habíamos imaginado. Posible es lo no realizado; lo que ya se ha realizado es ahora imposible. No se puede ir dos veces a París por vez primera.

Un puerto de destino otorga sentido y dirección a nuestra vida, pero si reflexionamos en lo que el pasado nos ha dado vemos que el logro se acumula en la ruta, no se obtiene “todo junto” en la meta; y en algo difiere, además, del propósito inicial.

Aprendemos muy pronto que los logros que obtenemos, al llegar, ya no son fines, sino medios necesarios para alcanzar otro fin. Una razón más para sostener que el fin no siempre puede justificar los medios. Permanecer sin cambiar es también imposible. La experiencia nos muestra que *lo que no avanza retrocede y que lo que no progresa se arruina*. Podemos comprobar que cuando el descanso se prolonga más allá de restaurar las fuerzas, se pierde agilidad. Si aceptamos que cumplido un período de tiempo es necesario nacer, debemos también admitir que *el cambio que hoy tememos es un proceso que se ha iniciado ayer*. Si es cierto que, como dijimos antes, una vez que se ha partido es imposible volver, no es menos cierto que una vez que se ha llegado es necesario partir. La importancia no reside entonces en llegar, sino en la manera como se recorre el camino.

Hay que estimar la derrota y volver a trazar el rumbo cada día

Dado que la confianza en el porvenir surge del bienestar actual, se nos impone como conclusión que sólo si estamos

dispuestos a ocuparnos ahora del futuro, sin demorarnos con preocupaciones, y a responder hoy sobre el pasado, sin escudarnos en arrepentimientos que nada reparan, podemos vivir plenamente el presente, atrapando, entre la nostalgia y el anhelo, la magia del instante. La utilidad material, cuantificable, racionalmente concebida en la teoría o en la práctica, no es el único valor. Al bienestar también nos acercan otros desarrollos que son afectivos o espirituales. El equilibrio de nuestra salud no sólo depende, por lo tanto, de la lucidez de nuestro cerebro o de la capacidad de nuestro hígado, sino también de la sensibilidad de nuestro corazón.

Probablemente, el panorama de mañana será tan distinto del que hoy prevemos como difiere el mundo de hoy del que imaginábamos ayer. Sabemos que nada permanece igual, y que los valores que adquieren consenso cambian según el signo de los tiempos. Nos asombra, sin embargo, no encontrar lo que hoy buscamos en el lugar donde estaba ayer. Aprendimos que en un mundo complejo que rápidamente se transforma los proyectos lineales son inadecuados, y que aquello que nos proponemos “entre ceja y ceja” cobrará de nuestra vida un alto precio. El curso “de una vida no se presenta como un camino recto; se parece más a un laberinto con calles sin salida y senderos que sólo se abren al pasar por ellos. Sólo podemos encontrarnos en algún punto deseado si adquirimos la capacidad de recorrer trayectorias curvas, quebradas y complejas, buscándole las vueltas al camino.

Comprobamos, una y otra vez, que no llegamos a la meta que apuntamos y que la vida nos impone siempre

un cierto grado de derrota. Aunque esta inevitable imposición no en todos los casos es penosa, porque a veces llegamos a lugares mejores que los que habíamos soñado, la experiencia nos enseña que debemos apuntar nuestro propósito calculando el “ángulo de la deriva”, el desvío que la realidad impone a nuestro rumbo. Es necesario, entonces, replantear continuamente nuestros fines y adaptar nuestros intentos a conjeturas siempre actualizadas. Así vemos crecer a la rama en el lugar que le permite el muro, sin resignar totalmente sus proyectos y sin mantenerlos, a todo trance, con absurda terquedad, fracasadamente invariantes.

Hace unos años escribí un párrafo que me parece interesante ver ahora, cuando es más importante que nunca comprender que la vida de cada uno se sostiene en los vínculos afectivos que nos unen con los seres queridos y con las personas que forman parte de nuestra vida: “Es necesario y saludable que más tarde o más temprano admitamos, pacíficamente, la idea de que somos, y hemos sido siempre, como una gota de agua que afirma su existencia y contempla embelesada, creyendo que son propias, las luces que refleja mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar”.

Las dos pandemias

No solo se contagian los microbios; también se contagian las ideas y las maneras de vivir que nos conducen

a enfermedades, muchas veces graves, que no son “infecciosas”. Por eso solemos hablar de mensajes o de ideas que se vuelven *virales*. Junto con las epidemias “biológicas”, también hay epidemias psicológicas.

Mientras vivimos en el aislamiento que procura protegernos del COVID-19, nos impregna hoy la idea de que todas las otras formas de morir, o de perder la alegría de vivir, constituyen un riesgo que podemos postergar (¿indefinidamente?) empujándolo afuera de nuestra urgencia actual.

Intentamos ignorar lo que sentimos. El confinamiento obligatorio determinado por la cuarentena, que conduce inevitablemente a una disminución de los contactos corporales con los seres afectivamente significativos del entorno, aumenta de manera progresivamente acelerada, en cada día que transcurre, los sentimientos de “soledad” que en mayor o menor medida nos habitan, disminuyendo nuestras ganas de vivir.

La investigación psicoanalítica nos ha revelado que los síntomas del síndrome gripal constituyen, en nuestra consciencia, un retorno, “deformado”, de un sentimiento de desolación que se ha reprimido. También nos ha revelado que los trastornos respiratorios “ocultan” los conflictos que se sufren en la “atmósfera social” que se convive. Conmueve constatar que las medidas que se adoptan para luchar contra la enfermedad que se interpreta como un efecto que el coronavirus produce en algunas personas tienden a agravar, precisamente, mediante el aislamiento y la distancia social, esos conflictos reprimidos.

La población de riesgo

El conjunto de disposiciones gubernamentales que hoy constituyen en el mundo lo que denominamos cuarentena establecen que los ancianos constituimos, junto con aquellos que padecen enfermedades que disminuyen su vitalidad, una población en riesgo.

Dado que los ancianos habitamos una época de la vida dentro de la cual, según nos revela la estadística, nos morimos en unos pocos años, y aunque alguna otra persona, joven y sana, puede morir antes, es cierto que, en la medida en que aumenta lo que hemos vivido, nuestro “riesgo” de morir también aumenta. Pero, precisamente por eso, nuestra ancianidad determina que nuestro riesgo mayor ya no consista en la posibilidad de morirnos muy pronto, sino en el desperdicio de muchos meses de nuestros últimos años.

Un viejo proverbio sostiene que el que tiene un porqué para vivir soporta casi cualquier cómo. Se trata entonces de evitar que el aislamiento y la distancia social, que disminuyen el libre ejercicio de actividades corporales como la danza o el deporte, pero, sobre todo, el contacto personal, nos prive de ese porqué que sostiene la perduración de nuestra vida. Las puntas de los codos carecen de la exquisita sensibilidad que las manos comunican. Es inútil pretender que el *home working*, la vida interior, los afectos en la intimidad del hogar o los festejos por videoconferencia cumplan íntegramente con ese cometido. No es lo

que observamos si prestamos atención a lo que ocurre. No sucede así ni siquiera con los niños, pero donde se observa con mayor claridad es en los ancianos que, ya sea solos o en pareja, viven separados de sus hijos y sus nietos, sus hermanos, sus sobrinos, y también de sus amigos.

Si “salir” siempre funcionó como una palabra clave que, lejos de poner el acento en el lugar hacia donde uno se encamina, subrayó la necesidad de abandonar el lugar que nos aburre, hoy, en la prisión domiciliaria de una cuarentena sin suficiente compañía, la carencia de esa posibilidad nos oprime y nos conduce, muchas veces, a esas muertes prematuras que hoy nadie computa.

No sólo de pan vive el hombre

El auditorio hace ya muchos meses que permanece vacío. Allí nos hemos reunido no menos de dos veces por semana durante mucho tiempo, para presentar y discutir nuestros trabajos acerca del tratamiento psicoterapéutico de distintas enfermedades e investigar en las condiciones que impiden el bienestar. El bienestar que no sólo se alcanza dentro del ocio que restablece nuestra disposición a la actividad, sino también durante el trabajo que genera los productos que necesitamos.

Hoy no podemos encontrarnos allí, en esa sala, y aunque las videoconferencias con las cuales sustituimos

nuestras reuniones consuetudinarias son un “menos mal”, las figuras bidimensionales de nuestra pantalla carecen de la riqueza comunicativa que nos aportaban aquellos encuentros “en presencia”.

En cada día que trascurren el aislamiento y la distancia social, pesa progresivamente sobre el ánimo la creciente noción de lo que se ha perdido. Comprendemos entonces, por la fuerza de los hechos, la verdad contenida en la afirmación de Jesús: “No sólo de pan vive el hombre”. También necesitamos el contacto que otorga un sentido a nuestra vida y sostiene nuestra alegría de vivir.

Evitar la muerte

Nos enfrentamos, una y otra vez, con que añorar el pasado no alcanza para proyectar un futuro. Y también con que el miedo de morir (o sufrir), envenenando el presente, tampoco nos alcanza para sostener las ganas de vivir cada día.

A la vida no se opone la muerte, que forma parte de ella, como el nacimiento. La “vitalidad” de la vida, que contemplamos en la curiosidad del niño, es evolución, diversidad y complejidad. A esa plenitud no se opone la muerte, que es “socia” de la vida, ya que, dándole “un tiempo”, le otorga un sentido. Se opone, como una vacuidad que representamos con la palabra “nada” (que se ha puesto de moda), la compulsión a la repetición, la rutina y la monotonía.

Cuando, encarnizados tercamente con lo que no podemos, abandonamos la delicia de lo que nuestro poder nos ofrece, solemos decirnos que esa vida “no es vida”, y suele acometernos el temor a morirnos “sin haber vivido”. Pero cuando la vida se “gasta” entretenida por el temor a la muerte, en ese desperdicio, ya se la ha perdido. Porque en ese intento, muchas veces absurdo, de evitar la muerte, nos escapamos de una plenitud de la vida que bien “vale la pena”.

Recordemos los versos que hace dos mil años escribió Horacio: “Feliz es el hombre bien templado / que del hoy se hace dueño indiscutido, / que al mañana increparle puede osado: / extrema tu rigor, que hoy he vivido”.

Recordemos también aquellos, tan citados, de Antonio Muñoz Feijoo: “No son los muertos los que en dulce calma / la paz disfrutan de la tumba fría. / Muertos son los que tienen muerta el alma / y aún viven todavía”.

Y yo... ¿qué?

El vórtice de un remolino, como el que se observa a veces cuando se drena el contenido de agua de un lavatorio, se forma con todo el líquido que lo rodea. También sucede con el torbellino de un tornado. Ambos parecen existir, sin embargo, separados del entorno, como un ser humano que se refiere a sí mismo con la palabra “yo”.

Aunque sabemos que sólo se puede ser siendo con otros, nada tiene de malo que, creciendo dentro de

una existencia colectiva que continuamente nos “contagia” su modo de ser y proceder, hayamos aprendido a ser “uno”. Pero solemos minimizar el hecho de que, como sucede con el vórtice del lavatorio, sin los otros dejaríamos realmente de existir. Corremos, entonces, el riesgo de incurrir, alimentando la ilusión de que somos autosuficientes, en algún tipo de egoísmo, o de egolatría que, ya desde sus formas más leves, tortura nuestra convivencia.

Puedo decir que soy alguien que constituye para los demás una persona con sus propias cualidades, que determinan cómo quiero, cómo puedo y cómo debo convivir. Pero todo lo que soy lo he recibido “sin querer”, y todo lo que hice no sólo fue lo que quería, tal vez fue lo que debía o aquello que podía. Se haya tratado de una necesidad o de un deseo, de una ineludible obligación o de una deuda postergable, de una capacidad o de un permiso.

Mis valores, entonces, ¿son méritos o solo cualidades? Y mis defectos ¿son culpas o solo son desgracias? Si así fuera, una cosa queda clara: si no acepto renunciar al derecho a reclamar por mis desgracias, ninguna razón me asiste para pretender que no me atribuyan mis culpas.

¿Qué sentido tiene?

Un querido colega, Gustavo Chiozza, mi hijo, de manera lúcida y conmovedora escribió:

Falleció el mejor amigo del padre de una paciente.
La historia (seguramente una de tantas) es esta: un

hombre de más de 90 años, no muy bien de salud, limitado en sus movimientos por secuela de ACV. Viudo desde hace unos años, vivía solo. Los hijos, muy pendientes de su salud, para cuidarlo no lo visitaban, pero le mandaban gente que lo asistiera. Que nada le falte. Estaban en contacto... ¿teléfono? ¿WhatsApp? ¿Skype? No lo sé.

El padre de mi paciente se lo cruzó, hará unos cuantos días, tomando un poco de sol y aire en la vereda. Charlaron un ratito, barbijo mediante; guardando la distancia social (ya se sabe: población de riesgo).

No obstante todos los recaudos, hará 10 o 15 días se contagió COVID. Lo internaron, solo y aislado, como mandan los protocolos. La familia no puede estar.

Ayer murió. Solo en la cama del sanatorio, con la máscara de oxígeno puesta, sin una mano que tome la suya. Sin que nadie lo haya tocado sin guantes en los últimos días de su vida. Sin tener a quien dedicar sus últimas palabras. Sin poder volver a ver a sus hijos o nietos.

La pregunta es ¿lo mató el Covid o lo mató la cuarentena?

¿La cuarentena (ese sacrificio que hacemos todos por el bien de nuestros mayores) sirvió para proteger su vida o solo sirvió para arruinar sus últimos días de vida?

La cuarentena ¿sirvió para hacer su vida más larga (aunque, obviamente, peor) o para hacer su vida (además de peor) más corta?

¿Sería muy loco pensar que, si él hubiera tenido la absoluta certeza de que, por ejemplo, el 18 de julio

la cuarentena se terminaba, a lo mejor, le daban ganas de aguantar un poco más; de seguir viviendo?

Pensar que la vida es solo cantidad no solo reduce la calidad... también reduce la cantidad.

A lo peor sin cuarentena hubiera muerto en abril... posiblemente. Pero, sin cuarentena, hubiera muerto mejor, no? También es posible pensar que hubiera muerto este año aún sin pandemia.

Comparto estas preguntas que me hago. La cuarentena (teóricamente) era para salvarlo a él, no? Es decir, a la gente en su situación. ¿O me perdí de algo?

Amistad

Una pintura, obra de Juan Chiozza, mi padre, me sugiere la idea de dos seres unidos en amistosa compañía.

La simpatía que, desde nuestras neuronas espejo, nos lleva a disminuir la distancia que nos separa de los otros seres vivos alcanza su forma más evolucionada y valiosa cuando se convierte en amistad.

Cuando pensamos en el amor, acude de inmediato a nuestra mente la fuerza del entusiasmo y la alegría de vivir que se despiertan cuando nos enamoramos de alguien que nos responde con sentimientos semejantes.

Se ha dicho hasta el cansancio que el enamoramiento no dura, y la indagación, durante siglos, ha vuelto una y otra vez sobre la idea de que surge de una ilusión que, aunque puede ser imprescindible para lograr esos conmovedores sentimientos, sólo admite dos distintos

desenlaces. Uno conduce a una decepción que nos lleva hacia el amargo desengaño contenido en las palabras del poeta: “El amor llegó y todo se llenó de placer, el amor se fue y nada quedó que no doliera”. El otro permite un desarrollo que, tejido con las hebras de una realidad que nos obliga a reconocer que nunca se alcanza la totalidad de lo que deseamos, transforma el enamoramiento en cariño. Nos regala, de ese modo, una comfortable convivencia dentro de la familiaridad de un contacto cotidiano, íntimo y enriquecedor, que nos otorga una inestimable e insustituible compañía. Ese compañerismo entrañable, impregnado por la confianza en la reciprocidad de lo que se vive “más allá” de una ilusión, es la forma más elaborada y fructífera del sentimiento de amistad.

Pero la amistad no solo se realiza dentro del territorio de una relación tan exclusiva como la que conduce a la formación de una familia. Muy por el contrario, se revela saludable cuando además florece dentro de una red entrelazada con otras relaciones que nos permiten desarrollar las virtudes trascendentes de una existencia colectiva.

El huevo y la gallina

El huevo proviene de una gallina, pero la gallina proviene de un huevo.

Todos sabemos, entonces, que la gallina y el huevo evolucionaron juntos partiendo de formas anteriores. Sin embargo, cuando dos hermanitos se pelean, muchas veces queremos saber “quién empezó”.

No existe vida humana en la cual no haya ocurrido alguna ofensa capaz de generar hostilidad. Pero el dolor se acrecienta cuando esa hostilidad se desarrolla dentro de una relación con las personas hacia las cuales sentimos afectos entrañables. Un viejo proverbio (quizás sustentado en el hecho de que cuando el amor nace es frecuente tratar de disfrazarlo pretendiendo lo contrario) asegura que del odio nace el amor. No suele reconocerse, en cambio, la conclusión opuesta: que del amor nace el odio. Y sin embargo es así, hasta el punto en que los grandes odios denuncian, siempre, grandes amores. No sólo porque el odio surge muchas veces de los amores contrariados, sino también, ante todo, porque es frecuente que necesitemos ejercerlo para proteger lo que amamos.

Tal vez debiéramos pensar en el huevo y la gallina cuando nos peleamos con los seres que amamos. Pero, más allá de eso, hoy, en una época en que frecuentemente oímos que una grieta nos divide como pueblo, tal vez podría ayudarnos reparar en que nuestros sufrimientos los producimos entre todos construyendo, con nuestras acciones o con nuestras omisiones, con nuestras afirmaciones o con nuestra indiferencia, la “opinión pública” que nos gobierna.

Contacto, conmoción y trascendencia

Cuando contemplamos lo que nos ocurre mientras convivimos con los seres vivos que pueblan nuestro entorno, podemos distinguir tres acontecimientos que

transcurren *indisolublemente ligados*: el contacto físico, corporal, la conmoción anímica, emocional, y la trascendencia espiritual, orientadora.

Vivo *aquí*, en un lugar de la existencia física, frente a las cosas (incluyendo mi propio cuerpo) que percibo como *objetos* materiales *presentes* que capto y puedo “*contactar*”, mientras habito un espacio de ese mundo perceptivo. Vivo *ahora*, cuando me afectan en cuerpo y alma sensaciones *actuales* que me sujetan en un instante de mi mundo sensitivo, en un momento *subjetivo* del tiempo de mi vida en que me puedo “*conmover*”. Pero ese presente actual, aquí y ahora, inevitablemente se amplifica cuando mi conciencia, inmersa en los valores del *espíritu* de la comunidad que habito, y que constituyen mi mundo normativo, de un modo que *trasciende* mi cualidad de individuo, se “*conforma*” formulándose las normas que registra.

Cuando pensamos que esos tres mundos, perceptivo, sensitivo y normativo, que constituyen mi circunstancia en un presente actual, construyen conmigo el sentido de mi vida, sentimental e intencional, nos damos cuenta que una merma importante en uno de ellos, se trate del contacto físico, de la posibilidad de conmovernos, o de la tendencia a consustanciarnos con las cualidades que valoramos, nos amenaza con un importante descalabro de inimaginables consecuencias. Hoy, inmersos en el aislamiento y la distancia “social” que la cuarentena nos impone, ya comenzamos a sentirlo.

El amor "verdadero"

El amor "verdadero", el que hunde sus raíces
en los pliegues recónditos del alma,
perdura, indestructible, y retorna
como un junco que se dobla
para volver a erguirse nuevamente.

Aunque el odio suele recubrirlo
y, como a un ángel caído,
convertirlo en demonio,
su llama no se extingue,
y la luz que arroja su rescoldo
nunca jamás se apaga.

En el rostro que, recubierto por el barro,
ha perdido su diáfana mirada,
o en la gota que el frío ha transformado
en un cristal de hielo,
persiste su semilla y el retoño
que volverá a ser flor en primavera,
que dará su fruto en el verano,
y calor suficiente en el otoño
para conservar la vida en el invierno.

El amor "verdadero" es,
como el veneno del odio que lo infecta,
tenaz e inagotable.
¿A qué acuerdo llegarán, entre uno y otro,
para elegir la salvación o la condena?

El odio "verdadero"

El odio "verdadero",
el que destruye a lo que agrade
todo aquello que en la vida valoramos,
no es el odio, impotente y resentido,
que se alimenta, oscuro,
acumulando cuentas impagables,
con la esperanza, vana,
de que alguien, alguna vez, vendrá a saldarlas.

El odio "verdadero" y responsable
no es un odio "acreedor" de deudas rancias.
Es un odio inmediato y poderoso que feroz y
certero,
como la madre que en el borde de la cuna
aplasta a una alimaña,
se dirige hacia el lugar exacto en donde mora
el peligro que amenaza a lo que amamos.

Es aquel que en su acción, eficazmente concluida,
encuentra el destino que lo agota
sin quejas, sin reproches y sin culpa.

El odio "verdadero" no atesora en la memoria
los argumentos que se usan
para repetir dolores exquisitos,
con la actitud plañidera de una queja.

Sólo recuerda los lugares en donde el mal se esconde, y en virtud de lo que aprende, adquiere la capacidad de proteger lo bueno con el coraje que le ha dado la experiencia.

El odio “verdadero” es socio del amor y es su custodia.
Nacido de ese amor que lo convoca,
lleva dentro de sí, como destino amargo,
el quedar tantas veces confundido
con la crueldad del mal que lo provoca.

Tres edades de la vida

I. Entre la primera y la segunda edad (1945)

Soñar no cuesta nada

¿Crees tú que esas nubes por ventura,
tan hermosas, tan serenas en el cielo,
no pagan el tributo a su hermosura
cuando descienden para regar el suelo?

¿Tú crees que esos árboles, tan bellos,
que con las ramas horadan el espacio,
no crecen primero muy despacio,
mientras echan la raíz de sus cabellos?

Tú, semejas la nube voladora

que remonta, con prisa, las alturas,
¿no sabes, desdichada, dónde moras?
Más rápido caerás, cuanto más subas.

Yo, cuan árbol sin sólidas raíces,
de lo alto me abatí mientras soñaba.
Y todavía hay quien, sin embargo, dice,
y piensa, que el soñar no cuesta nada.

II. Entre la segunda y la tercera edad (1979)

Navegar es necesario, vivir no

Hoy, en las horas de la esperanza trunca,
cuando los sueños dejan ver, por vez primera,
el resorte interior que forma su quimera,
he perdido el temor de lo que significa “nunca”.

Ignoro dónde estoy, qué mares voy surcando.
El puerto familiar, en el que ayer soñaba,
ha quedado ya lejos, como el regazo blando
que ha seguido el destino de todo lo que acaba.

No me importa vagar, perdido entre la bruma
de un mar que no es azul, que es gris, como la
muerte.

Son las olas, y el viento, como la vida, fuertes,
y mi barco las corta, en un torrente de espuma.

No necesito ver, como otrora creyera,
el decurso completo de mi vida futura.
Me basta con saber la concreta manera
de aferrarme al timón cuando la mar es dura.

Un día llegará en que mi barco, deshecho,
se fundirá con el mar, para el que fue creado.
Una hora fatal, en que todo lo hecho
unirá su destino con lo apenas soñado.

Ayer, contra la ola más alta,
en el corazón de mi nave un madero crujió.
Navegar... ¡Eso sí que me hace falta!
—me dije—, pero la vida, no.

Huyendo de la muerte

Frente a una pintura de mi hija, Silvana Chiozza,
que me transmite el silencio de las construcciones huma-
nas y los árboles en una Roma “eterna”.

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me
hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro,
quisiera estar en Ispahán.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la
tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero
un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza —le responde—, sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahán.

Se trata de un antiguo apólogo que proviene del siglo VI, que ha inspirado versiones similares y numerosos poemas que invitan a conmovedoras reflexiones. Si la Muerte “en persona” se sorprende, es porque no gobierna el destino. Muy por el contrario, “sin querer” lo obedece cuando, llevada por una sorpresa inesperada, produce un gesto involuntario (¡inconsciente!) que, precisamente, le permite cumplirlo.

La indagación psicoanalítica nos ha conducido a descubrir que los síndromes gripales ocultan, reprimidos, sentimientos de una soledad psicofísica que configuran, en su conjunto, esa forma “deprimente” de privación afectiva que denominamos desolación. Además, los trastornos pulmonares esconden un desaliento que nos excluye de coparticipar en la atmósfera de una cordial convivencia. Cuando reparamos en eso, nos conmueve que el aislamiento, la prohibición del contacto físico y, sobre todo, la presencia ubicua del barbijo, como procedimientos hacia los cuales nos inclinamos intentando evitar el síndrome gripal y la neumonía como dos fenómenos privilegiados que se asocian con el coronavirus, agraven, precisamente, como sucede con el jardinero del cuento, la tragedia que procuramos eludir.

Ahora, frente al silencio del paisaje romano, una pregunta nos atraviesa el alma: ¿qué designios inconscientes,

en el eterno rodar de los siglos, nos conducen hoy, con impensada eficacia, hacia un desenlace triste que nos llena de aprensión?

Lo que se dice, lo que se siente y lo que se hace

Frente a un cuadro de Silvana Chiozza, donde, entre la tierra abigarrada con colores de carne y el pedazo de cielo que convoca, se divisan “desde afuera” los perfiles de una ciudad lejana.

Estar en una ciudad no alcanza para hacernos ciudadanos; somos ciudadanos cuando compartimos el espíritu que la mantiene viva.

En 1944, Juan Carlos Astolfi, insigne historiador y profesor de historia en el Colegio Juan Martín de Pueyrredón, al que yo, entonces, concurría, cerraba un acto conmemorativo con un brillante discurso cuya introducción se quedó, para siempre, en mi memoria. Allí relataba que el hijo de Guillermo Tell, mientras ambos contemplaban, desde la agreste montaña la espléndida ciudad que florecía en el valle, le preguntó a su padre por qué no vivían allí, disfrutando de una vida más fácil. Y fue su respuesta lo que, desde entonces, recuerdo. Porque aquí, en la montaña —le dijo— gozamos de libertad, un bien inestimable que en el valle perdemos.

Se ha dicho muchas veces que la libertad de cada uno termina donde comienza la de aquellos con los cuales convive. Pero debemos reconocer que nunca ha sido fácil establecer esos límites en paz y armonía.

Recuerdo, ahora, la sabiduría de Porchia: “Me hicieron de cien años algunos minutos que se quedaron conmigo, no cien años”. Hoy la cuarentena en nuestra querida ciudad de Buenos Aires, funcionando como un foco que ilumina lo que permanecía en la sombra, o como una caja de resonancia que pone de manifiesto realidades intuidas apenas, nos otorga una dolorosa experiencia que se quedará con nosotros. Frente a lo que se piensa y se dice, importa lo que realmente se siente y se vive, pero importa, mucho más, aquello que se cree y que se hace.

Alimentemos nuestro espíritu, entonces, con lo que Porchia señala: “Cuando el mal crece, el pequeño bien se agranda”.

Sólo se puede ser siendo con otros

Maurice Maeterlinck escribe que, cuando una abeja sale de la colmena, “se sumerge un instante en el espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas; pero, bajo pena de muerte, es menester que a intervalos regulares vuelva a respirar la multitud, lo mismo que el nadador sale a respirar el aire. Aislada, provista de víveres abundantes, y en la temperatura más favorable, expira al cabo de pocos días, no de hambre ni de frío, sino de soledad”.

Las ideas, las emociones y los acontecimientos que recibimos, vivimos y transmitimos parecen provenir de las personas que nos rodean, pero en realidad las “atraviesan”, como atraviesan el televisor las ondas que le

llegan “desde el aire”. “Se quedan” con nosotros, conformando la manera de ser que habitualmente somos, sólo aquellas que “sintonizamos”, y que se convierten en las que más nos importan.

Lo que considero mi alma (que percibe, piensa, siente, quiere y hace) es sólo un reflejo consciente y parcial de esa vida completa que se desarrolla en el imprescindible contacto de mi convivir con otros. Formamos parte de una amplia red multifocal de elementos relacionados que se “copian”, se repiten o se reflejan, recíprocamente, desde distintos ángulos.

Una red que funciona porque está “encendida”, y algunas de sus partes están “sintonizadas”. Dentro de ella, es posible reconocer las estructuras y los ámbitos parciales que llamamos familia, escuela, trabajo, pueblo, nación y sociedad o, también, el equilibrio del ecosistema de la vida en el planeta.

Sólo se puede ser siendo con otros. Una persona interesada se vuelve interesante. El origen latino de nuestro castellano “interés” es *inter-essere*. Por eso puede decirse que cuando alguien tiene un porqué para vivir soporta casi cualquier cómo. Y que la vida de uno mismo es demasiado poco como para que uno le dedique, por completo, su vida.

Las palabras de Maeterlinck con las que iniciamos estas reflexiones nos señalan el peligro al que nos exponemos con la disminución de los contactos interpersonales y con el aislamiento social, empobreciendo nuestro “interés” con una privación muy dura.

Percibir lo esencial

Frente a un cuadro de Picasso, surge la pregunta: ¿cómo, sólo con tres líneas, pudo transmitir tanto?

La respuesta, sencilla, señala un logro muy difícil: *percibir lo esencial* dentro de una realidad compleja. Lo que Picasso logra con sus dibujos Antonio Porchia lo obtiene, de una manera asombrosa, con sus *Voces*, constituidas por pequeñas sentencias de profundidad abismal que han recorrido el mundo traducidas en distintas lenguas. En una de ellas dice: “La razón se pierde razonando”, y nos hemos encontrado muchas veces con esa forma de una realidad que nos precipita en una gama de acontecimientos que van desde el malestar hasta la tragedia.

Es necesario reconocer que, dentro del prestigio creciente que les fuimos otorgando a las funciones cerebrales, hoy vivimos inmersos en una crisis profunda y ubicua, en la que la racionalidad se sustituye, con frecuencia, por el uso pervertido de una razón que coincide con lo que el psicoanálisis llama racionalización. Es lo que sucede cuando el pensamiento racional se utiliza para obtener una conclusión acorde con la realización de un deseo o, simplemente, para “tener razón”. Suele llegarse así a la situación que Ortega describe de manera magistral cuando señala: “De puro haber perdido hoy todo el mundo la razón, resulta que acaban teniéndola todos, sólo que entonces la razón que cada cual tiene no es la suya, sino la que el otro ha perdido”.

Reparemos en que hemos podido distinguir, entre los productos irracionales del pensamiento humano, algunos logros (“arracionales”) de la ciencia que trascienden la razón y, sin embargo, “funcionan” otorgándonos un nuevo y *desconcertante* poder tecnológico que profundiza la crisis.

Así vivimos hoy, en una civilización que por primera vez se ha “globalizado”, inmersos en un choque, brutal, entre las necesidades que se asocian con la existencia de una pandemia y las limitaciones que nos impone una “distancia social” cuyas consecuencias, imprevisibles, producen, en el ámbito de una opinión pública mundial sorprendida, atemorizada, dividida y desconcertada, innumerables contradicciones entre los principios que se aducen y las acciones que se adoptan.

La multiplicidad del sentido y el malentendido

Porchia escribe: “Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo”. Cuando un ser humano le dice a otro “te amo”, o “te odio”, ¿qué habrá querido decir? ¿Cuál será el significado que cada uno de ellos les atribuirá a las palabras de aquella ocasión dos meses o veinte años después?

Esa pluralidad de significados (*contenida en todos y en cada uno de los enunciados verbales que se pronuncian*) puede concluir, operando en la actualidad de un momento, en dos situaciones extremas. Se constituye

como una comunidad de sentido producida por lo que ambos interlocutores, recíprocamente, “*consienten*”, o se constituye como un malentendido.

No debe sorprendernos, entonces, que existan malentendidos que nos conducen a conflictos que nos arruinan la vida, hasta el punto de desembocar, muchas veces, en una tragedia. Ocurre, sin embargo, con mucha mayor frecuencia, que, sin llegar a ese extremo, decimos con las mismas palabras algo diferente.

Tal como Heráclito afirma, nadie se ha bañado dos veces en el mismo río, porque el agua que recorre su cauce transcurre. Dado que las moléculas materiales que constituyen la carne y los huesos de nuestro propio cuerpo se sustituyen en unos pocos meses, también puede decirse que nadie, cuando se contemple en el espejo, se encontrará dos veces con la misma cara.

Importa señalar, volviendo a la polisemia del lenguaje, que nadie en una segunda lectura (se trate de un libro científico o de una novela) leerá el mismo texto, porque entre la primera y la segunda ocasión uno ha cambiado y “mira con otros ojos” lo que antes ha visto.

Lo que podemos observar en el campo de la relación “tú y yo”, tal como se constituye en una sesión psicoanalítica, nos conduce hacia una conclusión. No sólo sucede en las discusiones que se establecen en el ámbito de la ciencia o de la política, también surge en las “grietas” que podemos contemplar en cualquiera de las formas de la convivencia que transcurre dentro de una red colectiva.

La costumbre no siempre nos ayuda

A una querida colega le llegó por la red la poesía que aquí reproduzco. Constituye un indicio de que algunas personas registran que la actitud “de rebaño”, si bien puede otorgarnos logros que, como la inmunidad, nos protegen, también puede dirigirnos hacia conductas autodestructivas.

Perder el miedo

No me está gustando / que me esté gustando / el
quedarme en casa. / Empieza a inquietarme / que ya
no me inquiete/ la quietud de mi alma. / Me estoy
cuestionando / si no es cuestionable / que no me
cuestione... / ¿Y si el tapaboca / fuera un tapaojos?
/ ¿Y si tanta espuma / la razón lavara? / ¿Y si las ideas
/ quedaran diluidas / y se me enjuagaran / otros
pensamientos? / Tal vez la prudencia / se ha vuelto
imprudente... / El miedo a la vida / se esconde en
silencio / pues tiene la excusa / del miedo a la muer-
te. / Me está dando miedo / el perder el miedo / a
perder el miedo.

Gabriela Guiñazú Fader

Dicen que si ponemos una rana en una olla con agua muy caliente rápidamente huye, pero que, si en cambio, calentamos el agua lentamente, no logrará escapar. Algo similar ocurre con un pájaro que, confinado durante un tiempo en una jaula, ya no desea salir. Frente a los inevitables daños que la cuarentena en la que

vivimos inmersos nos produce, y que todo el mundo admite, conmueve comprobar el escaso poder de convicción que los argumentos esgrimidos alcanzan, en un consenso colectivo que opera emocionalmente sostenido desde una creencia inconsciente.

Esto no es vida

Se suele decir “esto no es vida”, como si la mala vida no formara parte de la vida, o como si la vida tuviera, por contrato, que ser buena. El sentimiento de que la verdadera vida se encuentra en otra parte nace, muchas veces, como la envidia, de proyectar sobre los otros un goce imaginario. La felicidad se piensa, de ese modo, como una especie de holograma esquivo, inaferrable, que se dibuja con la proyección invertida de nuestro malestar. Algunos ideales pueden ayudarnos a mejorar la vida, pero es necesario distinguirlos de las ilusiones empecinadas que nos alejan de la realidad y la empeoran. Creemos, en primera instancia, que la posibilidad de gozar depende del obtener lo deseado. Depende mucho más, sin embargo, de la capacidad para tolerar la diferencia entre lo esperado y lo obtenido.

Si pensamos que una ruina es una parte que conserva la capacidad de mostrarnos lo que el conjunto fue, o lo que podría haber sido en la plenitud de su forma, vemos que hay una manera de vivir que arruina la vida, y un vivir “en forma”, en el cual esa plenitud se realiza. Hay pesares y placeres que son efímeros, y otros,

como el sufrimiento que acompaña a la ruina o como el placer del estar en forma, que son más duraderos. Esta experiencia es la que nos da el buen motivo, el motivo sano, que *vale* la pena, para afrontar el dolor o para postergar el placer, iniciando un proceso de duelo que nos devolverá, a la postre, el placer de vivir en un contexto verosímil.

Hoy, cuando los procedimientos “profilácticos” de la cuarentena, que alteran la cantidad y la calidad de nuestros contactos afectivos, nos obligan a vivir en un mundo carente de alegría, despoblado, deshumanizado y hostil, no podremos emprender el duelo, imprescindible, que nos devuelve a la vida, si nos refugiamos en la cómoda creencia de que sólo ha quedado postergado aquello que se ha ido para no volver.

Un espíritu gemelo

La red enorme que se construye por medio de Instagram es un ámbito que refleja la colectividad que constituimos viviendo. Allí solo podemos comunicarnos, de manera directa, con algunos pocos. Entre quienes registran lo que en ese portal exponemos, hay algunos que conocemos “en persona”. Hay otros, la mayor parte, de los que apenas recibimos emoticones o palabras que no siempre se acompañan con las figuras bidimensionales de sus rostros. Sus mensajes contienen una especie de “aquí estoy, y esto es lo que me surge frente a lo que tú has publicado”.

La importancia que alcanza en nuestra vida ese intercambio tiene un ingrediente emotivo, que nos explica la ubicua difusión de esa clase de “redes”. Pero, junto con el valor que le asignamos, cuando ejercemos esa relación “virtual” se nos despierta, desde el fondo del alma, un deseo de “algo más” que enciende nuestra esperanza y mantiene permeable nuestra conexión con la red.

Un viejo proverbio afirma que a los amigos se los elige uno, mientras que a nuestra familia nos la manda Dios. Lejos de negar la importancia que posee la familia, en la cual nacen los amores entrañables que nos dejan para siempre un imborrable “rescoldo”, preguntémonos qué es lo que el proverbio quiere señalar. Para empezar, es importante subrayar que es muy difícil vivir sin amigos. Que los conflictos más intensos surjan precisamente dentro de esos amores familiares nos permite comprender que, con mayor o menor precocidad, busquemos encontrar en los amigos “espíritus gemelos” que nos acompañen en la elaboración de aquellos males que nos precipitan en una sensación de soledad. Es un sentimiento que aumenta o disminuye en el decurso de una misma vida, y que recrudece en situaciones como las que hoy atravesamos. El aislamiento y la distancia que la cuarentena produce nos conducen hacia un entorno triste en donde la alegría de vivir se desvanece, y necesitamos entonces, más que nunca, frecuentar una verdadera amistad. Una de aquellas que, aunque después evolucione, cuando

nace, adquiere esa forma particular de sintonía que nos ha llevado a hablar de un espíritu gemelo.

Usar la vida

“Vivir se debe la vida, de tal suerte / que viva quede en la muerte”. Así dicen los inmortales versos de Jorge Manrique, esos mismos que señalan, melancólicamente, que, “a nuestro parecer, cualquier tiempo que ha pasado fue mejor”.

Aunque no está mal que uno “viva”, por sus buenas obras, en el recuerdo de otros, si aceptamos que, cuando la muerte llega, uno ya no existe, lo que sucede con la vida de uno, luego de haber muerto, ya no es asunto de uno. Porque solo podemos sentir, bien o mal, lo que hacemos e hicimos con la vida mientras permanecemos vivos.

Si pensamos, en cambio, que después de haber muerto accedemos a otra forma de vida, nada justifica que posterguemos, para esa “otra vida” (frente a la cual son muy pocos los que manifiestan un deseo urgente de ingresar, y aun suele discutirse si los asiste un derecho), lo que la vida actual nos propone.

Solemos quejarnos de lo que nos hace la vida, olvidando que eso también depende de la vida que hacemos. También nos olvidamos de que la muerte no se opone a la vida, porque se integra ineludiblemente con ella, como sucede con la enfermedad, dado que vivir y morir forman parte de un mismo proceso que se inicia

en la fusión de dos gametos, y que, viviendo, uno se encamina hacia la muerte.

De allí surge lo que motiva estas palabras y el equívoco que la actual cuarentena ilumina. Es imposible no “gastar” la vida. Una vida que, “dejando de usarla”, se podrá desperdiciar, pero nunca detener.

Cuando aceptamos que, más allá de las conductas manifiestamente suicidas, vivir lleva implícito, de un modo inevitable, arriesgar la vida; cuando reparamos en que una de cada tres personas muere desarrollando un cáncer, y en que las otras dos también se mueren; cuando comprendemos que no sólo importa el cuándo, sino que, sobre todo, importa el cómo; y cuando nos enteramos de que la iatrogenia mata casi tantas personas como las que mata el cáncer, cabe preguntarse: ¿qué significa “una población de riesgo”?

Una carencia oscura

Una persona acude a un médico, porque se siente mal. El médico descubre una carencia que el paciente ignoraba: carece de una vitamina, o de hierro, y el malestar desaparece con una prescripción. Hoy, frente a la cuarentena, se sufre una “carencia psicológica”, enorme, que sólo oscuramente se presiente y que, sintiendo la necesidad de protegerse de un peligro mortal, se suele atribuir a otros motivos.

Nuestro mundo, repentinamente, ha cambiado. El aislamiento y la “distancia social” (en un confinamiento

domiciliario que nos ha obligado a convivir en cercanía, “todo el tiempo”, sólo con algunos de nuestros familiares) han privado, al conjunto entero de nuestras relaciones amistosas, del alimento afectivo que le otorgaban la proximidad del contacto y la frecuentación cotidiana.

La idea de un peligro mortal genera, además, una intransigencia. Esta, independientemente del número de sus integrantes, permite que desde la fuerza de una convicción imponga su criterio frente a una mayoría que, dubitativa, no sabe bien a qué atenerse y se refugia, mientras tanto, en la creencia de que la normalidad volverá.

La investigación psicoanalítica nos ha esclarecido que una vez vivimos el prototipo de nuestra situación actual, cuando recién nacidos nuestro mundo brusca-mente cambió, y frente a la magnitud de la sustitución, la inquietud del “dónde voy” (el bíblico Quo Vadis) nos inundó con una desolación y un desaliento que nos llevaron, como hoy, a contagiarnos la “hostilidad” del entorno.

El movimiento neognóstico surgido en la Universidad de Princeton sostuvo que es tan inútil luchar contra la erosión demagógica como hacerlo contra la erosión geológica. Cabe recordarlo cuando nos indignamos con la incoherencia racional que nos rodea.

¿Indignarse, entonces? Sí, pero ¿con quién? Es como enojarse porque inoportunamente llueve. Mientras tanto, cuando no esclarecemos nuestras dudas contribuimos, sea por acción o por omisión, en distintas proporciones y

maneras, para conformar la opinión pública que sostiene la insensatez que nos abruma.

Influencers

Leemos en internet que un *influencer* es una persona que cuenta con una cierta credibilidad sobre un tema concreto y, por su presencia e influencia en redes sociales, puede llegar a convertirse en un prescriptor interesante para una marca.

Aclaremos que prescribir, que por su etimología nos remite a “escribir al principio” y posee, entre sus significados, el de ordenar o recetar, seguramente alude, en la frase que citamos, a recomendar o aconsejar. En cuanto a la palabra “marca”, surge, en ese contexto, para referirse a un símbolo, muchas veces protegido en un registro, con el cual se pretende informar acerca de la singularidad de un producto o un servicio.

Debemos admitir, sin embargo, que un *influencer*, más allá de los intereses comerciales que con frecuencia se subrayan, se ha constituido en sí mismo en una “marca” distintiva que ejerce una influencia fuerte sobre los pensamientos que configuran los valores en el espíritu que impregna la comunidad que habita.

Por eso es importante reparar en un círculo vicioso que a menudo afecta la salud de las redes (¡o la del periodismo!) y que se establece cuando la condición de *influencer* se adquiere por el procedimiento, espurio, de

decir, con lamentable ingenio, únicamente aquello que a un número muy grande de personas le agrada escuchar.

Con frecuencia se llega de ese modo a una situación que se presenta como paradójal, porque los que se convierten en *influencers* con el procedimiento espurio que recién señalamos reciben del entorno, cuando procuran complacerlo, una influencia mucho mayor que la que sobre ese mismo entorno ejercen. Recordemos las sabias palabras de Gandhi: “Cuida tus pensamientos, porque se transformarán en actos; cuida tus actos, porque se transformarán en hábitos; cuida tus hábitos, porque se transformarán en carácter; cuida tu carácter, porque se transformará en tu destino, y tu destino es tu vida”.

Tener razón

Hemos subrayado muchas veces (a partir de lo que ha señalado, lúcidamente, José Ortega y Gasset) que para “tener razón” no alcanza con descubrir la “sin razón” en que algún otro ha incurrido. ¿No es este acaso el torturante e inacabable pantano en el cual muchas veces convivimos, perdurando sin salida en un doliente martirio?

La razón no es algo que se alcanza o que se pierde en el fragor de una contienda en donde vencer llega a ser más importante que preservar la vida. Una vida que, aquí y ahora, y a través de este, nuestro actual contacto, se nos presenta así como un inacabable conflicto,

que llena nuestra convivencia de amores convertidos en sustancias muertas.

La razón no es algo que se tiene o no se tiene, ni es algo que alguien me puede dar o quitar. Es algo que se usa, en cambio, para descubrir lo que no se sabe y “hace falta” saber. Pero cuando la usamos para defender lo que juzgamos “no negociable”, lo que no queremos ceder y nos conduce a pelear, pensando que el fin justifica los medios, lo que más nos importa ya no es razonar.

Hay algo, sin embargo, que más allá de la pelea inevitablemente nos mantiene unidos: mientras me necesitas para lo que no quiero, te necesito para lo que tú no quieres. Por eso, con tu ayuda o sin ella, debo buscar, con razón e intuición, lo que es posible contigo, sin aceptar lo malo, por temor a lo peor, y sin rechazar lo bueno, pretendiendo lo mejor.

Un hombre con el dolor en un brazo

Es el título de un trabajo que formó parte de un libro acerca de por qué enfermamos. También se hubiera podido escribir: “El hombre con un dolor en el brazo”, pero era necesario subrayar que lo importante no era el hombre ni el brazo, lo importante era el dolor, un dolor que en algún lado tenía que aparecer.

Podríamos incluso decir, a la manera de Porchia: todos creemos que nuestro dolor es único, y todos tenemos los mismos dolores.

¿Qué hacemos con ellos? En primer lugar, bien o mal, los sufrimos, acompañados o solos, sintiéndonos, frente a la vida, acreedores y al mismo tiempo deudores. Convencidos, a veces, de que el dolor no nos dejará vivir.

Sabemos que, poco a poco, las heridas se cierran, y que, en los días lluviosos, por encima de las nubes que oscurecen el cielo, brilla, invisible, el sol que ininterrumpidamente nos arroja su calor. Pero también que “en los días de humedad las cicatrices duelen”, y que en esos días tristes en que añoramos el amor que recibimos, buscamos, con pocas esperanzas, avivar sus rescoldos.

La vida, nuestra vida, nunca jamás (ya más) se detiene, marcha, incesante, hacia lo que está “porvenir”. Si bien es cierto que “mientras hay vida hay esperanza”, y que “la esperanza es lo último que se pierde”, cada minuto de la vida es una despedida que solo se compensa caminando hacia una nueva adquisición.

Hasta que un día... la vida ... ¡ya no es asunto de uno! Y salimos de ella “sin querer”, del mismo modo que entramos.

Mientras tanto debemos admitir que vivir no sólo es disfrutar. También es gestionar inevitables dolores en ese antipático proceso que llamamos duelo. Porque una vez cumplido y realizado, *en tiempo y forma*, nos devuelve, henchidos de aire, al ruedo de la vida, en donde ocurre todo aquello que vale la pena que ocasiona.

Podríamos incluso escribir, parafraseando lo que, según me han dicho, se lee acerca del triunfo y la derrota

al entrar en “la arena” de Wimbledon: “Optimismo y pesimismo. ¡Dos grandes impostores!”.

BIBLIOGRAFÍA

- Barabási, Albert-László, *Linked. The New Science of Networks*.
- Bateson, Gregory, *El temor de los ángeles*.
- Bateson, Gregory, *Naturaleza y espíritu*.
- Bateson, Gregory, *Pasos para una ecología de la mente*.
- Ben-Jacob, Eshel, Yoash Shapira y Alfred Tauber, "Smart Bacteria".
- Borges, Jorge Luis, *Siete noches*.
- Brasco, Lucía, *BBC News Mundo*.
- Briggs, John y David Peat, *A través del maravilloso espejo del universo*.
- Briggs, John y David Peat, *El espejo turbulento*.
- Brod, Max, "La búsqueda de un nuevo sentido de la existencia", en Jean Gebser y colab., *La nueva visión del mundo*.
- Bullough, Oliver, *Moneyland*.
- Cesio, Fidas, *Actualneurosis*.
- Chiozza, Gustavo, *Volviendo a pensar sobre "Corazón, hígado y cerebro"*.
- Chiozza, Luis, Víctor Laborde, Enrique Obstfeld y Jorge Pantolini, *La interioridad de los medicamentos*.
- Chiozza, Luis, ¿Para qué y para quién vivimos? El camino de los sueños.
- Chiozza, Luis, Cáncer. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?
- Chiozza, Luis, *Corazón, hígado y cerebro. Tres maneras de la vida*.
- Chiozza, Luis, *El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer*.

- Chiozza, Luis, *El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo*.
- Chiozza, Luis, *Psicoanálisis: presente y futuro. Qué y cómo psicoanalizar. Ni psiquis ni soma*.
- Chiozza, Luis, *El interés en la vida. Sólo se puede ser siendo con otros*.
- Chiozza, Luis, *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*.
- Chiozza, Luis, *Ser o no ser "como la gente". Acerca de la enfermedad y la maldad*.
- Chiozza, Luis, *Sí, pero no de esa manera. Los fundamentos de la psicopatología*.
- Fonzi, Alejandro, *Hurgando en el desván del psicoanálisis*.
- Frazer, James George, *La rama dorada*.
- Freud, Sigmund, *La interpretación de los sueños*.
- Freud, Sigmund, *El sepultamiento del complejo de Edipo*.
- Freud, Sigmund, *Proyecto de una psicología para neurólogos*.
- Freud, Sigmund, *Tótem y tabú*.
- Gebser, Jean y colab., *La nueva visión del mundo*.
- Gebser, Jean, *Origen y presente*.
- Giacomini, Diego, *Papel pintado*.
- Gregory, Richard, *Mind in Science*.
- Harding, Stephan, *Animate Earth*.
- Hidalgo, César, *Why the Information Grows*.
- Hofstadter, Douglas y Daniel Dennett, *Mind's I. Fantasies and Reflections on Self and Soul*.
- Hoyle, Fred *El universo inteligente*.
- Hoyle, Fred y N. C. Wickramasinghe, *La evolución de la vida desde el espacio exterior*.
- Kafka, Franz, *El proceso*.
- Lorenz, Konrad, *La otra cara del espejo*.

- Lovelock, James, *Las edades de Gaia*.
- Mae-Wan Ho, *The Rainbow and the Worm*.
- Mandelbrot, Benoît, *Geometría fractal de la naturaleza*.
- Mandoki, Katya, *El indispensable exceso de la estética*.
- Margulis, Lynn y Eduardo Punset, *Mind, Life and Universe*.
- Margulis, Lynn y Dorian Sagan, *Microcosmos*.
- Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*.
- Ortega y Gasset, José, *Sobre la razón histórica*.
- Peirce, Charles, "Guessing", en *The Hound and Horn*.
- Platón, *Timeo*.
- Porchia, Antonio, *Voces*.
- Rovelli, Carlos, *La realidad no es lo que parece*.
- Ruyer, Raymond, *La Gnosis de Princeton*.
- Sapolsky, Robert, en Lynn Margulis y Eduardo Punset, *Mind, Life and Universe*.
- Schrödinger, Erwin, *Mente y materia*.
- Schrödinger, Erwin, ¿Qué es la vida?
- Senra, Ricardo, *BBC News Brasil*.
- Solé, Ricardo, *Redes complejas. Del genoma a internet*.
- Thom, René, *Esbozo de una semiófica*.
- Thomas, Lewis, *Las vidas de la célula*.
- Vargas Llosa, Mario, *La llamada de la tribu*.
- Von Uexküll, Jakob, *Ideas para una concepción biológica del mundo*.
- Von Weizsaecker, Viktor, *Patosofía*.
- Waddington, Conrad, *Tools for Thought*.
- Weizenbaum, Joseph, *La frontera entre el ordenador y la mente*.
- Wiener, Norbert, *Dios y Golem S. A.*
- Wigner, Eugene, *Comentarios sobre la cuestión mente cuerpo*.
- Woodcock, Alexander y Monte Davis, *Teoría de las catástrofes*.

